

MARTIN GARCIA MÉROU

CONFIDENCIAS
LITERARIAS



BUENOS AIRES

IMPRENTA Y CASA EDITORA "ARGOS", CUYO 657-663

1893

CONFIDENCIAS LITERARIAS

I

Nada es más grato que volver con el pensamiento á las horas del pasado, cuando el presente, difícil ó luctuoso, amarga los corazones y entristece los espíritus. Vivimos demasiado en esta lucha sin trégua, que aniquila las fuerzas y socava lentamente la fè. Olvidamos muy pronto nuestras tradiciones gloriosas, nuestras grandes conquistas políticas y morales, todo lo que ennoblece á nuestra raza y dignifica el carácter de nuestro pueblo. Nos arrojamus al rostro recriminaciones amargas, que provocan las represalias, y en la excitación profunda de la batalla, buscamos con empeño todo lo que

puede deprimirnos á nuestros propios ojos como ante el juicio de los extraños. . . ¡Cuán hondos y terribles son estos desgarramientos del patriotismo, que enferman el alma de las naciones, minando los cimientos de su grandeza y haciéndolas dudar de si mismas! Es necesario huir de sus pérfidas atracciones, fortaleciéndonos en la lectura de nuestra historia ó en las dulces compensaciones del trabajo literario. Felices los que pueden guardar, en estas épocas de turbación y de desquicio, como en la sombra protectora de una tábida, la religión del amor pátrio, la confianza en el progreso y el porvenir del pais natal, y el culto celoso y casto de los grandes ideales que iluminaron su cuna y presiden al desenvolvimiento de sus destinos!

Tales son las reflexiones que me asaltan, al reanudar en suelo extranjero, á la orilla del mar inmenso cuya voz resuena sin cesar en mis oídos, estas páginas de íntimas impresiones y de recuerdos fugaces de la vida intelectual. Apesar de su deficiente ligereza, de sus omisiones y sus errores, de sus juicios poco fundados en unos casos, y demasiado cariñosos en otros, esta obra modesta encierra fruiciones tan

gratas para mi espíritu, que ella me solicita con imperio para añadir nuevos rasgos al esbozo empezado en la série anterior. ¡Cuántas obras brillantes y elocuentes, cuántas estrofas de diáfana transparencia, acuden en tropel á mi memoria, á medida que la pluma impaciente resbala sobre el papel! ¡Cuántos amigos desaparecidos para siempre ó dispersos en el desierto del mundo, se levantan y vienen á la evocacion misteriosa del cariño! Una noticia perdida entre la crónica del diario que la transmite indiferente á sus lectores, me anuncia la muerte de José Joaquin Ortiz, el anciano patriarca de las letras colombianas, poeta de inspiración arrebatadora, cuyas odas emulan en América, á la férrea rotundidad del estro de Quintana. Pregunto á un viejo compañero, á través de los mares: «¿Qué hacen, dónde se encuentran, qué escriben Nicolás Pinzón, Santiago Pérez Triana y Antonio José Restrepo?» — Y recibo atónito esta respuesta: «El uno en Londres, entregado á las faenas de la vida comercial; el otro dirigiendo un colegio en Bogotá; el último, hundido en Medellín, en las montañas de Antioquia.» Así perturba el

destino la vocación de los más brillantes talentos americanos; así se apagan, al fin, tantos cerebros luminosos que prometían frutos de bendición para su patria, y que arrojan sus armas, abrumados por la ignorancia ó la hostilidad de la masa que los rodea!

Otros, igualmente desgraciados, caen sin completar su obra, cuando la gloria, siempre tardía, empezaba á suavizar las heridas de su larga lucha. Así ha muerto en Madrid, con la pluma infatigable en la mano, Santiago Estrada, de quien me he ocupado someramente en otra oportunidad, y una de cuyas últimas cartas, ligada á estos recuerdos, llegó á mis manos casi al mismo tiempo que la noticia de su fallecimiento. Ese noble mensaje de amistad antigua y sólida, un punto interrumpida por susceptibilidades que nunca dejaron huella en nuestros corazones, retrata una faz moral del escritor, no menos brillante y admirable que la mágica factura de su estilo y la variedad é importancia de sus producciones. El hombre íntimo, agradecido á una rápida y amistosa mención de su persona, se exhibe, entre sus líneas, con todas las seducciones de un alma generosa, y la

delicadeza de un consumado artista de la palabra. La mano que ha trazado esa misiva está hoy fría; el libro á que ella se refiere no habrá podido ser terminado por el eminente literato. No me es posible resignarme á mantenerla en reserva, á pesar de su carácter íntimo y de la simpatía personal que sus términos transparentan. Documentos literarios de esta clase deben ser francamente entregados al elogio de la posteridad.

La última vez que nos dirigimos la palabra — me escribía de Madrid el 23 de Mayo de 1891 — quedó interrumpida la al parecer interminable plática que el compañerismo en la tarea diaria y el cultivo de las letras nos inspiraban. Una mala interpretación trajo una injusticia, una injusticia ofensas, y los amigos se volvieron la espalda. El tiempo, que apaga las pasiones, y la distancia que, algunas veces, permite ver la luz despojada de sombras, los han vuelto á poner frente á frente. El primer movimiento, involuntario como todo lo que no obedece á cálculo, de uno y otro, ha sido saludarse como antes y exclamar simultáneamente: ¿Decíamos ayer?... Yo, por mi parte, decía que Vd. posee un espíritu gentil, un talento distinguido y un buen gusto que le impele naturalmente á desdeñar la causticidad gratuita. Vd., por su cuenta, ha dicho que yo soy... ¡Perdóneme!... lo que más me gusta de lo que Vd. ha escrito es esto: « que yo soy un viejo amigo, á quien conserva simpatía.» Hace Vd. bien de creerme amigo y de conservarme simpatía, porque pocos de los que le conocen le han querido y admirado como yo... No he leído de su interesante estudio sinó un fragmento. Raras veces me llega *El Nacional*, y el ejemplar del número que lo contiene, recibido hoy, está incompleto. Sa-

be Vd., á ciencia cierta, el olímpico desprecio que me inspiraron siempre los adversarios de tres por cuarto, pero no ignora tampoco la desazón que me causa la desinteligencia con las personas de valer. Ate Vd. cabos por esto del placer con que he caído en la cuenta de que Vd. no figura entre los últimos... Si no creyera de buena fe en el desinterés con que Vd. ha escrito sobre mi persona, parecido al mío en todos los actos de la vida, pública ó privada, no le pediría que se acordara de mí y me enviara el libro que contiene esos juicios críticos. Igualmente, le suplico que me escriba, porque deseo discutir con Vd. un punto de su estudio respecto de mis condiciones de escritor. Creo que, por bondad, Vd. no ha expresado bien su pensamiento. «Pocos compatriotas, dice Vd., pueden mostrar una obra más extensa y de fases más variadas;» y luego agrega: «Sin poseer una gran ilustración, tiene una energía de voluntad inmensa y una persistencia infatigable para rodearse de libros relacionados con el tema que estudia y sacar de ellos la médula de los conocimientos que persigue.» Creo que Vd., aún cuando no me conviniese, debió decir «que la variedad de mi obra no me ha permitido seguir un orden de estudios lógico, pues he pasado de una á otra materia sin agotar ninguna, didácticamente hablando.» Yo no podría improvisar, como Vd. sabe que sucede en todo lo que escribo, si no tuviese, dentro de lo anormal de mis estudios, la ilustración necesaria para producir eso que sale, bueno ó malo. Cuando escribo allego libros, pero bien entendido que los que conozco, para ser fiel en las citas y perder la incertidumbre, sobre todo en fechas. Muchos de mis artículos tienen, entre otros defectos, el de contener más material del necesario. Vd. no puede imaginarse lo que me está costando escribir el viaje por Europa y Oriente.— Lo que sabía y lo que he observado me abruma, y temo que en vez de parecer viaje en ferrocarril, parezca en biblioteca con ruedas, lo cual mataría el libro, que debe ser profundo á la par de brillante, si es que acierto, porque en caso contrario resultará caricatura del género. Discurriamos tres sobre la elevación de las columnas de la nave central de la catedral de Sevilla: uno las midió, otro las describió, el tercero dijo: «no

son columnas, son cohetes voladores.» Este que era inglés, encontrará la nota del libro de viajes. Someto á la aprobación de Vd. esta manera de expresar la diferencia que existe entre las orillas del lago de Como y las márgenes del Rin: «son dos paisajes pintados de diversa manera; al vino espumante de Asti el primero; á la cerveza el segundo». Día pintado por un sol primaveral es el día en que dos amigos distanciados se aproximan. ¡ Gracias, por haberme proporcionado este día ! »

Todo Santiago Estrada está contenido en esta carta: la minuciosidad y conciencia de su labor literaria, la corrección y limpidez casi matemática de su frase, su imaginación pletórica y el perfume de poesía sutil que flota sobre sus periodos y los envuelve en una niebla sonrosada. Porque, ante todo, y sin haber escrito versos, Estrada era un poeta de naturaleza íntima, un alma que vibraba á todas las impresiones, y las trasmitía al papel, animando y vivificando los temas más ingratos. Era, al mismo tiempo, un pintor que interpretaba el cuadro de costumbres como los grandes maestros de la escuela holandesa, y en cuyo estilo latía, como en pocos, el sentimiento de la vida y de la realidad. Su asidua lectura de los maestros españoles, le había dado ese casticismo elegante que lo distingue y le señala un puesto aparte en la mayoría de nuestros escritores. Su vocabulario era extenso

y variado, sin incurrir en afectaciones de purismo y sequedad académica... Su muerte inesperada y prematura, acaecida en el vigor de la edad y madurez del talento, es una pérdida intelectual irreparable, y un justo duelo para los que, en el escritor, supieron conocer y apreciar al hombre, tan lleno de dotes amables y de sentimientos generosos...

Por fortuna para nuestras letras, antes de rendir su vida, como si hubiera presentado su rápido fin, Estrada tuvo tiempo de dirigir y de terminar la edición completa de sus obras, impresa en Barcelona. Todos los volúmenes de esa colección son igualmente interesantes en su variedad de géneros y de temas. Los *Viajes*, rebosan de colorido y de espiritual ligereza; los *Discursos*, revelan la rectitud de criterio y la nobleza de ideas del propagandista y el defensor del ideal católico; la *Miscelánea*, muestra las múltiples facetas de su talento y la flexibilidad admirable de su estilo; en el *Teatro*, por último, se exhibe el crítico brillante y benévolo, entusiasta por las manifestaciones del arte que comprende como pocos y estudia con rara sagacidad y con amor profundo. Todos los artistas que han

desfilado delante de nuestro público, han recibido el homenaje de su análisis justiciero. Ha conocido á muchos personalmente, observándolos y estudiándolos en la intimidad del afecto, penetrando en los repliegues de esas curiosas y enfermizas organizaciones, midiendo el grado de su capacidad intelectual y la amplitud de sus dotes, fuera de la atmósfera engañosa del prosenio. Aún me parece verlo con su rostro franco y agradable, á pesar de un defecto físico que destruía la regularidad de sus líneas, con su corpulencia desembarazada y su alta estatura, sentado frente á Rossi, en una mesa del restaurant de la *Sonámbula*, la noche en que tuvo lugar el banquete de despedida que ofreció al eminente trágico, y al cual fui invitado, á pesar de mi juventud. ¡Con qué devota fruición escuchaba Estrada, el timbre de aquella voz rotunda y sonora que, en el teatro, hacia estremecer al público con el estallido de la cólera de Otello, ó arrancaba lágrimas de ternura con el suave suspiro de las notas melodiosas que vibran en los labios de Romeo! Al final de esa fiesta de artistas y de escritores, tuve el orgullo de recibir mi correspondiente tajada de gloria, en forma de

un folleto sobre *Hamlet*, que me regaló Rossi con una dedicatoria autógrafa al *egreggio poeta*, concebida en estos términos: *Hamlet fa sempre pensare; à lei pensando, nai dimenticate l'interprete!* No es posible olvidar la seducción irresistible de aquel maestro genial, que reposa hoy olvidado de sus fatigas y de sus triunfos, y á quien ha precedido su amigo y su crítico más afectuoso, en el eterno y misterioso viaje!

II

No conozco ningún escrito en que se haya examinado de una manera detenida entre nosotros, la organización intelectual de Santiago Estrada, haciendo una crítica especial de todos sus trabajos. Nadie ha querido recoger la herencia gloriosa de Don Juan María Gutiérrez y de Pedro Goyena, el primero de los cuales ha estudiado con sagacidad y gracia seductora algunos de los tipos literarios más interesantes de la América española y de nuestro país, durante la

epopeya de la emancipación y posteriores á ella, dejando en hojas volantes de revistas casi olvidadas, una pinacoteca de retratos trazados de mano maestra que constituyen el cimiento de nuestra futura historia literaria. Nada más interesante que sus análisis sobre la vida y obras de Don Juan Cruz Varela, de Don Esteban de Luca, el coronel Don Juan Ramón Rojas, y, más cerca de nosotros, Don Esteban Echeverría. La crítica de Pedro Goyena, menos informativa, menos histórica, es más psicológica y penetrante. Pero sus trabajos en este género son relativamente escasos, aunque de mayor actualidad que los de su culto y atildado antecesor, y, al fin, ha abandonado la pluma, convencido de la verdad de esta reflexión con que encabeza uno de sus más bellos artículos: «Nuestros hombres de letras han tenido y tienen más admiradores que lectores; y mientras el público, en vez de estudiar las obras de los autores nacionales, se limite á recordarlas con cierta estimación, no prosperará entre nosotros la literatura».

He aquí por qué, talentos fecundos y brillantes, como los de Ricardo Gutiérrez, Carlos Guido Spano, Manuel Ricardo Trelles, Estanislao

S. Zeballos y tantos que sería fácil enumerar, no produzcan, los unos absolutamente nada, ó lo hagan los otros, solo de tarde en tarde, absorbidos en preocupaciones de todo género que matan las de carácter puramente intelectual.

En la forzada rapidez de la primera série de mis *Recuerdos*, no he podido ni mencionar siquiera á algunos de estos talentos distinguidos con quienes he estado en comunicacion. Tal sucede con los tres primeros, de los cuales debo decir algunas palabras. El cértamen literario del año 1878—de que me he ocupado en otra oportunidad—me hizo conocer á Estanislao S. Zeballos. Era á la sazón un joven de inteligencia brillante, de precocidad poco común y de actividad infatigable, aunque dispersa en multitud de objetos y preocupaciones. Redactaba *La Prensa*, donde había hecho su educación de escritor y su aprendizaje de la vida pública, adquiriendo en la lucha diaria del periodismo, esa flexibilidad de espíritu, esa variedad inagotable de aptitudes, y esa fecundidad de producción que después han sido los rasgos distintivos de su personalidad. Su estilo fácil y corriente, de aristas cortantes y brillo sostenido, de tono

que no decae, se adapta admirablemente á todos los géneros, y, en su clara transparencia, sirve para dilucidar los más diversos temas. Una larga série de años, consumidos en esa labor, imprimen en una organización intelectual un sello definitivo é imborrable. El periodista es, ante todo, un improvisador. En el corto espacio que media de un día á otro, debe afrontar todas las cuestiones, analizar todos los problemas, formular un juicio sintético y acertado sobre asuntos que se suceden y varían como las figuras de un kaleidoscopio. Zeballos tiene, ámpliamente, ese sentido de la actualidad, ese fino olfato y esa adaptabilidad psicológica que constituían las inapreciables dotes de un Girardin ó un Prevost Paradol. Posee, al mismo tiempo, una curiosidad insaciable, y una potencia de trabajo que le permite entregarse á estudios de indole distinta y aun antagónica. Es curioso pasar de la lectura de alguno de sus relatos de explorador y naturalista, á un juicio crítico, elegantemente escrito, como el que ha consagrado á la traducción del *Infierno* del Dante hecha por el General Mitre, á una novela araucana, como *Puiné* ó *Relmú*, á una

disertación de economía agrícola y rural, ó, finalmente, á un discurso parlamentario de la belleza y solidez del que pronunció como Diputado á propósito del *Matrimonio Civil*. Solamente la vida americana, las imperiosas exigencias de nuestra democracia, presenta ejemplos de una facilidad y una competencia tan general y esparcida; y ella es tanto más digna de atención, cuanto que Zeballos, joven aun, ha llegado á ocupar algunos de los puestos más honoríficos de la administración, pasando por las Cámaras Legislativas para subir hasta el Ministerio. A pesar de todo, ha tenido tiempo para ser bibliógrafo, abogado, hacendado, presidente de la Sociedad Rural, geógrafo, periodista, historiador, novelista, orador... hasta músico y dibujante, como lo acreditan un hermoso instrumento que duerme en uno de los rincones de su biblioteca, y algunos croquis que ha tomado en sus viajes y que revelan una marcada predisposición artística.

Bibliógrafo, he dicho, y nada, en efecto, pinta más el carácter de Zeballos que su magnífica biblioteca. Aquello es un museo, es una galería de pinturas, es un laboratorio científico, es un

gabinete de hombre de mundo. Manuscritos antiguos, objetos indígenas, huacos del Perú al lado de vasos pompeyanos, recuerdos históricos, cuadros de grandes maestros europeos y americanos, monetarios, autógrafos, mapas, armas, pergaminos, elzevirios, todas las artes, las ciencias, las elegancias y distinciones del espíritu, tienen su espécimen en los vastos salones donde se agrupan, entre aquel *mare magnum* envidiable, hasta catorce mil volúmenes, cuidadosamente elegidos por su propietario. El exámen y catálogo de tantos tesoros reclamaria muchas páginas de descripción minuciosa. ¿Cómo explicar las riquezas de información que contienen algunos inmensos estantes donde se encuentran agrupados en cartones, perfectamente ordenados, hasta quinientos volúmenes de manuscritos, documentos, copias, declaraciones de testigos presenciales y obras impresas sobre la guerra del Paraguay, cuya historia está escribiendo Zeballos desde hace algunos años? Esa obra de tan largo aliento, y de tanta importancia para el estudio de la política del Río de la Plata, será, sin duda, el más sólido fundamento de su gloria. Debemos

esperarla con impaciencia, y alentar á su autor á que persista en el empeño grandioso de llevarla á cabo en toda la frondosidad de su desarrollo.

Las publicaciones de Zeballos son numerosas y abarcan un amplio horizonte intelectual. Hombre de ciencia, puede exhibir diversos trabajos presentados á la *Sociedad Científica Argentina* y al *Instituto Geográfico*, fundados por él, así como á la Sociedad Rural, que ha presidido largo tiempo, del mismo modo que algunas eruditas disertaciones jurídicas escritas, ya sea como exposición de proyectos de códigos, á cuya elaboración haya prestado su concurso, ya sea como catedrático de Derecho Internacional en nuestra primera escuela militar. Viajero y explorador, su obra sobre la *Conquista de quince mil leguas* y su *Viaje al país de los Araucanos*, contienen datos interesantes y nuevos, descripciones animadas y brillantes, estudios económicos é históricos de intensidad y alcance sobre nuestros fértiles territorios de la Pampa. En la escala literaria, ha recorrido todas las cuerdas y tentado todos los géneros, distinguiéndose, sin embargo, en este orden de trabajos, sus cuadros y narracio-

nes indígenas *La Dinastía de las Piedras*, *Painé* y *Relmú*. Las revelaciones curiosas sobre la organización social y política de las tribus de Salinas Grandes, que obedecieron á Calfucurá y Namuncurá, contenidas en el primer opúsculo, abren paso al episodio real y palpitante de *Painé*, fundador de la dinastía de los Zorros, y á las dramáticas peregrinaciones de Liberato Pérez, acompañado de un amor y una esperanza, cautivo y prófugo de la toldería, nuevo Brian, valeroso y sencillo, que, separado de su amante, la encuentra convertida en *Relmú*, esposa de Huamanicul y señora de los Pinares.

La originalidad y la seducción de esta ingenua epopeya de *tierra adentro*, estriba en su colorido criollo, en la pintura exacta de la vida salvaje, en la elocuencia caballeresca del estilo, y, sobre todo, en ese culto del suelo patrio, en ese perfume virginal de la tierra amada, que impregna cada una de sus páginas, y halaga los sentidos con emanaciones semejantes á las de la llanura reseca, regada por las primeras gotas de una lluvia de verano. Este carácter propio, esta violencia de color local, dan á la trilogía

novelesca de Zeballos un mérito excepcional y le señalan un puesto aparte entre la mayoría de nuestras publicaciones recientes. Vivimos del reflejo de otras naciones, y desdeñamos buscar en la nuestra los elementos de la producción literaria. Con Echeverría y Juan María Gutiérrez, parece haberse agotado la raza de los escritores argentinos. Los esfuerzos brillantes, pero solitarios, de Ricardo Gutiérrez y Obligado, no bastan para sentar sobre bases sólidas la poesía nacional. Son, por eso, más dignos de aplauso y estímulo los escritores que, como el General Mansilla en su espiritual *Excursión á los Indios Ranqueles*, y Estanislao Zeballos en *Painé y Relmú*, tratan de pintar no pocas fases características de nuestra vida embrionaria de nación. Gracias á ellos, se conservarán algunos rasgos de la sociabilidad del aduar pampeano, algunos episodios de la lucha del gaucho con el desierto, del drama de la montonera y de la campaña de fronteras, con sus tipos desaparecidos, su jerga especial, sus aventuras y sus héroes ignorados, inmensa tela en cuyo fondo se dilata la llanura sin límites, con su magestad muerta y solemne, el presti-

gio de su grandeza misteriosa, la tristeza de sus crepúsculos y el esplendor de sus noches estrelladas.

He mencionado el nombre de un maestro impecable, Juan María Gutiérrez, y ya que ha acudido este tema á los puntos de mi pluma, deseo dejar consignada una opinión inédita del viejo escritor sobre el asunto que motiva esta digresión. Ella está contenida en carta que dirigió á uno de sus amigos, á propósito de las poesías, valientes y patrióticas, de Victoriano E. Montes, autor de las estrofas *El Tambor de San Martín*.

•Los americanos, tarde lo reconozco—dice el señor Gutiérrez—deben entrar en caminos menos trillados, trazar cuadros reales de su naturaleza física y social, y levantarlos á la altura de la poesía en alas del sentimiento moral y de los afectos nobles y delicados del corazón. No se debe tener á menos el tomar asuntos caseros, triviales, propios, siempre que se copien de la naturaleza. El hombre es curioso de inquirir lo que no puede ver, y de aquí nace el valor que tienen los poetas que dan á conocer *d'après nature* el pedazo de mundo que los rodea... Cuanto más acentuado es el localismo en el poeta, más se le debe estimar: el sentimiento, el perfume moral generaliza después el cuadro y lo hace comprensible para todo hombre, sea cualquiera su origen y su idioma... ¿Cómo es la familia, cómo es el corazón, cuál la verdadera civilización de esas gentes cuyas chozas se alzan á las orillas del Paraná y el Uruguay?... La revelación de este mundo moral, cuyo fondo

es tan hermoso y artístico, se espera todavía de la literatura argentina, que no deja aún el manto aristocrático de las academias...»

Inteligente y preparado como pocos para las luchas del pensamiento, Zeballos es un convencido del poder de la palabra y de la pluma. Su decisión es inquebrantable, y su actividad no conoce ni el desfallecimiento ni el reposo. Alguna vez, abatido por la indiferencia helada del medio ambiente, le he comunicado mi desencanto y mi poca fè en el porvenir. Su respuesta, que acabo de releer, en una carta íntima, merece ser recordada y servir de estímulo á los que claudican ó flaquean.

No me avengo á verlo desencantado,—me escribía en Junio de 1888, en plena época de fiebre y especulación desenfrenada, en pleno eclipse de virtud y de pureza cívica.—Es cierto que nos absorbe ó ahoga el sensualismo y que ¡oh vergüenza! hasta la amistad es sacrificada al sórdido negocio. «Nadie visita ya sinó por interés,» decía noches pasadas el escéptico Wilde. Virgilio había exclamado ya, muchos siglos antes: *Aura sacra fames!* Pero justamente esta honda depravación del sentido moral de nuestro país, nos impone, más que el deber, el apostolado de perseverar y de vencer al fin. Salvemos las letras para que sean un día el rayo límpido que ilustre esta época de postulantes, de concesionarios y de no pocos prevaricadores. Yo había soñado que V., temperamento esencialmente artístico, con una singular preparación literaria y un gusto no contaminado era el indicado para escribir la historia del movimiento

literario del Río de la Plata, cuyo pasado brilla y brillará más, sin duda, que el presente, pero cuyo conjunto ofrece ya ancho terreno á la investigación crítica... Yo predico con el ejemplo, aún en medio del espléndido prestigio de los Montepín y de la indiferencia por los escritores argentinos...»

¡Generosas y alentadoras expresiones, que debían quedar incrustadas en el cerebro de la juventud que nace á la vida, llena de grandes anhelos, soñando con ilustrar el nombre de la patria en lides más nobles que las del interés mezquino por alcanzar una fortuna á cualquier precio, ó sobrenadar sobre las aguas turbias de una política de encrucijada!

III

La primera vez que vi á Ricardo Gutiérrez fué en una circunstancia que no puedo olvidar. Llevaba cuidadosamente envuelto en papel de seda un ejemplar de mi primera publicación literaria, doscientas páginas de versos juveniles, munidas de su correspondiente dedicatoria al autor de *Lázaro* y *La Fibra Salvaje*, á quien iba

à ofrecer aquel obsequio en las oficinas de *La Patria Argentina*, que redactaba à la sazón. Con la cortedad natural en mi edad, pude balbucear apenas algunas palabras de cortesía, que fueron acogidas con simpática deferencia, dejé à la carrera el volumen pecaminoso y me escurrí sin haber tenido tiempo sinó para grabar en mi memoria la fisonomía del glorioso poeta. No necesito decir cuántas noches de insomnio trascurrieron para mi, esperando la noticia crítica consagrada á aquel fruto de una musa de quince años. En ellas reproducía, con la imaginación, los rasgos de Gutiérrez, y renovaba, una y mil veces, la impresión curiosa que me había producido en aquella entrevista rápida. Su rostro, de líneas aparentemente duras y severas, sombreado por las anchas alas de un sombrero peculiar, y terminado por una barba dividida en puntas, de cerca parecía transformarse, teñido por la dulce unción de una misteriosa ternura, y alumbrado por la mirada tranquila y transparente de unos ojos que revelaban las delicadezas y tesoros de una piedad inagotable y de un corazón apasionado. Su frente elevada y tersa, su cabeza algo descarnada,

su boca de labios expresivos, formaban un conjunto simpático y atrayente, dejando una impresión enteramente opuesta á la que se experimentaba al ver pasar, á pié ó en carruaje, aquella silueta conocida por todos en las calles de Buenos Aires.

He vuelto á buscar, en circunstancias distintas, y muchos años después, á Ricardo Gutiérrez; he leído muchas veces sus cantos, conozco una gran parte de los juicios que se han consagrado á su talento, y creo haber penetrado algo en la forma psicológica de su organización atormentada y sensible. Es, ante todo, un poeta íntimo, un alma dolorida que sufre y se lamenta, con noble sinceridad y con arrebatos potentes. Pedro Goyena, que le ha consagrado uno de sus más finos estudios, lo conceptúa discípulo de Byron, y al ocuparse del carácter de sus poemas está de acuerdo en el fondo de algunas de sus apreciaciones con las de Macaulay sobre el autor del *Giaour*, *Childe-Harold* y *Manfredo*. ...«El poeta,—dice,—cuya alma es la urna que encierra los dolores de su siglo, el cielo en que se proyectan las sombras que envuelven á la humanidad, el sensorio conmovido

por todos los sacudimientos que la estremecen podría exclamar, como Petrarca hablando de su Laura: *no es una mentira*; no, no es una vana creación de la mente esa pena devoradora que seca la sangre y la epidermis, lento martirio, inevitable desde el día en que los reflejos del ideal lejano alumbraron las miserias de la vida!... Allí donde está el deseo insaciado, la congoja, el dolor, allí está la gloria del poeta; sin pasar por ese infierno, no brotará jamás la estrofa divina de sus labios, y necesitará siempre, como los santos del cristianismo, llevar sobre su frente los signos del martirio, para entrar en el coro de los escogidos.» Esta pintura del hombre, esta anhelosa interrogación del alma lacerada, que forma la trama íntima de los poemas de Ricardo Gutiérrez, es para Pedro Goyena la revelación y el distintivo de un poeta inspirado. Tal es la gloria de Gutiérrez, como fué la de Byron; tal es el lazo que los une, á tan largas distancias y diferencias tan radicales de carácter y de vida; tal es, en suma, lo único que perpetúa á los grandes artistas, cuyo nombre se trasmite de generación en generación. «Las religiones y las lenguas,—

dice Macaulay,—las formas, los gobiernos, las costumbres de la vida privada y los modos de pensar han sufrido una serie de revoluciones. Todo ha pasado, todo, salvo los grandes rasgos de la naturaleza, salvo el corazón del hombre, salvo los milagros de este arte que ha tenido por misión reflejar el corazón del hombre y los aspectos de la naturaleza.»

Ricardo Gutiérrez es médico, y médico que se ocupa especialmente de las enfermedades de los niños. Este sólo dato explica su carácter y diseña su personalidad. Él conoce, como pocos, los secretos de esas organizaciones frágiles y tiernas; él, con rara penetración, adivina sus sufrimientos y sus alegrías. Hay algo de maternal en su manera de contemplar y acariciar á sus pequeños enfermitos, toda una caridad evangélica, todo un poema de ternura divina, en los cuidados que les prodiga, en el desvelo con que los observa. Nunca es más grande que cuando se incorporan para contemplarlo esas pobres cabecitas que se destacan lividas y descarnadas sobre el blanco fondo de su lecho, como esperando la salvación de su ciencia y de su protección generosa en las salas del Hospi-

tal. Todo el tesoro de su sensibilidad exquisita está puesto al servicio de la niñez, concentrado en el alivio de sus dolencias, empeñado en la obra de su rehabilitación física y moral. No hace muchos años, á causa de detalles que es inútil mencionar, agonizaba el Hospital por falta de recursos. Gutiérrez, como Médico-Director, á pesar de sus prodigios de caridad, de desprendimiento, de ciencia y de administración, veía padecer injustamente á aquellos débiles miembros de su larga familia adoptiva. Un espíritu generoso, escritor de pluma tajante como el acero toledano, talento digno de respeto, Pedro Varangot, dió la voz de alarma en las columnas de *La Nación*, después de visitar el establecimiento. La carta de Gutiérrez, en respuesta á su llamamiento desesperado, vale tanto como sus más bellas y nítidas estrofas. Nada explica mejor que ese trozo, que arranca lágrimas, el talento y el corazón de su eminente autor. ¡Si! Solamente el alma de un gran poeta es capaz de sentir hasta ese punto la honda desolación de la niñez sin amparo, los martirios de esos pobres retoños de la vida, secados por el dolor y la miseria, la intensidad de su in-

fortunio y la desgarradora crueldad de su abandono. Era necesario insistir en esa faz característica del escritor para comprender la ternura que se desborda de algunas de las poesías de Gutiérrez, tales como *Los Huérfanos*, *Los Expósitos* ó aquella insuperable *Hermana de la Caridad*, que es quizá su obra más perfecta, y cuyas estrofas trémulas y dolientes están en todas las memorias y agitan todos los corazones.

.....
¿Quién eres tú, celeste criatura
 Que descansas el vuelo
Sobre la cárcel del linaje humano,
Para abrir una fuente de ternura
 Y una puerta del cielo
Donde se posa tu bendita mano?

 ¿Quién eres tú, que ora
Junto al desierto lecho del que expira?
 ¿Quié eres tú, que llora
 Por la desgracia agena?
¿Quién eres tu, que arrulla y que suspira,
Al infeliz que arrastra su cadena?

.....
¿Qué urna de piedad tu pecho anida
Para que quepan en tu amor sagrado
Todas las desventuras de la vida?
Oh! qué caudal de abnegación encierra
 Que no acaba, regado
Sober todas las llagas de la tierra!

.....
¡Eres mujer, lo eres,
Y no te abisma la borrasca humana
Al mágico festín de los placeres!
¡Y los vivos albores
De la ilusión galana
No alumbran el Edén de tus amores! -

¡Y tu rostro tan bello
No es flor del mundo en el jardín viviente,
Y tu blondo cabello,
En ondas melancólicas caído,
No es tesoro de un lábio enardecido
Ni espléndida corona de tu frente!

¡Y la angélica lumbre de tus ojos
Tan sólo á Dios y al moribundo mira!
¡Y la frescura de tus labios rojos
Sólo se va perdiendo y marchitando,
La helada cruz besando
Y la pálida frente del que expira!

¡Oh! ¿Qué profundo encanto
En la divina abnegación se encierra?
¿Qué hondo placer se anida
En el consuelo del dolor y el llanto,
Que el placer de la tierra
Á cambio de él el corazón olvida?

.....
Así tu vida en la piedad se encierra,
Así la viertes sobre el lodo inmundo
Sin pedir ni una lágrima á la tierra!
Así tu noble corazón sincero
Sin patria sobre el mundo...
Patria es del mundo entero!

¿Por qué levantas la mirada al cielo?
Yo también sólo allí busco mi palma:
Voy donde el diente del dolor se encarne.
Seco también las lágrimas del suelo,
Y cierro las heridas de la carne
 Como tú las del alma.

 ¡Alumbra mi destino
Sobre la cárcel del linaje humano!
¡Ay! sólo pide mi ambición precaria,
Que en el último asiento del camino,
 Pongas en mí tu mano
Y levantes mi vida en tu plegaria!...

Esta nota dulce y profunda, impregnada de suavidad y de ternura, se escucha sin cesar en el *Libro de las Lágrimas* y en *Libro de los Cantos*. La monotonía calculada de la rima asonante y el corte mismo de la estancia que domina en el primero, da á la poesía de Gutiérrez un tono siempre melancólico, en que la lamentación se reproduce en una inmensa variedad de temas, y cuya lectura deja en el alma un sedimento de tristeza incurable. Algunas veces la impresión que causa ese estilo es honda y desgarradora, como sucede en *Cain*, que, según recuerdos íntimos de Miguel Cané, es la poesía predilecta de Ricardo Gutiérrez. No es posible traducir el sombrío encanto de esta obra admirable. Para

comprenderlo, es necesario recordar algunas de sus estrofas:

Cuando el destino levantó tu frente
Sobre las ondas de la vida humana,
Como la sombra de tu padre mismo,
Sentí mi corazón que se agitaba.
¡Oh! más querida que mi gloria toda
Me fué la gloria de tu vida ingrata!
¡Pregúntalo al Señor, que está leyendo
El fondo de tu alma!

Ah! y esa mano que estrechó mi mano
Hoy en el seno su puñal me clava!
¿Por qué los desencantos de la vida
Con la existencia la ilusión no matan?
Oh! más me duele que la herida inmensa
La mancha sola de tu frente ingrata!
Pregúntalo al Señor, que está leyendo
El fondo de tu alma!

¡Para subir un palmo de la tierra
Sobre mi corazón pisó tu planta!
Caín, Caín, ¿qué has hecho de tu hermano?
¡Ya no responde tu memoria ingrata!
¡Ay del que un tramo de la tierra sube,
Porque otro tramo de los cielos baja!
¡Pregúntalo al Señor, que está leyendo
El fondo de tu alma!

.....
Adios! sobre el océano de la vida
Sigo la onda que de tí me arranca!
Nó! ya no hay fuerza que á juntar alcance
La mano mía con tu mano ingrata:
Adios!... y nada más: mi voz se ahoga:

¡Cuándo habla el corazón el labio calla!
¡Pregúntalo al Señor, que está leyendo
El fondo de tu alma!

En el libro de los *Cantos*, Ricardo Gutiérrez ha puesto lo mejor de su inteligencia y de su corazón. *El poeta y el soldado*, *La Hermana de la Caridad*, *El Misionero*, *Cristo*, son otras tantas creaciones admirables. *El Misionero*, que primitivamente se llamó *El Fraile*, despertó, en la época de su primera publicación, una verdadera tempestad. Algunos espíritus brillantes creyeron encontrar en ese poema una conversión que repugnaba á sus principios liberales, y lo atacaron sin piedad en las hojas de la prensa. Miguel Cané le dedicó un largo artículo, reimpresso en sus *Charlas Literarias*. Santiago Estrada, católico convencido, salió á la palestra en defensa del poeta. El inolvidable Alberto Navarro Viola hizo en su canto *Giordano Bruno* una antítesis al retrato de Gutiérrez. Sin embargo, como todas las obras de verdadera belleza, *El Misionero* ha salido triunfante de la prueba. Hay en él trozos de un lirismo y un empuje sorprendentes, en que no se sabe que admirar más, si el arte acabado del estilo ó el

fulgor del pensamiento á que este sirve de espléndido ropaje:

.....

Hombre mortal que brillas
En la aureola de Dios como una estrella,
Yo soy el *Fraille* que en tu burla humillas,
Yo levanto la Cruz... ¡yo muero en ella!
Yo soy un misionero
Yo soy su combatiente solitario;
Todas las sendas sobre el mundo entero
Son para mí la senda del Calvario!

Cuando tu pecho late
Bajo la noble cota del soldado,
Yo te sigo á la brecha del combate,
Con la sandalia de mi pié llagado:
Y entre el humo, la sangre y la metralla
Que ocultan á los cielos tus despojos,
Te hago besar la cruz en la batalla,
Y te cierro los ojos!

¡Y yo también en la existencia triste
Soy soldado de Cristo sobre el mundo!
Bajo la saya que mi cuerpo viste
Llevo el arma divina,
Llevo la cruz sagrada
Que las tribus caribes ilumina.
¡La Cruz, más poderosa que la Espada!

.....

Soy el primer cristiano
Que recibe del bárbaro la flecha,
Y abre en sus hordas la primera brecha
Al pensamiento humano.
Y sobre el rastro de la sangre mía

Con que el desierto indómito fecundo,
Tiende la libertad la férrea vía
Por donde cruza el porvenir del mundo!

.....

La *Fibra Salvaje* y *Lázaro*, ensayan un género literario poco cultivado entre nosotros: el poema de hondo alcance psicológico, tan distante de las descripciones admirables de *La Cautiva*, como del simbolismo algo oscuro y fluctuante de *El Ángel Caído* de Echeverría. El espectáculo del mundo externo se eclipsa en las admirables estrofas de Gutiérrez, ó aparece como un vago sentimiento sin contornos reales y definidos. El escenario del drama, la pampa, la llanura, el convento, la guerra misma en que sucumbe Ezequiel, flotan en esa vaguedad de perfiles en que envuelve á los objetos la gasa flotante de la neblina. La pasión sola, indomable y voraz, que labra el corazón y amarga la existencia; el drama humano, doloroso y eterno; el conflicto del amor y el deber; el hondo arranque del deseo y la voluptuosa ferocidad de la venganza; la «fibra salvaje,» en fin, vibrante y endurecida por el sufrimiento: he ahí los elementos de esa obra hondamente melancólica, en

cuyas sombras confusas no luce un destello de esperanza. No penetremos demasiado la verdadera causa del dolor de Ezequiel. Pertenece á la raza de los Obermann, de los Werther, de los René, raza pálida y enferma que lleva en el seno el hastio de la existencia y la aceptación sombría del dolor. Ambiciones defraudadas, amores combatidos por el destino adverso, sed inextinguible de gloria ó de placer: ¿qué importa el nombre del mal secreto que roe las entrañas de estos mártires de la vida? Ellos son la imagen eterna del alma que sufre y se lamenta en la tierra, cansada de una lucha sin tregua y sin victoria, herida por la vanidad del deseo y lo efimero del goce, en pugna con el rigor de la suerte y la maldad de los hombres, sin más amparo que la tumba, ni más horizonte que el desengaño y el olvido. Ezequiel como Lázaro, lleva en su alma ese don funesto que envenena su existencia. Separados del objeto de su amor, el uno por encontrarlo en el «sagrario del hogar ageno,» el otro por diferencias de condición social; la desgracia los elige por víctimas propiciatorias, y miran el porvenir á través del velo de lágrimas de Leopardi. Pero es necesario distinguir el

pesimismo de Gutiérrez, que nace de una convicción íntima de la necesidad de someterse á la ley inexorable del dolor, sin repudiar por eso la abnegación ni la bondad. Él alcanza al más alto grado moral y al término natural del pesimismo, si se trata de un corazón generoso y bien plantado: un movimiento de lástima por esos seres á quienes se ve juguetes de un injusto é implacable rigor, «piedad sombría y sin lágrimas, pero enérgica y apasionada, que es como la forma generosa y el lado bueno de la cólera». En el fondo de la poesía de Gutiérrez, se nota algo como la resignación fatalista del que sabe que, como dice Musset, «¡nada hay verdadero sino el dolor!» Está tan lejos de la imprecación como del odio. En ese sentido se acerca más á Alfredo de Vigny que á Byron. Así se explica que este desesperado cante la abnegación del *Misionero*, el amor humanitario de la *Hermana de la Caridad*, la grandeza generosa y valiente del *Poeta y el Soldado*; así se explica, por fin, que el poeta sufriente y escéptico de la *Fibra Salvaje* y de *Lázaro*, sea el médico de sentimientos paternos para la niñez desvalida, y luche por combatir sus desgracias, á pesar de llevar en el fondo de la

conciencia, como dice en la dedicatoria de *Lázaro*:

Aquel profundo hastío de la vida
Que todo el cielo á oscurecer alcanza,
Cuando, por fin, la última esperanza,
Se desprende del alma estremecida;
Aquel inconvencible abatimiento
Que pesa sobre el alma como un mundo,
Aquel salvaje vértigo profundo
Que envuelve la razón y el sentimiento;
Oh! la desgracia de la vida entera
Que cruza el corazón como una espada—
El corazón misántropo—que nada
Busca en el mundo ni en el mundo espera!...

Es en este sentido que Gutiérrez puede considerarse uno de nuestros primeros poetas. Los detalles inverosímiles ó deficientes de *Lázaro* y la *Fibra Salvaje* se borran y desaparecen ante el raudal de inspiración íntima y profunda que rueda por sus estrofas. El argumento de sus poemas, la misma vaga personalidad de sus héroes, sus hondos sufrimientos morales dan á su poesía una inmaterialidad artística que aumenta la emoción y la concentra. Su lectura deja en el corazón un sentimiento de tristeza viril que levanta el ánimo en vez de empequeñecerlo. Los héroes de sus cantos y sus poemas reciben con altivez los golpes del infortunio y

mueren como los romanos. No hay un solo desfallecimiento en su soberbio reto al dolor, como no hay una prosternación en su caída. La evangélica figura de su *Misionero* se dirige al «mundo ateo, mundo ingrato», con una provocación altanera: «Escúpeme en la frente». El ardiente lirismo de su admirable fragmento *La Magdalena*, que no figura en la colección de sus obras escogidas, más que la debilidad enfermiza del pecado, muestra la sublimidad de la pasión vencedora. A pesar de todo, en el fondo de estos gritos desolados, existe un rayo de esperanza latente, que disiparía las sombras de su vida, si Gutiérrez recordara que, como dice San Crisóstomo, «el mejor medio de librarse de la tristeza, es no amarla».

IV

La transformación social y material de que ha sido teatro Buenos Aires de quince años á esta parte, ha convertido en centro puramente

comercial á uno de los rincones más curiosos y característicos de su existencia antigua. La vieja *Librería del Colegio*, de los hermanos Igon, era, en la época á que me refiero, un centro literario de carácter original, cuya fotografía no ha sido hecha hasta el presente. Aquel establecimiento, reducido á la tercera parte del espacio que ocupa actualmente, servía de recalada indispensable á todas las beatas madrugadoras que frecuentaban las misas matinales de San Ignacio, San Francisco y Santo Domingo, é iban á renovar allí su amplia provisión de medallitas, novenas y escapularios. Esa clientela modesta, pero fructífera, de paso cauteloso, traje perpetuamente negro y aspecto humilde, se alternaba con la irrupción periódica de los *hunos* y los *ostrogodos* escapados de las aulas del Colegio Nacional, y que entraban allí, en son de conquista estruendosa, en busca de programas y de textos, destinados á transformarse en *facones* y á repartirse en proporciones homeopáticas por todas las partes del cuerpo durante las horas inquisitoriales de los exámenes escritos. Los hermanos Igon poseían un vocabulario distinto para sus tratos con aquellas razas antagónicas

y rivales. Una suavidad permanente, un espíritu conciliador que les permitía no hacer demasiado hincapié en sus simpatías marcadamente ortodoxas, evitaba los choques y los conflictos. Estas cualidades inapreciables aumentaban el giro de los negocios y les permitían entregarse, de cuando en cuando, á algunas calaveradas literarias, en forma de revistas ú obras editadas por su cuenta, tales como *Las Hojas al Viento* y las *Ráfagas* de Guido Spano.

Porque es necesario añadir que, además de su contacto diario con las beatas y con los jóvenes caníbales fronterizos, los hermanos Igon cultivaban relaciones afectuosas con una raza exótica que frecuentaba asiduamente la librería, y alguno de cuyos miembros se encontraba siempre apoyado en el mostrador, con un libro en la mano ó platicando de *omni re scibile* con el último parroquiano que entraba á aquel antro de la devoción y la literatura. Martín Coronado, Adolfo Lamarque, Clemente Frejeiro, Carlos Vega Belgrano, Gregorio Uriarte, como he dicho en otra ocasión, formaban el grueso del ejército de ocupación que había sentado sus reales en la librería. Rafael Obligado bajaba, de

cuando en cuando, de las alturas de su Himalaya de la calle de Tacuari, para posar su vuelo en aquella academia ambulante y pintoresca. Santiago Estrada, al entrar ó salir de las oficinas de *La América del Sur*, situadas en frente, hacia una estación obligada en el umbral de su puerta. El Dr. Pedro Goyena daba allí cita á clientes y amigos, gracias á la visible consideración de que gozaba por parte de los dueños de casa, que se honraban con su presencia. Aquello iba tomando, poco á poco, el aspecto de una Bolsa literaria, en que se cotizaban todos los frutos del espíritu y se lanzaban al mercado de la popularidad todas las producciones recientes y todas las revistas muertas al nacer. Fué en ese escenario típico, del que casi no quedan rastros, donde encontré al decano de nuestros poetas, con su traje severo de artista, sus blancas gudejas, su frente marmórea, sombreada por las anchas alas de su sombrero de puritano; fué allí donde estreché, por primera vez, la mano de Carlos Guido Spano.

Todos conocemos al hombre y al poeta. Su reputación ha traspasado las fronteras de su patria y ha conquistado la simpatía de la Amé-

rica. Los estudios sobre sus obras son numerosos y brillantes; alguno de ellos, como el de Pedro Goyena, digno de su talento y su inspiración; otro, como las páginas juveniles que consagré á su persona, solo disculpable por la admiración y el cariño que las inspira. La suavidad sin esfuerzos, la belleza transparente de la forma, el genio del arte que modela la estrofa y pule sus aristas con el cincel de Benvenuto, todo lo posee este poeta, que es una gloria de nuestra patria, y á quien cada argentino debe levantar un altar en su corazón. Él ha cantado todos los grandes ideales morales y patrióticos de nuestra raza; nos ha hecho sentir el acento varonil y altivo del pionner de nuestros campos, y el himno puro del hogar modesto en que anida la virtud republicana; ha enaltecido la libertad asaltada en Méjico por la mano vandálica de la conquista, y ha llorado la desaparición de un pueblo sacrificado en el Paraguay por la barbarie del despotismo; ha modelado estatuas púdicas y graciosas con la delicadeza y la perfección de los artifices griegos, y ha sabido dar un acento á la indignación del patriotismo ante el avance extranjero que pre-

tendia hollar y desmembrar nuestro territorio. Sus himnos patrióticos vibran con la rotundidad y el calor de las más altas inspiraciones escritas en nuestro idioma. Sus trémulas elegías tienen la vaguedad soñadora, el intenso encanto y la melodiosa dulzura de las más felices estrofas de Lamartine ó Chénier. No conozco nada más nitido y más delicioso en nuestra literatura que esas admirables miniaturas que se llaman: *A mi hija María del Pilar* ó *Al Pasar*. Para usar una de sus comparaciones favoritas, diríamos que aquello es vino de Chipre encerrado en ánforas de oro.

¿Para qué repetir, una vez más, truncas y solitarias, estrofas que están en todas las memorias y agitan todas las almas? No, dejemos al poeta amado, en el santuario de su inspiración tranquila, recluso en el hogar modesto, en el ocaso de una existencia envuelta en fulgores y vívidas llamaradas, como el cielo esplendoroso de los trópicos. Luchador de todas las grandes causas, generoso y desprendido, mantiene vivo en su corazón el culto del pasado y el presentimiento grandioso del porvenir. Polemista incisivo, prosista de frase escultural

y diáfana como el mármol del Pentélico, humorista que nos deja en la introducción autobiográfica de las *Rúfagas* un modelo de belleza insuperable, saludemos en él la más pura expresión viviente del pensamiento literario argentino, tan florido y fecundo en la época de nuestros padres, heraldo de victoria y fundador de naciones, árbol frondoso que, si deja caer alguna vez sus ramas desfallecidas bajo el helado soplo del mercantilismo y de la abyección política, es para mostrar de nuevo el empuje de su savia y el brillo primaveral de sus fértiles retoños. Entretejamos coronas para las sienes del bardo egrégio. Ellas van bien con sus cabellos blancos; ellas refrescarán su frente tersa y olímpica, donde jamás han cruzado sinó pensamientos grandes, como en los nevados picos de nuestra Cordillera solo proyectan su sombra, las alas gigantescas del águila ó el condor que se cierne sobre las cumbres.

V

Fresca aún la tinta en la página anterior, me sorprende cruelmente la noticia del fallecimiento inesperado de Pedro Goyena. Muchas veces ha acudido su nombre á los puntos de mi pluma, pues mi pensamiento se complacia en evocar los rasgos de su personalidad eminente, buscando un apoyo en su indiscutible autoridad. Desaparece con su muerte una gloria argentina y uno de los talentos más sólidos y brillantes de nuestra raza. Siempre tuve en él un viejo y cariñoso amigo, un maestro dulce y benévolo, que acompañaba con sus estímulos todas las etapas de mi existencia. Era yo aún muy niño cuando iba de noche al humilde cuarto de estudiante en que vivía con mi hermano, y allí, sentado en una de nuestras camas, por la escasez de sillas y lo reducido del local, nos hacía escuchar largas horas la música incomparable de su palabra. Entre sus papeles antiguos, deben existir no pocas páginas de mi letra, escritas en las ocasiones en que le he

servido de secretario. Poseía lo que puede llamarse el pudor de la publicidad, y este sentimiento de modestia, unido á las exageraciones de su conciencia literaria, ha puesto trabas á la fecundidad de su producción. Y luego, en su organización intelectual admirable, el literato tenía un poderoso rival en el orador fácil, académico, poseedor de todos los secretos y seducciones de su arte, que derramaba la ciencia y la luz á manos llenas, y, como se ha dicho con razón «prefería hablar un libro á escribir una página.» Su superioridad en este terreno era indiscutible. Su conversación amena, variada, llena de savia y de fulgores imprevistos, era una verdadera fiesta del espíritu, un espectáculo nuevo, original é inimitable. Se podía llamar maestro en ese género de oratoria, en que concentraba todos los estudios y lucía todas las formas y aptitudes intelectuales. La flexibilidad de su talento y el dominio completo que tenía sobre su palabra, se expandían en razonamientos profundos, en elucubraciones fantasistas, en juicios exactos sobre acontecimientos y personalidades notables, en observaciones llenas de intensidad y de malicia; y todo este caudal de talentos diversos era

puesto de relieve por su acción suave y graciosa, por su mimica expresiva, por su rostro noble, que se iluminaba con el destello de su inteligencia, y hasta por los movimientos de su mano fina y redondeada, que mostraba con cierta secreta vanidad, pecado venial de este hombre tan lleno de virtud como de ingenio!

Pedro Goyena había hecho su crecimiento intelectual en el profesorado. Regentó en la primera juventud una clase de literatura, luego una de filosofía, y de quince años á esta parte la de Derecho Romano de la Facultad de Ciencias Sociales. Esta larga permanencia en la cátedra imprimióle un carácter indeleble, y aumentó día á día la seguridad y consistencia de su criterio. Había pasado á través de todos los sistemas, de todas las escuelas filosóficas, como me lo dijo alguna vez, á la manera del viajero ideal que, saliendo de un punto fijo y siguiendo siempre en igual dirección, se encontrara, después de haber dado la vuelta al mundo, en el mismo punto de partida. Nada pudo alterar en su conciencia los prestigios de la fè cristiana y su adhesión á los dogmas de la doctrina católica. Pero, en cambio, en la larga excursión, ¡cuántos puntos intere-

santes había atravesado! ¡Cuántos paisajes luminosos, cuántos senderos abruptos ó desconocidos holló con su planta de explorador y de peregrino! Su espíritu, abierto á las más diversas impresiones, gozaba sobre todo con ese placer intenso del turista que recorre las sendas del pensamiento humano, y pasea las regiones de ese mundo moral cuyas perspectivas son variadas é infinitas. Por las genialidades y peculiaridades de su modo de ser intelectual, realizaba en su persona y en las manifestaciones de su inteligencia el ideal del literato en la acepción verdadera de la palabra, tal como es concebido hoy por los altos representantes del pensamiento moderno. Sobre las vacilaciones y alternativas del juicio humano, levantaba el ideal de la creencia cristiana. Amaba la ciencia por la ciencia misma, convencido de que el amor al saber, como se ha dicho, «llega á ser una elevación del alma, una comunión con lo universal, una misa láica.» Su espiritualismo ardiente y exaltado, rechazaba las conclusiones de la escuela positivista y ese culto por la humanidad con que los discípulos de Comte quieren reemplazar el culto de Dios. Creía, con Male-

branche, que la ciencia del hombre es la más digna del estudio del hombre. Poseía esa reflexión íntima, esa visión interior, esa potencia de análisis, que constituyen el blasón más puro de la nobleza del talento.

Por eso, à pesar de la austeridad de sus principios religiosos, su espíritu àmplio comprendía todas las cuestiones y pesaba todos los argumentos, sin desdeñar el estudio de esos problemas morales cuya visión agranda y vivifica el pensamiento. Su benevolencia tranquila, perdonaba, sin disculparlos, todos los extravíos del criterio. Seguía en este sentido el consejo humanitario de un maestro: «El que respeta lo que es cosa del alma, respetará doblemente toda creencia sincera, aunque no sea la suya y evitará críticas que ofenden. Hay algo menos filosófico aún que el fanatismo, es la ironía. Un filósofo todo lo roza en su exámen. He ahí por que necesita tener la mano ligera y discreta. No es esto decir bastante: he ahí por que es necesario que su simpatía sea tan grande como es abierto su espíritu.»—Esta extensión de horizontes no destruía la severidad del moralista. Muchas veces me manifestó, en sus últimas

conversaciones, su temor de que se perpetuara el pasajero eclipse moral que no hace mucho envolvió en su sombra á nuestra sociedad, y que las generaciones que nacen á la vida sustituyeran á la fe en las grandes verdades morales, el culto degradante del éxito ó de la fuerza, de la riqueza ó el poder, del sable ó del oro; en una palabra, la «prosternación del hombre delante del hombre.»

La suavidad de modales y de formas del doctor Goyena, no excluía la virilidad y energía del carácter. Alcancé á oír en mi niñez sus elocuentes discursos, oponiéndose á la erección de la estatua de Mazzini, que hoy adorna un paseo en Buenos Aires. La barra, compuesta en su totalidad de italianos, le era hostil; y sostuvo sus ideas, con un aplomo y un valor extraordinarios, á pesar de las protestas, amenazas y manifestaciones contrarias de sus oyentes. Se sabe con cuánta independenciam, por razones respetables y siempre generosas, se mantuvo en los últimos años en el campo de la oposición, haciendo oír en el Congreso su palabra severa y batalladora contra los gobiernos que se han sucedido en ese lapso de tiempo. Y :cuán

fácil hubiérale sido claudicar ó evolucionar en un sentido más favorable para sus intereses ó para su fortuna política! La inflexibilidad é intransigencia de sus opiniones, le impidieron siempre buscar un éxito que consideraba incompatible con la austeridad y rectitud de sus principios. Por lo demás, miraba las cosas materiales de la tierra con el desdén y la altura del que se siente superior á ellas. Hombre de hogar y de familia, era necesario verlo rodeado de su prole numerosa para comprender la exquisita delicadeza de su corazón y los tesoros de su bondad. Irradiaba el respeto y la simpatía. Sus discípulos sentían por él un cariño casi filial.

Pedro Goyena hizo versos en su juventud, y, aunque permanecen inéditos, en la intimidad los recordaba á veces, y hace muchos años hasta llegó á recitarme algunos. Su predilecto género literario fué la crítica, á que lo llamaban las tendencias reflexivas y analizadoras de su espíritu. Profundamente versado en las letras clásicas, era uno de los últimos *latinistas* que nos quedan. Conocía también no poco de las literaturas modernas, y era un lector apasionado de Sainte-Beuve. En la *Revista Argen-*

tina publicó una serie de artículos que, á pesar de que no pertenecen á la madurez de su inteligencia y su erudición, son tal vez los más notables que, en su género, posee nuestra literatura contemporánea. He vuelto á releerlos con el más vivo interés, admirando la seguridad y fijeza de su golpe de vista, y la sagacidad de sus estudios psicológicos. La páginas consagradas á *Fray Ventura Martinez*, á los poemas de Gutiérrez, *Las cartas á Wilde sobre la poesía*, su crítica de los cantos de Guido Spano, etc., revelan un artista refinado y elegante. Su introducción á las obras de *Don Félix Frias*, escrita posteriormente, así como su rápido esbozo sobre Rawson, muestran ya al escritor completo, razonador y brillante. Había acumulado conocimientos profundos sobre la historia de la vida y acciones de los representantes del pensamiento argentino. Más de una vez me habló de su deseo de escribir un libro sobre el doctor Dalmacio Vélez Sarsfield. Sus juicios respecto á Mitre, Sarmiento, Avellaneda, serán para mí inolvidables. Estaba encargado de dirigir la publicación de las obras del último, é ignoro si habrá terminado el estudio

que debía precederlas. Sobre Alberdi ha dejado un magistral trabajo inédito, escrito con motivo de la publicación de la obra que consagré al autor de *Luz del día*. En él explica de una manera nueva y veraz la lucha histórica entre la Confederación y Buenos Aires.

Todos estos escritos diversos no darán tal vez el material de dos volúmenes, porque el doctor Goyena, como la mayor parte de nuestros escritores, no se daba prisa á producir, contando tal vez con la esperanza de épocas mejores, ó tratando de llegar al dominio absoluto de su tema. En el caso particular de este amable talento, podrían recordarse algunas frases del prefacio de las lecciones de Sainte-Beuve, sobre *Chateaubriand* en que el crítico eminente se refiere á una época memorable de su vida: «Durante esos años, que puedo llamar felices, pretendí y conseguí, hasta cierto punto, arreglar mi existencia con dulzura y dignidad: *escribir de tiempo en tiempo cosas agradables; leer las agradables y serias; pero, sobre todo, no escribir demasiado; cultivar sus amigos; guardar algo del propio espíritu para las relaciones diarias y saber gastarlo entonces sin medida; dar más á*

la intimidad que al público; reservar la parte más fina y la más tierna, la flor de sí mismo, para el interior; gozar con moderación en un dulce comercio de inteligencia y de sentimiento de las últimas estaciones de la juventud: así se dibujaba para mí el sueño del gentil hombre literario, que conoce el precio de las cosas verdaderas, y que no deja que el oficio y la tarea impuesta perturben demasiado lo esencial de su alma y sus ideas.» Tal ha sido el programa realizado de la existencia del maestro noble y generoso, cuya pérdida enluta nuestros corazones.

El estilo de Goyena es sencillo, elegante, de formas cultas y graciosas, mesurado, correcto y siempre natural. En él se nota el horror de una escuela que podría llamarse de la frase por la frase. Nada de fulguraciones intempestivas, ni de adornos postizos en sus escritos ó sus discursos. La palabra fluye sin esfuerzos, el brillo es algo mate como el del acero, pero el timbre y el temple de la oración revelan un autor seguro de los secretos y perfeccionamientos de su arte. La impresión que produce la lectura de cualquiera de sus artículos, es curiosa. Los pá-

rrafos que parecen fríos al principio, desprovistos de imágenes y retórica, van animándose poco á poco, poseidos de un encanto secreto que invade el ánimo lentamente; y en la severidad y armonía de sus contornos, acaban por cautivar el espíritu, como esas suaves y nítidas bellezas del Norte, que sin poseer el encanto irresistible y pasional de las razas meridionales, en la misma regularidad de sus líneas, tienen una seducción irresistible y una fuerza imperiosa de atracción y simpatía. Un escrito de Goyena es, así, de corte clásico, en el sentido amplio de la palabra. Clásico, he dicho, y no otro calificativo cabe á un trozo como el siguiente, que tomo de una de las *Cartas á Wilde sobre la poesía*:

La poesía mantiene vivas las gloriosas tradiciones de los pueblos. En los versos de los ilustres cantores se han transmitido, de generación en generación, las ideas religiosas y sociales de todas las razas. Las ciencias mismas deben á la poesía preciosas informaciones; y refiriéndome á la jurisprudencia, que he cultivado especialmente, puedo citar, en apoyo de lo que digo, un bello libro que se llama *Los poetas juristas*. ¿Quién pretenderá conocer la civilización antigua sin haber leído á Homero y Virgilio? ¿Quién se considerará iniciado en los secretos de la Edad Media, si no ha sido guiado por el Dante en aquel período crepuscular que precede á los tiempos modernos? ¿Quién puede mostrarnos un espíritu que haya penetrado más profundamente en los senos del alma humana y dejádo-

nos revelaciones más sorprendentes de nuestra propia naturaleza, que el admirable autor de *Hamlet* y de *Macbeth*? La poesía nos arrulla con los himnos de la esperanza, suaviza nuestras penas con las confidencias de los dolores ajenos y purifica nuestros sentimientos, despertando en nosotros la admiración por los tipos que honran á la humanidad y el horror por los monstruos que la deshonran. La poesía es noble y santa; responde á esa necesidad suprema que nos impulsa hacia las regiones del ideal; hacia un mundo superior al mundo en que nos agitamos, devorados por un anhelo misterioso que no sacian las riquezas ni la gloria de la tierra... Todos los que creen en la sublimidad del destino humano; todos los que sufren y esperan; todos los que se consuelan en las angustias de la vida con la visión de la eterna ventura, aman y veneran la poesía.

El orador no es menos atrayente, aún despojada la lectura de sus discursos del encanto indefinible que les prestaba la figura, el acento, la voz, el arte consumado del doctor Goyena. Esto, en cuanto al ropaje externo de su pensamiento, pues en lo que respecta al fondo, él fué siempre un filósofo y un crítico, como lo demuestra el siguiente fragmento de una de sus últimas conferencias, dada en la *Academia Literaria del Plata*:

Las literaturas originales no se forman sinó por el contacto del escritor con la naturaleza en que vive y por el conocimiento de la sociedad á que pertenece. No solo por sus dotes literarias, por la elevación del pensamiento, por la nobleza de los afectos, por el encanto del ritmo, sinó por el caracter nacional de su verso, es que Echeverría ha dejado recuerdos imborra-

bles y suscitado, dos veces ya, grupos de jóvenes cultores de la poesía, primera y última flor del arte humano en todos los tiempos y todos los pueblos..... Pero el amor á las cosas de la tierra no ha de ser tal en materia de literatura que nos desorienta del que debemos profesar á la belleza de las obras que produjo el genio de otros siglos y de otras razas. Lo verdaderamente bello es eterno y universal, y se ha dicho bien, hablando de la estatua griega, que ella sonríe todavía á los siglos impotentes vencidos por su hermosura. No os olvidéis jamás de que sois argentinos, y hacedlo sentir en vuestros escritos y en vuestros discursos; pero no creáis que son bellos únicamente nuestros ríos, nuestra llanura, nuestras montañas y nuestro cielo, y que no hallaréis lecciones interesantes sinó en la historia de nuestros hombres y de nuestros hechos. La tradición humana es una maestra indispensable en la ciencia social y en el desarrollo del arte. Abrid, pues, vuestro espíritu, no sólo á los panoramas de nuestro país y al relato de los sucesos que forman la trama de la vida nacional, sinó también al paisaje admirable de los grandes maestros, y á la serie interminable de los hechos en que han sido actores los pueblos que nos preceden en la obra de la civilización... Lo que hay de bello en las obras modernas no ha brotado casualmente del espíritu humano: es un desenvolvimiento de gérmenes y de formas pre-existentes. Se ha dicho que la naturaleza no da saltos; observad que el arte no es un acróbata, ni la ciencia una improvisadora. No excluyais más que lo deforme y lo erróneo; y no imitéis jamás al profesor de quien nos habla Savigny, que pretendía desterrar de su jardín botánico todas las plantas que no naciesen en estado salvaje sobre el suelo de Baviera...

Todos los esplendores del talento luminoso que expresaba estas ideas tan nobles, tan elevadas, en un lenguaje transparente y hermoso, se han apagado hoy en el silencio y la oscuridad del sepulcro. Ya no escucharemos más su pala-

bra expresiva y encantadora; ya no recibiremos la benéfica influencia de sus sabias lecciones. Su muerte ha debido ser la del justo, que pasa por la tierra sin hacer derramar una lágrima y sin flaquear un instante en el camino del deber. Y hoy su espíritu inmortal, libre de los lazos terrenales, habrá podido convencerse del fundamento de estas palabras que escribió un día, sintiendo intensamente la fugacidad de la existencia: «Se avanza, pero no se llega jamás en este mundo; hay que salvar un abismo, la muerte, para contemplar, cara á cara, la eterna Verdad, la eterna Belleza!...»

VI

El 24 de Mayo de 1881, en una tarde triste y lluviosa, que aumentaba la melancolía de la despedida, sali de Buenos Aires, como secretario de la Legación en Venezuela y Colombia, confiada á la hábil dirección del doctor Miguel Cané. He consignado, á grandes rasgos, en

una obra juvenil, algunas impresiones de aquel viaje interesante, que será siempre recordado por el precioso libro en que mi jefe y amigo narró sus incidentes y peripecias. Nada diré hoy sobre muchos puntos, que no ha llegado el momento de tratar y recordar todavía, y que pertenecen á la vida íntima del corazón y á lo más hondo y dulce del sentimiento humano. Tomamos algunas semanas de reposo en París, y en Agosto seguimos para nuestro destino, por la vía Saint-Nazaire, en el *Ville de Brest*, una carreta marítima, desvencijada y vetusta, que cortaba las olas del océano con la lentitud y la calma de una tortuga. Fué en esa jaula flotante donde mi destino literario me puso en contacto con François Mons, joven poeta dramático que se dirigía á Caracas, y cuyas últimas noticias me han llegado de Nueva York, donde creo que reside actualmente. Había hecho representar en el *Odeon* algunas piecitas, que, sin tener una resonancia especial, fueron recibidas con señales de aprecio. La principal, titulada *El Aprendiz de Cleomenes* (*L'Apprenti de Cléomène*), tiene algunos pasajes elegantes é inspirados, aunque se nota en ella la influen-

cia marcada de la primera manera de Emilio Augier. Por lo demás, era un representante alegre y convencido del espíritu *boulevardier*. Conocía todas las altas personalidades literarias de París; no, por cierto, como un émulo ó un camarada, sinó como un bohemio de talento fácil y despierto, apasionado de su arte y ansioso de conquistarse un nombre en la gran capital del pensamiento moderno. Nuestras charlas se prolongaban hasta altas horas de la noche, paseando sobre el puente, que iba quedando desierto, poco á poco, y arrullados por la voz profunda del mar, que batía los costados del vapor y brillaba con extrañas fosforescencias á la luz plateada de las estrellas. Mi amor por las cosas intelectuales y el atractivo de la conversación variada y fulgurante del poeta, lograron acortar, si era posible, las horas de la travesía hasta nuestra llegada á la capital de Venezuela.

Durante mi corta permanencia en Caracas, no pude conocer, á pesar de mis deseos, sinó á pocos literatos venezolanos. La época, ciertamente, no era propicia. La dominación de Guzmán Blanco enrarecía la atmósfera política y social de aquel pueblo simpático, y mataba

en germen todas las manifestaciones del talento viril é independiente. La mayor parte de los hombres distinguidos de Venezuela vivian alejados en Europa, en los Estados Unidos ó en las Antillas; los que permanecian en el pais estaban olvidados y empobrecidos. El que desée tener una idea exacta de la sociabilidad de Venezuela en aquella época y un reflejo de su vida intelectual, puede leer los *Souvenirs du Venezuela* por Jenny de Tallenay. Tuve la buena fortuna de conocer allí á la distinguida autora de este libro, que hoy figura en el cuerpo diplomático extranjero residente en Buenos Aires. Todas las delicadezas de una fina naturaleza de artista, y todos los encantos de un talento aristocrático, hacen de esa obra una lectura sumamente amena é interesante. Jenny de Tallenay, en quien la hermosura soberbia y altiva parece iluminada con los destellos del espíritu, ha sabido retratar, con la dulzura de tintas y la energia de rasgos que caracterizan á los escritores de raza, el espectáculo curioso de aquel pais, tan digno de ser estudiado y conocido por su naturaleza hermosísima y las peculiaridades de su organización y de su caracter.

Mi vida venezolana fué, sobre todo, vida de encierro y de trabajo. No obstante, algunas veces me encontré en un círculo en que tuve oportunidad de conocer á algunos brillantes escritores. La reunión tenía lugar en la *Fotografía Artística* de Salas. Los concurrentes á aquel areópago, casi clandestino, penetraban en una sala semejante á las de todos los establecimientos del mismo género, con una docena de sillas de junco alrededor de sus paredes, de las que colgaban muestrarios de retratos de diferentes tamaños y condiciones. Hasta ahí nada se observaba de particular, á no ser el deterioro de los muebles y el aire de tristeza y de abandono que revelaba el local, cubierto de polvo y de telarañas. Pero los iniciados no se detenían en aquella especie de vestibulo, y pasaban de largo á la galería, donde la decoración era completamente distinta. Allí había de todo en un *maremagnum* imposible, en una pintoresca confusión: máquinas fotográficas, telas empujadas sobre caballetes colocados en una luz conveniente, bocetos al lápiz ó al carbón, grandes cuadros de maestros y estudios de principiantes, armas antiguas y modernas, telas de colores

vistosos, cacharros indígenas de arcilla; en suma, ese *bric-à-brac* característico de los estudios de pintores á quienes la reputación adquirida no ha impuesto aún la *pose* de los talleres arreglados para la exportación.

Aquel era el estudio de Tovar y Tovar, uno de los pintores más distinguidos de Venezuela. Allí acudía á manejar los pinceles uno de mis compañeros de viaje en el *Ville de Brest*, Antonio Herrera, también pintor, que llegaba de Roma y que durante mi permanencia en Caracas se ocupó en decorar un magnífico bautisterio en la iglesia de Alta Gracia y en colocar un hermoso *plafond* que había pintado en Italia para la Catedral. Allí, finalmente, llegaban algunos literatos y periodistas á engrosar el pequeño grupo de amigos, aislados y ocultos como nihilistas ó antiguos carbonarios, con los cuales pasé momentos inolvidables. No eran muchos, en verdad. Los más asiduos se llamaban Eduardo Blanco, Francisco G. Pardo, Eloy Escobar y Diego Jugo Ramirez.

He hablado ya de la mayor parte de estos distinguidos escritores en mi libro *Impresiones*. Eduardo Blanco era uno de los más jóvenes.

Habia escrito dramas, novelas, libros históricos. Su obra más popular, *Venezuela heroica*, especie de epopeya en prosa, desbordante de vuelo y de lirismo, muestra las galas de su imaginación tropical y entusiasta que se encrespa y se inspira al recuerdo de los grandes hechos de armas de la guerra de la independencia. Era Blanco un perfecto caballero y un hermoso hombre, de elevada estatura y facciones agradables y correctas. Sin estar completamente en oposición con el régimen imperante en su país, no lo miraba con simpatía. La lucha amarga de la vida lo ha arrancado de la órbita del trabajo literario, puro y sereno, del que no debían verse obligados á salir jamás hombres de su inteligencia y su corazón.

Diego Jugo Ramirez habia empezado, hacia pocos años, á escribir versos fáciles, agradables y musicales. Tenia el don de la palabra rítmica, con esa espontaneidad que distingue á los escritores de aquellos países, acariciados por el sol, en que las estrofas parecen brotar como las flores en una eclosión rápida y brillante, aunque no pocas veces efímera. Sin embargo, Ramirez posee condiciones sólidas y, á través de la

armonía rumorosa de su expresión, deja adivinar las cualidades de un alma de poeta.

Francisco Guaycupuru Pardo, autor de las *Indianas y Paramaconi*, es el padre legítimo de aquella espléndida oda premiada en los *Juegos Florales* de Buenos Aires, y atribuida al joven Francisco R. Brander, que se gratificó generosamente con la gloria del poeta venezolano. Recuerdo que, de paso para Bogotá, estando en Barranquilla, á orillas del Magdalena, recibimos la correspondencia de Buenos Aires, en que había diarios que narraban largamente aquel caso de plagio á mano armada. Con ese motivo, escribí á Pardo, poniendo el hecho en su conocimiento con acopio de recortes; pero ignoro si mi carta llegaría á tiempo á su poder, pues fué precisamente en esos dias que falleció el distinguido literato, y nunca vino á mis manos su respuesta. Era, sin duda, el primero de los poetas de Venezuela, por su lirismo desbordante, su sensibilidad exquisita y el dominio de la forma métrica, admirable siempre. Pertenecía á una de las más distinguidas familias de su país, y, en su juventud, había tenido fortuna, que en la época de nuestra llegada á Ve-

nezuela estaba completamente destruida por el abandono en que la dejó su cultivo asiduo de las letras. En este sentido, Pardo era una especialidad, y pasaba á los ojos de sus compatriotas como un excéntrico. Joven todavía, su muerte ha dejado trunco su poema indígena *Indianas*, que, por los fragmentos publicados, puede asegurarse hubiera sido una de las más espléndidas joyas de la musa americana. Jacinto R. Pachano, con las formas de lenguaje grandilocuente, peculiares á la mayoría de los prosistas de Venezuela, ha caracterizado de la siguiente manera el talento de Francisco G. Pardo:

Era poeta en toda la extensión de la palabra, y, con la misma envidiable facilidad con que pulsaba el laúd de la poesía lírica, empuñaba la trompa de la poesía heroica. Su musa, eminentemente épica, dominaba todos los géneros en aquel vastísimo campo, digno de sus prodigiosas fuerzas, en que se cernía su espíritu como el cóndor en las alturas. Su lira combinaba todos los sonidos y reflejaba todos los colores: el murmurio de las fuentes y el ruido de las cataratas; el gemido de las auras y el estrépito de las tempestades; la lluvia del rocío y el fragor de los cráteres; el turquí de nuestra bóveda celeste y el cambiante esmeralda de los mares; el gorjeo del ruiseñor y el rugido del león.

Las poesías elegiacas ó amatorias de Pardo, tienen una suavidad y un encanto indefinibles.

La lectura de las estrofas que siguen, por ejemplo, trae á la memoria un eco de las estancias al *Lago*, de Lamartine, ó de los dulces idilios de Chénier:

¿Á qué tan dulces horas
Traer al corazón, Leonor aótiva,
Si el sol de esas auroras
Ya pasó como lumbre fugitiva? . . .

Callada está la ola
Del blando río; el aura no despierta;
¡Y mi alma está sola!
Y la tuya, Leonor, la tuya ¡muerta!

¡Mira el bosque sombrío;
Mustio el ciprés; fatídica la nube! . . .
¡Y tu suspiro, frío
Como esa niebla que del lago sube!

De tanto amor abrigo .
Allí está, ¿no la ves? seca la palma
Que fué mudo testigo
Del amor de tu alma y de mi alma.

¡Iris de mil colores,
Que espléndido brillaste una mañana,
Te fuistes con sus flores
Y entre sus orlas de zafiro y grana!

¡Todo sobre la ola
Pasó del tiempo con tu amor y el mio! . . .
¡Y mi alma está sola! . . .
¡Y está, sin tí, mi corazón vacío! . . .

En el primer poema de las *Indianas*, único que publicó el poeta arrebatado por la muerte,

ensayó éste un género poco cultivado en América, y de que tenemos una preciosa muestra en el *Tabaré*, de Zorrilla de San Martín. Desde las primeras estrofas, que podrían llamarse el preludio de la amplia sinfonía, se oye el soplo de la inspiración que hace vibrar la lira sonora:

¿Qué extraño acento en las tranquilas auras
Con voz solemne pronunció mi nombre?
¿Es el ruido del viento que murmura
En la alta cruz de la derruida torre?

¿Ó el rumor misterioso de las aguas
Del claro río, que, al besar los bordes,
Arrulla entre sus olas, con suspiros
El sueño de las palmas y las flores?

¡No; que el acento que en mi oído suena
Es la voz de otros siglos y otros hombres,
Y augusta sombra en el espacio miro
Que lenta cruza el seno de la noche!

¡La piel de un tigre salpicada en sangre
Lleva á la espalda del color del bronce,
Y al hombro el arco, donde al par reluce,
Roto y sin flechas, el carcaj inmoble!

¡Es el Genio de América, que surge
Del polvo helado de la extinta prole,
Y viene á reclamar del arpa mía
El himno de la patria y de los dioses! . . .

La parte descriptiva del poema es, sin duda, la más hermosa, y ella salva las deficiencias del ar-

gumento artificioso y anticuadamente romántico. Júzguese por la siguiente descripción de un paisaje de naturaleza tropical:

Subid allí; veréis cómo en el aire
Mueven la ceiba y el laurel sus hojas;
Y arbustos de perpétua primavera
Cubren de flores su enramada copa;

Veréis cómo tapiza las campiñas
Del tierno césped, regalada alfombra,
Dibujando mosaicos y arabescos
Bajo el dosel de la hojarasca umbrosa;

Veréis temblar en sus penachos verdes
Los tallos del maguey, mientras se adorna
Con campanillas de oro, donde el viento
Sus leves alas en fragancia moja.

Y cómo por los troncos del urape
Y del castaño y la gentil magnolia,
Cual locas culebrillas de esmeralda,
Serpean las volubles trepadoras.

.....

Y aquí y allí, las cristalinas aguas
Que brillan por las cármenes sonoras.
Ó en arcos juegan con la luz y el viento,
Deshechas en plumajes y coronas.

Leves cascadas que derraman perlas,
Aura que lléva azules mariposas,
Sauces que gimen, palmas que murmuran
Y verde el campo y las espigas blondas.

Y cómo, en derredor de las alturas,
Se ven aldeas y campestres chozas,
Y grupos de cabañas, que á lo lejos
Blanquean como bandas de palomas.

Otro de mis amigos de Venezuela,—muerto también en plena madurez,—era el poeta Eloy Escobar, á quien sus intimos, al verle con aspecto melancólico y un eterno traje negro, que, por el uso, mostraba su pobreza, llamaban en son de broma, *De Profundis*. Era un hombre noble é ingénuo, apasionado por todo lo bueno y bello que existe en el mundo, ávido de gloria y de poesía, amargado por el espectáculo de la miseria humana y abatido por la precaria situación en que se encontraba. Su voz dulce, velada por el acento de la tristeza, resonaba como la cuerda sollozante de un arpa. Sus poesías estaban todas impregnadas de sentimientos dolorosos y de pesares íntimos. El siguiente retrato que de él ha hecho Martí, vigoroso é incisivo como una agua fuerte, lo presenta de cuerpo entero con todas las ternuras de su naturaleza soñadora:

La gracia, el infortunio y la virtud eran sus musas; y su don especial el de ver la elegancia del dolor, acaso porque llevaba el suyo como lleva el caballero de raza el guante blanco. De las flores, la violeta y la adelfa; del día, el crepúsculo; de las fiestas, la mañana de Páscuas; de los sucesos del mundo, jamás canta al amigo encumbrado, sino al que muere; ni al que llega, sino al que se despide. Va por las calles siguiendo con el alma ansiosa la nube que se deshace ó el ave que desaparece, y encuentra siempre modo nuevo de comparar la pena humana á la de la naturaleza, y sacar de ella el consuelo. Anticubaba sus giros

de propósito; pero esto era como artística protesta contra el dialecto becqueriano que se ha puesto de moda entre los poetas, ó contra ese pampanoso estilo de la prosa heróica y altisonante que en nuestras tierras, so pretexto de odas y de silvas, ha llegado á reemplazar aquel candor, esencia y música, breves por su misma excelsitud, que son las dotes de la legítima poesía. Él quería labrar ánforas de oro para guardar el aroma del amor, veteadas de sangre como los jacintos; y la gota de rocío y la del llanto. No rehuía la pompa, pero había de ser esa que trae como ornamento propio la grandeza, y se trabaja años para que pueda durar siglos. Es su poesía como mesa de roble, de aquellas macizas y sonoras de la vieja hechura, donde se hubiesen reunido, por capricho del azar, un abanico de concha y oro con el país de seda, y un búcaro de flores.

VII

Si hay una capital verdaderamente literaria en Sud América, ella es, sin duda alguna, Bogotá. Encumbrada en un pico de los Andes, con un cielo esplendoroso y un clima frío que invita á la calma del estudio y al recogimiento del hogar, amenizado por pláticas agradables, en aquella sociedad culta y distinguida las cosas del espíritu ocupan un puesto primordial en la vida, al contrario de lo que sucede en otras partes, en que son relegadas á un papel secunda-

rio y subalterno. Un epigrama de Carrasquilla, un estudio crítico de Miguel Antonio Caro, una poesía de Pombo, una frase de Marroquin, son acontecimientos sociales y temas de conversación obligada en círculos en que alterna la más exquisita distinción con todos los refinamientos de un buen gusto exigente y una preparación general en achaques literarios. Las pasiones políticas mismas, que, como en todas las secciones de Sud América, son violentas y terribles, se detienen ante el respeto á la alta personalidad intelectual. Los rojos de color más subido, los liberales más implacables, que combaten sin piedad á Rafael Núñez, ó á Miguel Antonio Caro, por ejemplo, repiten con unción las vibrantes estrofas de *Todavía*, ó la oda á *La Estatua del Libertador* y consideran á ambas como glorias de las letras colombianas. Hace ya diez años traté de expresar algunos de los rasgos peculiares de muchos de los talentos de aquel país en mi libro *Impresiones*; pero aquellas páginas fugaces y ligeras están muy lejos de dar una idea aproximada del movimiento literario de Bogotá. No ha llegado el momento de completarlas con un estudio detenido, minu-

cioso y detallado, para el cual me falta allegar datos y redondear juicios. Por hoy, quiero limitarme à recordar algunos incidentes de mi vida literaria, ligados al conocimiento y cultivo de hombres cuya reputación ha crecido con el tiempo, ó jóvenes cuya voz ha enmudecido en el silencio y el desencanto.

Ingénuos y cariñosos como son, en su totalidad, los juicios juveniles contenidos en aquel libro, ellos, sin embargo, han merecido réplicas apasionadas y me han originado resentimientos que algunas veces han desbordado del terreno de las ideas al de la calumnia personal y la hostilidad mezquina. ¡Nada es más ciego y terrible que la vanidad herida de un escritor que se cree superior à la discusión y à la crítica! Un fragmento de estudio publicado en *La Nación*, de Bogotá, sobre mi libro *Impresiones*, me presenta como enemigo declarado del señor Caro y de la Academia colombiana. Es un error que debo levantar. El señor Caro es, sencillamente, una gloria de la América, por su erudición inmensa, sus cualidades de crítico eminente y la belleza y solidez de sus trabajos. Al par de él, creo que solo puede ponerse un escritor como

Menéndez Pelayo, cuya ciencia inmensa y vasto talento le señalan un puesto aparte en la literatura castellana. Pero el señor Caro, como Homero, ha dormitado algunas veces, y lo peor es que lo ha hecho en verso; el señor Caro ha gastado una inmensa suma de trabajo manual en traducciones que no añaden nada á su gloria de poeta original y de crítico eminente. La simpatía no debe ser ciega é indiscutible como la fe. Estimo como se debe al Miguel Antonio Caro de la *Oda al Libertador*, pero mi aprecio no llega á hacerme entusiasmar con el de las traducciones en verso. Creo algo más, y es que la escuela á que pertenece el señor Caro en filosofía y en literatura, pone trabas y pedales á su inspiración, encerrada frecuentemente en borceguíes que la torturan é impiden el libre desarrollo de sus fuerzas. Pero, eliminando algunos puntos de detalle y con las reservas mencionadas, queda espacio suficiente en mi espíritu para una franca y seria admiración por las cualidades excepcionales del talento del señor Caro.

Esto me parece explícito en lo que respecta al traductor de Virgilio; que en cuanto á José

Eusebio Caro y *La Lágrima de Felicidad*, cuya crítica se me ha enrostrado como un delito, á pesar de las protestas y reclamaciones, seguiré creyendo que aquella composición está deslucida por el prosaismo de sus cinco estrofas finales. Suspendedlas y tendréis una obra irreprochable. Si, no concibo cómo puede ponerse á igual nivel el soberbio principio de aquel canto con el final que más adelante transcribiré:

Solos, ayer, sentados en el lecho
Do tu ternura coronó mi amor,
Tú, la cabeza hundida entre mi pecho;
Yo, circundando con abrazo estrecho
 Tu talle encantador.

Tranquila tú dormías, yo velaba!...
Llena de los perfumes del jardín,
La fresca brisa por la reja entraba,
Y nuestra alcoba toda embalsamaba
 De rosa y de jazmin.

Por cima de los árboles, tendía
Su largo rayo horizontal el sol,
Desde el remoto ocaso do se hundía;
Inmenso, en torno de él, resplandecía
 Un cielo de arrebol.

Del sol siguiendo la postrera huella
Dispersas al acaso, aquí y allí,
Asomaban con luz trémula y bella,
Hacia el oriente, una y otra estrella
 Sobre un fondo turquí.

Ningún rumor ó voz ó movimiento
Turbaba aquella dulce soledad:
Sólo se oía susurrar el viento,
Y oscilar, cual un péndulo, tu aliento
Con plácida igualdad!

¡Oh! Yo me estremecí!... Sí, de ventura
Me estremecí, sintiendo en mi redor
Aquella eterna fúlgida natura!
En mis brazos vencida tu hermosura!
En mi pecho el amor!...

.....

El cuadro es admirable. La cadencia del ritmo y el timbre musical de las estrofas revelan un poeta de raza. Hay algo de profundamente tierno y voluptuoso en esa escena de amor encuadrada en un fondo de naturaleza virgen. El amante feliz siente que de su corazón rebosa la ternura, y deja caer sobre el mórbido seno de la amada una lágrima de felicidad. Y aquí entra lo deplorable. La explicación de esa lágrima es ramplona, prosaica, de mal gusto. Oigámosla si no:

¡Oh! la esposa que joven y *lozana*
Diez hijos á su esposo *regaló,*
Y que después, *viuda,* enferma, anciana,
A sus diez hijos en edad temprana
Morir y *enterrar* vió;

Esa mujer que penas ha sufrido
Cuantas puede sufrir una mujer;

Esa madre infeliz que ha padecido.
Lo que tan sólo la que madre ha sido
Alcanza á comprender...

Ella, pues, cuando á buenos y malvados
Llame á juicio *la trompa* de Jehová,
Sus diez hijos al ver *resucitados*
Al volver á tenerlos abrazados...
¡Oh! de amor llorará!...

Es inútil desmenuzar esta imágen extraña, y más inútil aun hacer á su respecto un poco de sicología. Todo este fragmento me parece frio, lleno de ripios y de lugares comunes, y, sobre todo, prosaico. Esa esposa joven y, por añadidura *lozana*, cómo no podía dejar de serlo para poder regalar á su esposo nada menos que *diez* hijos; esa madre que, como en una epidemia, pierde á su marido y á sus *diez* hijos, á quienes, además, *enterrar vió*; todos los detalles de esta comparación son de un mal gusto que se impone á las personas menos entendidas en materia literaria, y ellos afean el principio tan noble, tan diáfano, tan hermoso de la composición. Se dice, sin embargo, que soy apasionado y que aquello es el colmo del arte y de la distinción intelectual. Pero creo que basta la lectura y parangón de los fragmentos transcriptos para hacer justicia á mis opiniones y darme enteramente la razón.

VIII

Por otra parte, nada es más difícil, en esta como en muchas materias, que satisfacer todos los gustos. Así, mientras el crítico á que he aludido antes me reprocha con acritud una hostilidad imaginaria á los académicos colombianos, Santiago Pérez Triana, uno de los jóvenes talentos más distinguidos de su país, en un largo artículo publicado en Nueva York, me hace un cargo sustancialmente distinto. «En efecto—dice, refiriéndose á mi libro *Impresiones*—lo que más se fijó en su espíritu, lo que le merece más cuidado y atención, es lo que hay de menos colombiano en Colombia, por sus tendencias, por su origen, por su espíritu, á saber: la Academia.» Y, más adelante, añade:

La Academia colombiana es á la española lo que el monaguillo al cura: lleva su traje, imita sus movimientos y espera officiar también, á su vez, algún día. Su labor en el país es nula, y reducida—como observó hace poco Adriano Paez—á haber creado unas pocas reputaciones, de esas obtenidas con trabajos á la orden, y á dar un baño de plomo á las alas del más galano y

fecundo de los poetas colombianos contemporáneos, cuya lira olvidó los divinos acordes con que ayer conmovía los corazones, desde que vino á formar parte de esa academia en miniatura. Dos nombres encontrarán en la lista de académicos colombianos el autor de las *Impresiones*, de escritores que, por consideraciones personales y sociales, no pudieron seguir el ejemplo de su compatriota don Juan María Gutiérrez. Por otra parte, respecto de la Academia, ellos no hacen más que dejarse poner en sus listas. El resto, salvo una excepción, pertenece á la escuela ultramontana, que suspira por el pasado, ¡á Dios gracias! muerto para siempre, que está en pugna con todo lo que el siglo llama civilización; y, en literatura, en arte y política, tiene los ojos vueltos hacia atrás. Por todo eso decimos que esa Academia es lo menos colombiano que hay en Colombia.

Estas líneas, severas y amistosas, de una inteligencia brillante y cultivada, están en desacuerdo con las del escritor de *La Nación*, de Bogotá, que me atribuyó gratuitamente «conceptos falsos, desdeñosos é inconvenientes acerca de la Academia colombiana;» sin que valga en mi abono «la amistad y consideración que dice profesar, y que no dudamos profesa, á tales ó cuales académicos, porque no se trata aquí de individualidades, sino de la Corporación misma». . . Pero me cuesta reabrir, después de tantos años, una querrela pasablemente inútil y en la cual me tocaría siempre la peor parte, pues el papel de todo autor criticado, justa ó injustamente, debe estar reducido á acatar el

fallo de su censor, cuyas opiniones, gustos ó simpatías no pueden tiranizarse en beneficio de la propia satisfacción ó vanagloria.

Lo que deliberadamente pasé por alto en mi rápido bosquejo es la lucha encarnizada y tenaz que de largo tiempo atrás ha existido en Colombia entre el elemento católico y el elemento liberal. Esa contienda que, en más de una ocasión, ha ensangrentado los fértiles campos de la república, pareció apagarse momentáneamente durante mi permanencia en Bogotá. Pero la publicación de mi libro precedió pocos meses al estallido de la lucha armada, que, tras rudas dolorosas alternativas, ha afirmado la preponderancia del grupo conservador, al cual están ligados muchos clericales. Las instituciones políticas de Colombia, que anteriormente flotaban en el terreno de la idealidad y de la autopia, y que eran una amenaza constante para la paz y el mantenimiento del orden público, base de toda prosperidad, han sido cambiadas radicalmente en el sentido de una sólida centralización que vigoriza la fuerza y el prestigio de los poderes nacionales. Así, repudiando el federalismo más disolvente que es posible concebir, la nación colom-

biana ha llegado á reconstituirse en forma de república unitaria. Los avances de la filosofía positivista y de la escuela del libre pensamiento han sido puestos á raya en la nueva Carta fundamental, en que se consigna que «la Religión Católica, Apostólica, Romana es la de la nación: los poderes públicos la protegerán y harán que sea respetada, como *esencial elemento del orden social*» (artículo 38); «es permitido el ejercicio de todos los cultos *que no sean contrarios á la moral cristiana ni á la leyes*» (artículo 40); y, finalmente, «la educación pública será organizada y *dirigida en concordancia con la religión Católica*» (artículo 41). El eminente hombre de estado que encabezó el movimiento de reforma sintetizado en la nueva Constitución, sostiene en una de sus publicaciones, que estos y otros principios constitucionales realizan la fórmula de Cavour: *la Iglesia libre en el Estado libre*. Mucho habría que observar á este respecto, y lo harán, sin duda, todos los espíritus independientes, á quienes no puede menos de chocar el contenido del artículo 41 que acabo de transcribir. Pero no entra una discusión de este género en el tono y la materia de estas

páginas. Además, la amistad y estimación profunda que personalmente profeso al doctor Rafael Núñez, la convicción que tengo de la elevación y desinterés de los móviles que han guiado su conducta política, hace dolorosa para mí la insistencia sobre este punto. Prefiero dejar la palabra al pensador y al sociólogo en defensa de su acción enérgica y eficiente:

Tuvimos—dice el doctor Núñez en su obra *La Reforma Política*—una época de idealismo sincero, de nobles aspiraciones. Se trataba de fundar la libertad en la justicia, pero se incurrió en el enorme error de creer que podía existir libertad individual absoluta sin menoscabo de la libertad colectiva. La barbarie nos invadió en breve; la guerra civil se volvió nuestro estado normal, y la ruina interior y el descrédito exterior fueron el general resultado de la gran quimera. Todo esto es asunto de estadística; y si no entramos en detalles lastimosos, es porque el patriotismo lo veda. Baste hacer notar que hoy, en el último tercio del siglo XIX, Colombia, tan amante del progreso, apenas tiene unas cuarenta leguas de caminos de hierro (excluyendo el interoceánico) y una exportación que no excede, á lo más, de catorce millones de pesos anuales, motivo por el cual toda su moneda de 0,900, oro y plata, ha emigrado; y nos aqueja sed de oro en tierra prodigiosamente rica de ese metal... Si esta es la síntesis visible de la otra política... ¿cuál no será la invisible?... Habría sido, pues, demencia perseverar en la pendiente, y todos los colombianos, todos, menos una pequeña fracción, reconocieron al cabo la necesidad ineludible de un cambio de rumbo. El dilema preciso era este, según las palabras históricas pronunciadas en 1878 por el actual Presidente de Colombia: *Regeneración ó Catástrofe*... Retroceder era indispensable. En otro país habría aparecido, como remedio,

la dictadura: Rosas, Carrera, Barrios, Santana... ó, en mayor escala, Napoleón. Aquí nadie se atrevió á semejante responsabilidad. Se impuso así la *Reforma*. No podía ser otra que en el sentido central y autoritario, porque la acción anarquizadora había ido demasiado lejos. Es postulado histórico que toda licencia se resuelve en despotismo. Desde Grecia hasta Francia, la primera forma de ese despotismo es múltiple; la siguiente, unipersonal.

Estas hermosas frases explican sobradamente la situación deplorable que impuso, como una exigencia del patriotismo, la evolución institucional de 1886. Y ellas pueden y deben ser completadas por las siguientes, que tomo de una carta reciente del Dr. Núñez, adjunta á la cual me enviaba el texto de la nueva Carta fundamental de Colombia: «Nuestra Constitución no la juzge Vd. en su letra, sinó en sus resultados: seis años largos de paz y un progreso visible á la sombra de aquella. ¡Para un país anarquizado, tales frutos son de más peso que muchas libertades escritas!» ¡Qué profunda y amarga verdad encierran estas palabras para la mayoría de los sud-americanos! La verdadera libertad está tan lejos de nosotros como lo está la educación del pueblo para la vida de la ley y para la práctica honrada y sincera de la República. Por eso no es posible

rozar estas materias sin un fondo de tristeza secreta y de íntimo desencanto. El ideal que todos perseguimos está contenido en la siguiente carta, que me fué dirigida por uno de los más vigorosos pensadores de Colombia, el doctor Cárlos Martínez Silva, y que permanece hasta hoy inédita en mi álbum de recuerdos personales. Ella merece ser conocida y meditada por todos los que aman el estudio del presente y el porvenir político de nuestras nacionalidades:

Usted, sin duda, conoce la *pedra movediza* en las cercanías del Tandil, que figura entre las maravillas naturales de su hermoso país. Según se dice, aquella enorme y poderosísima masa granítica, colocada sin adherencia alguna visible sobre la roca que le sirve de base, oscila al solo impulso del viento; y, sin embargo, inútiles han sido los esfuerzos hechos en más de una ocasión para arrancarla de su centro. Como se mantenga allí en equilibrio, en perpetua y amenazante inestabilidad, es uno de tantos misterios que nos ofrece el gran libro de la naturaleza, en el cual sólo se acierta á leer con claridad el nombre de su Autor. La *pedra movediza del Tandil* es, á mi ver, un símbolo perfecto del bello ideal que, tanto en la República Argentina como en esta mi Colombia, se esfuerzan por realizar todos los hombres de buena voluntad que aspiran á ver combinados en el gobierno político de la patria los dos grandes principios de *orden y libertad*, sin los cuales la vida social es imposible. Gobiernos á la vez suaves y fuertes es nuestra comun aspiración: suaves en su ejercicio, fuertes en su constitución: gobiernos que cedan blandamente al impulso de la sana y genuina opinion pública, pero que jamás pierdan su asiento; que conserven ciertos principios tradicionales y fun-

damentales con religioso respeto, pero que vayan en su ejercicio atemperándose á los tiempos y á las circunstancias; que no participen ni del quietismo asiático ni de las bruscas intermitencias de las desapoderadas democracias. Y que este problema no es insoluble, nos lo enseña, para consuelo nuestro, la Inglaterra. En ninguna parte del mundo hay ni ha habido gobierno más sólido en su contextura, ni tampoco más blando en su ejercicio. Cede y gira fácilmente, más tambien resiste con pasmosa tenacidad. Y, por el contrario, ¡qué debilidad la de aquellos colosales imperios de los tiempos gentilicos, inarticulados, de una sola pieza, que al primer choque caían desplomados para nunca más levantarse!

Pero para que en política la debilidad aparente sea fuerza efectiva, preciso es que exista nn principio enérgico de invisible atracción centripeta, exactamente como sucede en el fenómeno natural de la piedra del Tandil. En el cuerpo social esa fuerza de atracción no puede existir sinó en la conciencia nacional ilustrada y robustecida por la práctica de las doctrinas cristianas. Donde este elemento falta, como faltaba en la antigüedad, el Estado tiene que oscilar perpétuamente entre los horrores de la anarquía y las humillaciones del despotismo. Colombia y la República Argentina han conocido algo de estas tristes condiciones; pero acá como allá, se va comprendiendo despues de una larga y dolorosa experiencia, que contra tamaños males no hay otro remedio que la paz, el trabajo y la educación moral del pueblo. El estudio que Vd. ha hecho de nuestro modo de ser social, de nuestras desgracias, de nuestros errores y desengaños, le será más útil que la lectura de muchos libros; y de ese aprendizaje reportará tambien gran provecho su amada patria, en donde Vd. está llamado á ejercer considerable influencia por sus luces, sus talentos y su ardoroso corazón, amante de todo lo bello y bueno.

IX

Volviendo de nuevo al campo de las letras, es necesario añadir que los dos espíritus antagónicos en que se divide la política colombiana, y uno de los cuales, el conservador, está triunfante por el momento, tiene sus representantes literarios y sus formas peculiares de expresión. Miguel Antonio Caro, elegido vicepresidente de la República y miembro principal de la Academia, goza así de una especie de doble investidura pontifical. A su alrededor, agrúpanse Carlos Martínez Silva, Rafael Pombo, Ricardo Carrasquilla, José M. Marroquin, Rafael Tamayo, José Joaquín Ortiz, Diego Rafael Guzmán y otros escritores de la misma escuela, algunos de ellos de mérito excepcional y reconocido, en tanto que otros no pueden aspirar en el porvenir á otra gloria que la de saber á fondo la *Gramática* de don Andrés Bello y recitar, después del credo diurno, la *Silva á la agricultura de la zona tórrida*. En el campo

opuesto, se encuentra el elemento j6ven, imbuido en las conclusiones de la filosofa contemporanea, que lee 6 Herbert Spencer y 6 Taine, que lucha valientemente contra la preocupaci6n y el fanatismo; generaci6n brillante 6 la cual pertenecen Antonio Jos6 Restrepo, Juan de Dios Uribe, Di6genes Arrieta, Santiago Perez Triana, C6rlos Saenz Echeverrfa, para no citar sin6 algunos de los que viven, y cuyos nombres gozan ya de merecida notoriedad. Entre los que han desaparecido prematuramente, es necesario evocar la dolorosa figura de Adriano P6ez y la de Candelario Obeso, poeta de la raza y del genio de *Pl6cido*, que estando un dia tirando al blanco, cansado de luchar c6n su destino adverso, volvi6 contra sfi mismo la pistola y se destroz6 el coraz6n.

Adriano P6ez consagr6 su vida, segun una exacta expresi6n, 6 la obra noble de «hacer conocer la Am6rica 6 los americanos.» Fundador de *La Patria*, revista literaria de Bogot6, sacrific6 los 6ltimos a6os de su dolorosa y r6pida existencia 6 dar aliento 6 inter6s 6 esta publicaci6n tan 6til y tan elevada. No porque esperara jams un 6xito 6 que no est6n habituados

los que en Sud América dirigen empresas de este género, sinó por un sentimiento de amor á las letras que lo acompañó hasta la tumba, prosiguió en la ingrata y estéril labor con enérgica resistencia. En el prospecto de *La Patria*, presintiendo para obras de la indole de la suya un porvenir tardío, comparaba su tarea con la del sembrador que arroja la semilla fructífera en el terreno agreste de la selva virgen:

Ese día—escribe—los autores de la presente *Revista* estarán en la tumba; y entonces algunas almas nobles reconocerán que ellos hicieron en el terreno intelectual el mismo trabajo que realiza el obrero al desarraigar á golpes de hacha los árboles en la montaña. Ese humilde trabajador lucha contra las malezas del bosque, y, merced á esfuerzos repetidos, á sudores copiosos, hace caer en tierra, uno en pos de otro, todos los gigantes de la selva. Entonces se retira, y muere ignorado... Otros le suceden, queman los despojos vegetales, surcan la tierra con el arado, siembran el fructífero grano y ven lucir las espigas al sol. Otros recogen la cosecha y elevan la campestre habitación en la cima de la colina; donde se entrelazaban las lianas como serpientes, y rugía el tigre y vagaban los animales silvestres, véñse ricos campos de trigo en el inmenso valle, cortado por arroyuelos cristalinos, y retozan los corderillos, y se eleva al cielo el humo del hogar!

Adriano Páez nació en Tunja en 1844; tenía, por consiguiente, en la época de mi llegada á Colombia, 37 años. Desde 1860 se lanzó de lleno en la vida agitada de la política y de la litera-

tura, donde cosechó algunos laureles y muchas amarguras. En 1870 se trasladó á Europa, nombrado cónsulde su país sucesivamente en Saint-Nazaire y en el Havre. Estudió allí las literaturas francesa é inglesa y continuó sus trabajos de publicista, colaborando en *El Americano* de Paris, en la *Revista* de Gubernatis de Florencia, en *La América* de Madrid, en *La América Latina* de Lóndres, y, finalmente, fundó y dirigió por un año en Paris la *Revista Latino-Americana*, que lo puso en contacto con numerosos escritores de nuestro continente. En esta labor de todos los días, gastó Páez una inmensa suma de inteligencia y de actividad. Calculaba en *tres mil* el número de sus artículos de política y literatura, sin contar sus narraciones y sus ensayos novelescos y no pocas poesías diseminadas á todos los vientos. Este colosal trabajo intelectual está perdido casi del todo, pues Páez no tuvo ocasión ni medios de continuar la publicación de sus obras, que se estacionó después de las primeras entregas. Ha seguido el destino doloroso de no pocos talentos americanos, agotando sus fuerzas en una lucha estéril y constante, sin obtener otros frutos que el desengaño

y la ingratitud. Su alma rebosaba de amargura, y su suerte era, sin duda, de las más horribles que pueden tocar en lote á un ser abrumado por el encarnizamiento de un hado fatal.

La historia íntima de Adriano Páez, conocida por todos en Colombia, constituye un drama aterrador. Joven, inteligente, lleno de nobles anhelos, cuando el camino de la vida se abría ante sus ojos lleno de facilidades y de risueñas perspectivas, se sintió atacado de un mal terrible y funesto, la *elefantiasis* de los griegos, que hace tantas victimas en el pueblo de Colombia. Luchó, viajó por Europa, y asistiéndose ó creyendo sentirse aliviado, regresó á su patria, para notar allí que el enemigo invisible había atacado ya la fuente de la vida y que toda salvación era imposible. Fué poco después de ese tiempo que llegamos á Bogotá, y que me escribió estas líneas de sencillez desgarradora:

.....
Merchan y Cuéllar le habrán dicho cómo es mi vida y cuán amargo mi destino. Muy joven y con porvenir brillante, fui herido por una enfermedad cruel en 1870, y partí para Europa con el propósito de conocer el mundo y morir. Viajé seis años; se detuvo la enfermedad, y pude trabajar sin descanso por mi país. Regresé en Octubre de 1876, cuando la guerra devastaba la República, y durante un año luché en el periodismo al

frente del *Diario liberal*, como si estuviera lleno de salud y de vida. El trabajo y las penas morales contribuyeron al desarrollo de mi enfermedad, y entonces resolví retirarme primero á una quinta, «La Soledad», cerca de Bogotá, y luego á este campo, que es un pequeño paraíso. Aquí vivo con personas de mi familia leyendo y escribiendo de día y de noche. Mi única distracción, mi único consuelo, es la lectura. Recibo las mejores publicaciones del mundo y los libros nuevos más interesantes que se dan á luz en Europa y los Estados Unidos. ¡Me llegan como 200 periódicos! La amistad me envía sus palabras de simpatía semanalmente de cien puntos. He continuado *La Patria*, con algunas interrupciones, á pesar de todos los inconvenientes. Es una *pequeña Revista*, porque me faltan recursos para publicar cada quincena un número de 120 páginas. Esto me es imposible. Gasto en el periódico *parte de lo que tengo para vivir*. El doctor Marcelino Vargas, eminentísimo médico, me receta, y ha jurado curarme; yo no creo en curaciones; pero él *ha hecho otras*, íla de él mismo! y si me repongo algo al instante partiré para Europa. Si continúo enfermo, aquí moriré y aquí dormiré para siempre.

El doctor Vargas, autor de un notable opúsculo sobre la *elefantiasis*, pensaba trasladarse, poco tiempo después de llegar á mis manos la carta anterior, al lado de su amigo Páez para tentar el esfuerzo *definitivo* de su curación. Era un hombre de ciencia y de corazón caritativo y generoso. Al terminar sus estudios facultativos se sintió invadido por el horrible mal; y no es necesario sinó mencionar este hecho para comprender cuán atroces serian sus torturas morales. Se consagró desde entonces al estudio te-

naz, titánico, desesperado de la enfermedad que lo aquejaba; y después de largos años de lucha, dominó ó creyó dominar en sí mismo sus estragos. Fué en esa época que, como me lo anunciaba Páez, se disponía á librar la gran batalla. Desgraciadamente, en la flor de la edad, antes de poder hacerlo, el doctor Vargas murió repentinamente, herido tal vez por los mismos remedios á que habia confiado su salvación. El horizonte sombrío volvió á cerrarse en torno de Páez, dejándolo sumido en la desesperación y el desamparo. Pocos días antes, presintiendo quizá la trágica noticia, me decia:

·Procure seguir la vida higiénica de Victor Hugo, que ha consagrado siempre la mitad del día al trabajo intelectual, y la otra mitad á ejercicios físicos, á largos paseos por el campo. No hay que quemar el cerebro, como yo lo he hecho, leyendo desde niño más de doce horas diarias, y desde que me enfermé agotándome intelectual y físicamente con el propósito de asesinar á este miserable esqueleto. Así moriré, como decia Chenier, *«sans vider mon carquois»* con el sentimiento de que lo medio bueno que habia ó hay en mí quedará para siempre oculto y desconocido por ahí ó en un rincón de mi cerebro.»

Algunos meses después llegó Páez por pocos días á Bogotá, y me manifestó sus vehementes deseos de hablar conmigo personalmente. Lo

esperé una noche en mi alojamiento, con la luz de la lámpara apenas encendida, por indicación suya y de un amigo común que me aseguró que su estado era lastimoso. Llegó envuelto en un amplio sobretodo, con un sombrero de fieltro, que me pidió permiso para conservar puesto, y cuyas alas caídas sombreaban su frente. Llevaba las manos enguantadas, y durante todo el tiempo de nuestra entrevista conservó un pañuelo blanco sostenido cerca de su rostro con la mano izquierda. Acostumbrados los ojos á la oscuridad, á pesar de estas precauciones, pude distinguir, en la hinchazón de la cara y en síntomas ¡ay! imposibles de ocultar, que su situación era realmente espantosa y desesperante. Me habló largamente de sus sufrimientos, sus esperanzas fallidas, su destino cruel. Me dió pruebas de su simpatía ardiente por mi país y por nuestros hombres de letras. Me insinuó, por último, antes de partir, que, quizás, iba á dar su nombre á una mujer abnegada que quería consagrar la vida á su cuidado. No me fué posible encontrar palabras de aliento que mitigaran el dolor de aquel hombre; ellas se helaban en mis labios como una profanación de su sufrimiento. Des-

pués de varias horas, en que me fué dado me dir toda la intensidad de la tristeza humana, nos separamos para nunca más volvernos á ver... Seis meses más tarde Páez me escribió disculpándose de haber guardado silencio, á causa, decía, de «mis amores (que van á terminar en matrimonio) y de mil otras cosas.» Y, como un horrible contraste, en cuyo abismo se confunde el espíritu, añadía lo siguiente:

Al recordar nuestra entrevista, ¡cuántas veces suspiro pensando ¡ay! en mis veinte años, en mis ilusiones muertas, en mi porvenir destruido, en mi destino infernal! Y me encuentro de nuevo con este mal horrible que ha desorganizado mi cuerpo y perturbado mi alma. Yo hubiera sido algo, yo sentía algo *aquí* como el poeta de *La Cautiva*, y héme, nuevo Prometeo, Prometeo liliputiense, amarrado á una roca por toda la Eternidad. Hoy una *Oceanide* viene á consolarme, como al inmortal héroe de Esquilo; hoy, una gota de licor divino seca el ardor de mis sedientos labios y un rayo del sol del amor ilumina este infierno... Ruegue Vd. á Dios por mí y por el ángel que tal vez me salvará del suicidio...

Adriano Páez era un escritor brillante y fecundo, de trabajo fácil y de espíritu cultivado. Sobresalía especialmente en la crítica, género en que ha dejado no pocas páginas que merecen vivir por la intensidad de sus conceptos y la hermosura de su estilo. Entre otras, recuerdo algunas que consagró á Rafael Pombo, y que

deploro haber extraviado en mis largas peregrinaciones sud-americanas. Como poeta, no brillaba á gran altura, aunque poseía la nota de la tristeza que arranca del corazón y que explica sobradamente la crueldad de su infortunio. Tal vez lo mejor que ha escrito en verso es *La Vuelta á la Patria*, á que pertenecen las siguientes estrofas:

Y hoy vuelvo á tí con el cabello cano,
En vez del joven, enfermizo anciano,
Sin esperanza, sin amor, sin voz;
Perdida ya la ambicionada calma,
En la deshecha tempestad del alma
Proscrito y miserable como Job!
.....

Mares y mundos recorrí; doquiera
Gimió el alma en su cárcel prisionera
Y vivió solitario el corazón;
Siempre en recintos fúnebres vagando
Y al polvo de los siglos consultando
Los íntimos misterios del dolor!...

En los dolorosos cuartetos de *Desesperación y Esperanza* el acento es más doliente, aunque, al fin, se aspira el bálsamo de un consuelo:

.....
Para procrearme unieronse en hora infortunada
Con lazo indisoluble, el Mal y la Ilusión;
Al ver mi faz doliente, se estremeció natura!
Soy fruto venenoso, fruto de Maldición!

.....
¡Alma desesperada, calma tu audaz delirio!
¡Rugidos de blasfemo no llegan hasta Dios!
¿Tú sufres? ¡Todo sufre! ¿Tú gimes? ¡Todo gime!
¡Desde que nace el día hasta que muere el sol!
.....

X

Qué curiosa fisonomía intelectual la de Candelario Obeso, el poeta negro y apasionado como el moro de Venecia, de cuerpo largo y endeble, cubierto por un traje cuyo corte hubiera hecho desmayar á Brummel, en perpétua rebelión con el mundo y el destino, que había aprisionado su alma, tan diáfana y tan grande, en la tosca envoltura de un cuerpo de africano! Su cultura científica y literaria era realmente asombrosa, si se considera la humildad y la pobreza de su origen. Poseía un don extraordinario para dominar los idiomas extranjeros. Ha dejado escritos algunos métodos originales para facilitar el aprendizaje del francés, el italiano y el inglés. Algunos de sus poemas, como *La lucha de la vida*, tienen un tinte germánico que revela sus

lecturas frecuentes de Heine, de Schiller y de Goëthe. Ha traducido admirablemente varios fragmentos del *Fuusto* y muchas baladas del autor de *Wallenstein*. Pero su obra más notable en este género es la versión española del *Otelo* de Shakespeare, donde ha derramado todos los ardores de su sangre y todo el empuje vibrante de la poesía de su raza. En sus versos originales se escucha el eco de un lamento que se reproduce sin cesar en las estrofas. Como Adriano Páez, es el mártir de un estigma implacable. Su alma sucumbe sin esperar la rendición del amor compartido, en una larga y lúgubre agonía, en una sublevación perpetua contra si mismo, sintiéndose eternamente separado de todo lo que para él representa un objeto de felicidad ó de gloria. Y cae así, lentamente, en la negación y el hastío, en la embriaguez tenebrosa, en el aniquilamiento del espíritu que devora su propia sustancia, hasta arrojar á la muerte el vil harapo, cuyo peso lo doblega. Sobre su tumba modesta debían grabarse, á manera de epitafio, las estrofas que le dirigió Antonio José Restrepo, en una circunstancia dolorosa de su vida.

No más cantos, no más; si la hermosura
Por otro, no por ti, de amor suspira;
Si no hay para tu horrible desventura
Una sola mirada de ternura
Que haga vibrar las cuerdas de tu lira;

Si tu alma de poeta, su ambrosía
Esparce en las arenas del desierto;
Si tu eterna y tenaz melancolía
No ha de trocarse nunca en alegría;
Si, náufrago, tu amor no hallara puerto;

Si las flores que arrancas á tu mente
Para guirnalda de su sien de diosa,
Son holladas con planta indiferente;
Si no ha de refrescar tu mustia frente
El rocío de su alma candorosa;

Echa sobre su cuerpo una mortaja,
Toma las vestiduras de un querube;
Que, del revuelto mundo en la baraja,
Ella, es la carne que al sepulcro baja,
¡Tú eres el genio que á los cielos sube!

Ninguna introducción más oportuna para hablar de Restrepo que los versos anteriores, dirigidos á un amigo desgraciado, y en quienes están puestas de relieve las más felices disposiciones del talento de su autor. Entre la nueva generación literaria de Colombia, él es indudablemente uno de los jefes de vanguardia, por su intrépido valor moral, sus atrevidos avances racionalistas y el tono sentencioso de sus estro-

fas. Pertenece al liberalismo exaltado, en religión y en política: sigue las huellas de los más altos representantes del pensamiento moderno, y en el fondo de su poesía se notan las tendencias de Sully-Prudhomme y esa extraña discípula de Schopenhauer que se llama madama Ackermann. Influenciado tal vez por el carácter literario del Dr. Rafael Núñez, aunque poseyendo cualidades propias, y una originalidad de buena ley que lo distingue de los imitadores serviles, Antonio José Restrepo, como Diógenes Arrieta, trata de hermanar en su poesía todos los encantos de la belleza de la forma con los esplendores del concepto doctrinal y de la reflexión psicológica. Las audacias de su espíritu no se detienen en la banalidad de las fórmulas de un convencionalismo escéptico. Recuerda que, como dijo Séneca, «en las minas pobres, » el metal se encuentra en la superficie; las » más ricas son aquellas cuyos filones están » profundamente enterrados, y ellas recompensan abundantemente un trabajo más perseverante». La voz de la protesta viril resuena siempre en sus composiciones. La síntesis de su filosofía, escéptica y dolorosa, está encerrada

en su soneto *A Epicuro*, donde la divinidad es llamada á juicio con una altivez rencorosa, que recuerda el saludo á César de los gladiadores consagrados á la muerte:

Tu inflexible dilema necesito,
Ya que el dolor mi corazón lacera,
Ya que la duda en la conciencia impera,
Y el llanto universal es infinito!

Bien sé que nadie escuchará mi grito;
Que es sordo el cielo; que la azul esfera,
Un punto no interrumpe su carrera,
Indiferente al bien como al delito!

El Mal existe; es Dios omnipotente;
Ó quiso hacer el mal, y es inhumano;
Ó no lo quiso hacer, y es impotente.

Contra esta roca se quebranta en vano
La mentida esperanza del creyente...
¡Tu voz ¡oh genio! encadenó al tirano!

Cuando se escuchan estos acentos desesperados, este reto valiente á ese Poder ignoto que nos engaña y nos fulmina, es imposible no recordar las amargas recriminaciones de madama Ackermann, y el pensamiento vuelve, por una atracción irresistible, á repetir con aquel gran espíritu, dirigiéndose á Júpiter, por boca de Prometeo:

¡Ah! j'ai vu de trop près tes fureurs et tes crimes;
J'ai sous tes coups déjà trop souffert, trop saigné;
Le doute est impossible à mon coeur indigné.
Qui, tandis que du Mal, oeuvre de ta colère,
Renonçant désormais, à sonder le mystère,
L'esprit humain ailleurs portera son flambeau,
Seul je saurai le mot de cette énigme obscure
Et j'aurai reconnu, pour comble de torture
Un Dieu dans mon bourreau!

El parentesco intelectual entre la autora de los versos anteriores y Antonio José Restrepo, resalta á cada paso. La resignación sombría ante la fatalidad del dolor, el triunfo perpetuo de una divinidad sanguinaria y despiadada, á que ambos asisten con indomable orgullo, les lleva á conclusiones semejantes: « ¡Qué inmen- » sa alegría después de tantos sufrimientos— » dice Madame Ackermann— la de poder en fin » arrojar este grito de libertad: No existen ya » más hombres bajo el cielo, nosotros somos » los últimos! » Y Restrepo, en su adiós á la provincia natal, después de preguntarse con tristeza: « ¿por qué un brazo de hierro se in- » terpone entre su alma y el bien? ¿Por qué » persiguen al Adán proscrito el odio y los » rencores de los hados? ¿Por qué se escucha » el eco de un lamento universal en todas las

» regiones?» Termina encontrando natural que el hombre busque su salvación contra el odio del destino en el mudo asilo de la muerte voluntaria:

Y si en cada jornada el hombre llora,
Lo mismo en el ocaso que en la aurora,
Siendo sabio, mendigo ó trovador,
*¿Por qué, necios, luchamos con la suerte,
Por qué huimos la mano de la muerte,
Si es bálsamo eficaz contra el dolor?*

Restrepo cree en el triunfo de la ciencia, y todos sus poemas son himnos entusiastas à la Razón. Su espíritu, ansioso de verdad, la busca en los hallazgos de la filosofía moderna y en el espectáculo de su propia conciencia, libre de preocupaciones y de trabas. Esta tendencia predominante se revela sobre todo en una de sus obras más extensas, que su autor, por un raro capricho, ha denominado *Un Canto*. Restrepo recuerda en él su larga estadia en los claustros universitarios, sus compañeros de labor y de estudio, la fisonomía dulcemente severa de sus maestros, y entre ellas, la de Rojas Garrido, uno de los prohombres del liberalismo colombiano, cuyas enseñanzas debieron arraigar en su alma su credo nacionalista y volte-

riano. Luego penetra resueltamente en el campo del combate y proclama sus doctrinas con acentos entusiastas:

Hay una sed eterna que nos lleva
Hacia una fuente nueva
Que mitigue del alma la tortura;
Que dé vigor al corazón cansado,
Que nos muestre del hado
En sus ondas de luz la ley futura.

Allá va el hombre; su fornida planta
Siempre allá se adelanta
Alegre acariciando esa utopía...
Los antiguos senderos se borraron,
En noche se trocaron
Los que fueron ayer astros del día.

Calvario y Sinaí son hoy luceros
Cuyos rayos postreros
Sólo nos dan confusos horizontes.
Mandar no es convencer: el dogma muere;
Sálvelo quien pudiere,
Más hoy la fé ya no transporta montes,

Por todas partes recia catarata
Crugiente se dilata
Contra el antiguo credo y sus legiones;
El nuevo Dios su pabellón despliega,
Su omnipotencia alega,
Y aguija en la carrera sus bridones.

Nada es capaz á dominarle, nada!
En vano amedrentada
Huye la gente al ecuador ó al polo;
El allá irá por montes y por valles

El vencerá en las calles,
Y alguna vez le adorarán á él solo.

Mirad el viejo mundo como cruce;
Al vigoroso empuje
El secular imperio se desploma;
Entre sus ruinas queda sepultado
El rito sojuzgado:
Sobre ella firme el zapador asoma.

Religión y moral, filosofía,
Debaten á porfía
Sus tendencias, sus dioses y sus mitos,
Mueven al hombre perdurable guerra
Y ensangrientan la tierra
En pos de sus ideales infinitos.

De la fé ignara y la traidora duda
Cobarde, en que se escuda
El alma del excéptico infecundo
A la cima eminente de la ciencia,—
Hay más que providencia:
Hay la Razón que pesa como el mundo.

La Razón que analiza, el escalpelo,
La voz del cerebelo
En el aula del gran fisiologista;
La voz de Malthus, que condena airada
La especie degradada
Sin que el brazo de Dios jamás le asista.

Ese perpetuo error en que navega
Vilipendiada y ciega
La humanidad al pié de los altares,
Esa sonrisa de desdén del cielo
Pintada en el anhelo
De quién en tempestad cruzó los mares:
Ese imposible físico de un mundo

Unico sin segundo
Habitado por seres intangibles,
Infierno, y cielo, y limbo, y paraíso,
En que encerrarnos quiso
El autor de los grandes imposibles;

Toda la ciencia en su rasero mide;
Por todo el mundo pide
Razón de sér, exégesis, cauciones,
Y crece en fuerza, magnitud y brío
Cual impetuoso río,
Y aguija en la carrera sus bridones.

Una de las más hermosas composiciones de Antonio José Restrepo es la titulada *El Dios Pan*. Su primera inspiración arranca de una página de Plutarco, recordada no hace mucho por Groussac al principio de su artículo sobre Sarmiento. Hay algo de la emoción profunda que late en el estilo del autor de las *Vidas Paralelas* en las estrofas de Restrepo y en el timbre sonoro y grave de sus versos:

La noche se acercaba lentamente;
La mar serena en majestad yacía;
La nave, desvelada y sin corriente,
En Páxos al cansancio se rendía...

Era alta noche ya: del mar profundo
Ni de la tierra un eco se escuchaba;
Nublado estaba el cielo, y, moribundo,
Un lucero no más le iluminaba!

De repente una voz desconocid
Una voz de tristeza y amargura,
Que remueve las fuentes de la vida
Y el desconcierto universal augura;

Un voz que repiten las montañas,
Llama á Thamús con dolorida queja,
Conmueve del piloto las entrañas
Y á los viajeros aterrados deja!

Esa voz anuncia la muerte del Dios Pan; y con él, según Restrepo, el estertor del Paganismo y la aparición en la Judea de Cristo, «el amigo del linaje humano.» El poeta bendice la sombra de la Cruz, y encuentra que, «mientras algo divino conservó la memoria del Calvario,» ella fué, como dice Gutiérrez, «la tabla en que subió al cielo la Esperanza». Después... no queremos penetrar en el terreno de la polémica ardiente y rencorosa que afronta el poeta con impávida serenidad. La transcripción de sus versos, por otra parte, haría demasiado extenso este boceto. Para él «la renovación cristiana se tornó en farsa,» y «próxima está la muerte de Cristo.» Todo este canto está escrito en versos magistrales, como puede verse por las siguientes estrofas:

¡Oh Pan! ¡oh Dios! ¡oh gran palingenesia
De la belleza antigua voluptuosa!

Tus estatuas murieron con la Grecia,
Y pereció contigo el arte-diosa.

Del Parthenon los restos carcomidos
Nos muestran tu potencia genitora;
Y tu grandeza escucho en los latidos
Del corazón de Roma vencedora!

¡Oh Pan! ¡Oh Pan! devuélveme á Homero,
A Píndaro y á Horacio con sus odas;
Suene de César el clarín guerrero
Y no haya más raquíuticos rapsodas!....

Antonio José Restrepo, además de poeta inspirado, es un periodista de fibra y un orador de palabra incisiva. Arrojado desde temprano á la vida activa de la política, su voz ha despertado ecos simpáticos en el Congreso de su patria, y ha esgrimido su pluma con valor en defensa de sus convicciones. Muchas horas de mi vida bogotana fueron amenizadas por su conversación reposada y tranquila, llena de reflexiones profundas y de juicios maduros, que revelaban el equilibrio perfecto de su carácter. Antes de partir de su patria, en una noche inolvidable, en que fueron á darme su adiós todos los más altos representantes de la vida intelectual de Bogotá, escribió en mi *Album* de recuerdos íntimos algunos versos amistosos, por cuya re-

producción pido disculpa á mis lectores. Han pasado ya muchos años y no hemos vuelto á encontrarnos en el mundo. Durante algún tiempo he recibido sus cartas, y le he enviado las mías. Después... la vida implacable nos ha arrastrado á ambos en corrientes y preocupaciones diversas, y hoy sólo tengo vagas noticias de su existencia en un rincón perdido de las montañas de su provincia. ¿Llegarán á sus manos estas páginas fugaces? Si así sucede, que ellas le lleven la grata expresión de una confraternidad literaria que no ha debilitado el tiempo, y de que él me dió tan brillantes pruebas en las cariñosas estrofas de su *Despedida*:

¡Ya se aleja el poeta! De los mares
Muy pronto surcará la inmensidad;
Vuelve orgulloso á sus nativos lares,
Vuelve con el laurel de sus cantares,
¡Himnos de amor, de gloria y libertad!

¡Hado feliz presida su destino!
¡Que respete el dolor su juventud!
Que rindan vasallaje en su camino
Los ecos todos del rumor marino,
Humillados al son de su laud...

La colombiana gente, en fausto día,
Le vió del Plata el pabellón lucir,
Del Plata inmenso que grandeza cría;
Grande, hasta en la salvaje tiranía;

Grande, como su bello porvenir...

En él vimos de Mitre y Rivadavia
Fértil retoño, liberal blasón,
El mismo amor al bien, la misma savia
El mismo corazón que desagracia
Del pueblo el agraviado corazón!

Un discípulo ardiente de la escuela
Del libre pensamiento; un adalid;
Un caballero de dorada espuela,
Que en el campo feral rompe y asuela
Y á muerte sigue la sangrienta lid!...

XI

Antonio José Restrepo y sus compañeros de doctrina, Uribe, Diógenes Arrieta, Sáenz Echeverría, Santiago Pérez Triana, etc., formaban, como lo he dicho anteriormente, el núcleo de la juventud ilustrada de Bogotá. Ese círculo, selecto y audaz, estaba lleno de fecundas promesas para el porvenir; pero muy poco puede decirse aisladamente del carácter y potencia intelectual de los que lo componían, por falta de datos ilustrativos y de obras de que pueda desentrañarse una filosofía especial ó una forma

propia de la creación artística. Esos talentos brillantes han sido, en general, estériles. Poco dejan que revele la madurez del criterio y la conciencia severa del trabajo creador. Tienen que luchar desesperadamente por la vida, en sociedades pequeñas y erizadas de obstáculos y arrecifes. No pueden consagrarse á la meditación ni á la labor tranquila. Su pensamiento se esparce, se disuelve y se lamina, variando constantemente de rumbo y de objetivo. Se ven forzados á limitarse al desahogo lírico, becqueriano ó esproncédico, á la rima banal y uniforme, con chispazos fúlgidos, pero en la cual se revela más la habilidad manual, la vaga poesía de las almas soñadoras, que la visión intensa de la vida moral ó el estudio tenaz y apasionado de los problemas contemporáneos. Así, entre millares de volúmenes de versos fáciles, agradables y no pocas veces conmovedores, rara vez aparece en Bogotá una obra de ciencia y de erudición. Los estudios económicos y jurídicos están en embrión. Las ciencias médicas no dan nacimiento á publicaciones serias y constantes. La historia, cultivada por un corto número de iniciados, es leída por infimo número de adeptos.

La novela hizo su primera y única aparición notable en *María*, para permanecer muda, como agotada por el rudo esfuerzo. La implacable poesía, el diluvio de las odas, las silvas y las octavas reales, es lo único que persiste y se arraiga desesperadamente en aquel suelo, tan apto para el cultivo, pero que hoy está entregado, como las rocas de los picos andinos, á la lenta invasión de los líquenes y helechos de las alturas. La Musa adopta todos los disfraces y habla en todos los tonos. Abandona la trómpa épica para vestirse con el traje abigarrado de Arlequin. El consonante es á veces solemne y á veces funambulesco. Prosperan de una manera funesta los epigramas, las improvisaciones con pié forzado, la letrilla clownesca, las dislocaciones de la frase y del ritmo que provocan la risa con el cosquilleo de los chistes picantes é inesperados. Nadie se libra de incurrir en esta tentación inocente. Miguel Antonio Caro mismo, el pontífice de aquella literatura, el latinista impecable, el virgiliano empedernido y fanático, no teme dar rienda suelta á su buen humor como lo hizo escribiendo, al revés, en la última página de mi álbum de autógrafos, inaugura-

do por una admirable poesia de Rafael Pombo :

El mérito de Pombo es un tropiezo
Para que uno, en este álbum, algo escriba...
Por esta hoja yo empiezo
¡Y quede Pombo, al fin, patas arriba !...

Y el hermano de Pombo, algunas páginas más adelante, con la firma de *Marco Polo*, me despedía con un consejo amistoso, escrito en forma galana y rebosante de espíritu bogotano :

¡ Oh distinguido vate !
Si acaso usted se cruza
Con alguna andaluza,
No vaya á cometer un disparate !
Mas si ordenan del hado los decretos
Que con ella elaudique,
Cuando lo verifique
Sírvasc presentarla mis respetos !

Rindiendo culto á la misma afición, Ricardo Carrasquilla, un educacionista distinguido y escritor elegante, me contestaba, á mi pedido de su firma, con una décima titulada *¿ Qué son los autógrafos ?* Y para que lo sepan mis lectores, no vacilo en dar la respuesta de Carrasquilla :

Documentos, que advertir
Deben al orbe asombrado
Que los sabios que han pasado
No supieron escribir ;
Que puede sobrevivir

Al César, que al mundo humilla,
De papel media cuartilla,
Y que ese mismo papel
Dura muy poco, si en él
Clava el diente la polilla!

Esta ligereza, esta gracia del verso juguetón, es uno de los caracteres típicos del talento bogotano. Improvisadores frenéticos, todos los literatos de aquel refinado centro intelectual hacen estrofas muchas veces como M. Jourdain hacía prosa. Las comidas íntimas en que intervienen los hombres de pluma, son así un continuo chisporroteo de alusiones pimentadas, de redondillas sarcásticas, de cumplimientos almiabarados en todos los metros, y la expresión es siempre fluida, brillante y castiza. Muy raras veces falta el consonante apropiado, el concepto justo. Recuerdo que en una,—que como todas las excepciones confirma la regla,—un joven trovador, para terminar cumplidamente una estrofa, hizo una pequeña modificación á mi nombre, cambiándolo por el de *Meró*. E inmediatamente se levantó, en son de protesta, Roberto Suárez, rectificando con cómica indignación:

No puedo comprender yó,
Como un hombre como tú,
Llama *García Meró*
A Martín García Merou.

Otras veces el verso adopta la forma epistolar, para referir los incidentes poco variados de la vida de aquella simpática ciudad ó para enviar expresiones de afecto, á través de la distancia, á algún amigo ausente. Así recibí en Madrid una tarjeta postal que me venía desde Italia, magullada y jadeante, dirigida por Nicolás Pinzón W., una de las más finas y sensibles naturalezas de artista que he tenido oportunidad de tratar. Ella decía textualmente:

De las orillas del *Pó*
O *Arno* ó *Adijio*,—ó, en fin,
De la famosa Turín,
El lugar en que estoy yo,—
Tú, en quien su ciencia encarnó
La moderna economía,
¡Carta postal, carta mía!
Toma de *Spagna* el camino
Y al llegar á tu destino
Dale un abrazo á García!...

Y este recuerdo de España me trae á la memoria otra improvisación oportuna hecha por Luis Alfonso, el malogrado crítico de *La Epoca*, cuya muerte reciente merece ser tan deplorada

por todos los amantes de la buena literatura. Nos encontrábamos en el *Hotel Inglés*, de Madrid, en un banquete dado á escote por los literatos españoles en honor de D^a. Emilia Pardo Bazán, que empezaba á adquirir el renombre merecido que hoy ha conquistado. La eminente escritora se presentó en el salón vestida con elegancia y exhibiendo con la tranquilidad de las que se saben hermosas, el lujo de sus formas opulentas y los contornos exuberantes de un seno débilmente velado por el abierto escote. Luis Alfonso, que estaba á mi lado, apenas habíamos tomado la primera cucharada de sopa, deslumbrado por los atractivos de la autora de *Un viaje de novios*, de quién era grande amigo, propuso á Leopoldo Cano, que aun permanecía envuelto en la aureola del éxito de *La Pasionaria*, este brindis expresivo:

Ya que estamos en familia,
Que ninguno se alborote
Porque brindemos á escote,
Por el escote de Emilia!

Por supuesto, la estrofa no fué pronunciada; pero circuló de labio en labio en medio de sonrisas y comentarios festivos.

He mencionado á Rafael Pombo, y debo detenerme un instante en una de sus más hermosas poesías humorísticas, *Las tres cataratas*, que me fué dedicada por el eminente poeta. Es inútil hablar largamente de su talento literario, como lo hice en otra circunstancia, en una fecha que empieza á parecerme remota. Nadie ignora hoy en América el puesto prominente que ocupa en su patria este escritor admirable, en cuya lira resuenan armónicamente todas las cuerdas y cuya inspiración ha recorrido la gama entera del sentimiento, dejando oír acentos inmortales. Las ardorosas expansiones puestas en boca de *Edda*, cuya pasión sin freno se desborda como las aguas de un dique roto, y pasa del lirismo voluptuoso de Safo á las místicas y corrosivas sensualidades de la Fedra de Racine; las quejumbrosas estancias á *Elvira Tracy*, que recuerdan en su ritmo tierno y melodioso la elegía *A Lucie* de Alfredo de Musset: todas las seducciones y dulzuras de un alma escogida; todos los secretos de un arte consumado y de una forma siempre diáfana y hermosa, forman los rasgos culminantes de la fisonomía intelectual de este poeta, que es al

mismo tiempo un excéntrico digno de figurar en el *Club de los Pickwickianos* de Dickens ó entre los más curiosos *Snobs* de Thackeray. Su habitación era un espécimen de lo que Balzac llamaba «bric-à-bralografía,» un hacinamiento desordenado de telas empezadas, tablitas con estudios y bocetos, libros y periódicos amarillentos, amontonados en los rincones, retratos y cuadros antiguos, á cada uno de los cuales atribuye su poseedor un abolengo ilustre. En aquel centro original se destacaba un hombre delgado, de estatura mediana, de cutis amarillento, boca prominente, ojos redondos de matiz indefinible, con el cuerpo abrigado por una chaquetilla de pieles oscuras y hechura prehistórica, y con la cabeza cubierta por un bonete fantástico. Imagínese el lector que en la factura de ese aparato no entraban otros elementos que un pedazo de cartón y un diario viejo. Con esos sencillos ingredientes, el autor de *Edda* y la *Oda al Niágara*, se ha fabricado un gorro inmortal, de suma ligereza y de un efecto sorprendente, y ha añadido á ese gorro una larga visera de cartón verde, recortado de una caja de sombreros, que le cae sobre los ojos, defen-

diendo á éstos de las injurias de la luz. Piénsese en los atractivos que añadirá esa *toilette* á un escritor que, bajo el aspecto físico, nada debe á Apolo ni á Antinous, y se tendrá una remota idea de la impresión que causa la visión íntima de Rafael Pombo. Por lo demás, nada más afable y simpático que este hombre de exterior tan extraño. Versado en las letras antiguas y modernas, conocedor profundo de la literatura inglesa, su conversación es interesante é instructiva, y su talento, que no decae un instante, goza de una perpetua juventud. Sus cartas íntimas revelan la bondad y ternura de su corazón. Al salir de una cruel enfermedad me escribía: «¿Por qué no ha venido á cumplir la obra de misericordia de conversar de lo que nos gusta? He tenido varias recaídas ó contradicciones graves, y estoy aún muy débil; pero con recepción permanente de amigos. Usted ha hecho falta.» En otra oportunidad, presintiendo un rudo golpe que desgarró su corazón, me enviaba estas palabras á través de la distancia: «Yo escribí á usted de la grave enfermedad que mi ídolo, mi madre, tuvo en Julio y Agosto; ahora está postrada con otra, no

menos grave, desde el 13 de Febrero; y aunque veo á los médicos serenos, yo, en cada momento que viene, temo perderla. Usted sabe ya lo que es esto. Bogotá tiene para usted ese terrible recuerdo, y entre los móviles que me impulsan hoy á tomar la pluma y garabatearle á la furia estos renglones, participo de un triste presentimiento de confraternidad en calamidad semejante. Siempre he creído y dicho, verbigracia en mi *Angelina*, que no hay en el mundo más amor digno de tal nombre divino que el de la madre, y me horroriza pensar que pronto empiezo á experimentar en mí mismo mi creencia.» En esa misma carta, me incluía varios ejemplares de un folletito que contenía *Las tres cataratas*, á que me he referido. «Déle usted uno al Sr. Cané—me decia—quièn, con pródiga benevolencia, me abruma á elogios en su libro *En viaje*. Ruégole, pues, que se lo remita, como que ignoro su actual paradero. Su libro, libro de argentino poeta (lo que suena á pleonasma) me hizo recordar mi *Silva*, pues allí trata casualmente del Niágara y el Tequendama, y los compara, y olvida el Guayra, paisano suyo. Imaginé, pues, que no conocía

él mi travesura catarática, fui á la imprenta á reclamar la edición ofrecida en folleto, y hace tres ó cuatro días me la entregaron, bien pobre y feita por cierto, pero correcta y con las adiciones que comuniqué á usted; más un verso que introduje rimando con *prodigio*.» Antes de terminar su misiva, Pombo me aclaró una duda sobre el seudónimo de *Marco Polo*, en estos términos, que interesarán sin duda á los aficionados á la historia íntima literaria: «Por simple olvido, en la afanada hora de correo, olvidé en mi anterior descubrir á usted el seudónimo *Marco Polo*, que tuvo la fortuna de intrigar á usted algo. Es Manuel Pombo, mi hermano mayor, mil veces más espontáneo y ocurrente y entendido escritor que yo, pero el cual ha hecho voto de no publicar ni escribir cosa alguna. Tiene primores en prosa y verso, que tal vez quemará un día de estos. *Cuando muchacho me dictaba comedias improvisadas, en verso, en primorosas redondillas...*»

Las tres cataratas es una de las poesias de Pombo en que más resalta la poderosa originalidad de su espíritu, su dominio perfecto de la forma métrica, el brillo y pujanza de su ima-

ginación. Es tan interesante conocer las intimidades y modalidades peculiares de los grandes autores, que no puedo resistir al placer de transcribir un fragmento de carta característico del humor y genio de Pombó en que me habla de las correcciones que después de publicada hizo en el borrador de *Las tres cataratas*. Su lectura será provechosa para los aprendices en el difícil arte, y seguramente agradará á los que ya han penetrado en sus misterios :

«He gastado más de media hora en buscar mi borrador, —me decía en Noviembre 18 de 1883,—lo encontré al fin, y aquí tiene usted las tales mejoras ó añadiduras : Quitar el insignificante verso «*Escuadrón disparado en fiero asalto.*» Añadir después de «*Hizo jamás ni un leve desacato.*»

Bien sé que un baño desigual de asiento
Proporciona al Neptuno de mi cuento
El chorro Norte ; y cuando quiere *ducha*
O baño en pié, mi presunción no es mucha
Si á demostrar me obligo
Que busca el dios mi chorro compatriota
Hasta por lo modesto de su abrigo,
Pues ya los dioses no andan en pelota,
«Como en el tiempo antiguo.»
Pero el del Sur no es chorro de incensario,
Sino más bien social y humanitario ;
Bomba continental que oyendo el grito
De «sálvese el que pueda
Porque se incendia el orbe,»
Dispárase al infierno, á ver quién pueda,
Si ella lo extingue á él; ó él se la sorbe.

Más arriba, en vez de

«*A tt, ó á tu vecino el Brasileiro*»

poner

«*A tt, ó al Paraguay ó al Brasileiro*»

pues me dijo Próspero Pereyra Gamba que el *Guayra* pertenece al Paraguay, y que no era Guáira sino *Guairá*. Usted lo sabrá. Si es *Guairá*, altero el verso

Que llegar hasta el Guaira es aventura,

y remiendo malamente

Que hasta el Guairá llegar es aventura,

que tiene la ventaja de que puede leerse *Guaira* ó *Guairá*. El verso

En juegos de huracán ó de Cometa,

queda más claro, y sin exigir mayúscula

En juegos de huracán ó igneo cometa.

Y á la nota geográfica, añadir:

Funza es dos cosas, población y río;
Capital de los *zipas* la primera
En la edad *chibcha*; hoy centro labrantio
De nuestra buena gente *sabanera*
Que siembra y come de su propio avío:
¡Virtud extraordinaria en nuestra era!
Y el otro *Funza*, el joven *Tequendama*,—
Que así cual cavilosa honesta dama
O cual poeta en busca de una idea
O un consonante, vaga y culebrea
 Por la verde calvicie
De nuestra raza horizontal planicie,
Con la amarrada lengua y planta blanda
De aquel que, en vez de andar, sueña que anda.
Y entre tanto sus ondas, que el nativo

Aureo licor semejan

Solamente reflejan

A inmóvil garza ó sauce pensativo,
Cuadro todo él que á un pueblo simboliza
Que hasta en números sueña y poetiza,
Que se volvió pelón de pensar tanto
Y cuyas leyes son unos montones
De alegres, aunque caras ilusiones...

Ni en el Funza hay tampoco

Un justo medio entre durmiente ó loco,
Pues así que á Soacha el paso inclina

Desátase violento

Como innato gandal criado en convento
Y va como él corriendo á su ruina,
Triste evaporación de cuánta mina

Crió el magín opulento!

Por algún digno escrúpulo sin duda
Empegrando el vivir, de nombre muda
Y si lo llaman Funza no contesta;

Ni más ni menos que la dama honesta

Que su nombre á menudo sacrifica,

Una vez que al teatro se dedica,

Y como lo hizo, muy considerada,

Cuando se federó Nueva Granada!...

¿No habrá por fin en venturoso día,

Una mar de común soberanía

En nuestra hispana y portuguesa esfera

Do vaya tanto río calavera

A confundirse en sólida armonía,—

Cuerda lección, compensación barata

De tanta fraticida catarata?...

En *Las tres cataratas*, Pombo canta al Guai-
ra, que conoce por la descripción de Azara, al
Tequendama y al Niágara, á quiénes más de

una vez ha visto frente á frente. Pero, al mismo tiempo, su pensamiento divaga y mariposea en todas direcciones, mezclando las espigas de la sátira más penetrante con el hondo acento que brota del alma y baña en lágrimas la estrofa. En la brillante sucesión de cuadros que desfilan en ese canto, la fantasía del poeta invade todos los dominios y hace juegos malabares con los más diversos temas. Basta para tener una idea de esa facilidad diestra y alegre, recorrer los siguientes fragmentos de la espiritual epístola:

En gracia, en luz, en esplendor, te digo
Que el Niágara nos vence, caro amigo!
Mas si es trágico espanto lo que buscas,
No hartará tu ilusión,—que allí te ofuscas
Ante un fúlgido y blanco anfiteatro;
Y en vez de alto fragor, violencia impía
 Y aterradora fuerza,
Ves el mónstruo mayor de hipocresía
 Que alumbrá el rey del día
Doquier su claro despotismo ejerza!
El Tequendama (y tú mejor lo sabes,
Pues ¿quién mejor que tú, con arpa noble,
Acompañó su bárbaro redoble?)
No es templo á lo San Pedro, de tres naves.
Como su émulo aquel de Norte América,
Cuya luz y amplitud el alma ensancha
Con gracia y proporción de escuela homérica:
Sino un gigante esbelto de orden gótico,

Con su rosa de luz de cien colores

Sobre la frente, y torre cincelada

Con exquisito esmero,

Pero que ni aun se deja ver entero

Por su estilo romántico y caótico ;

Mala visión, ondeante Encamisada

Altísima, infinita,

En tanto que á Neptuno sibarita

Presenta el otro mórbida almohada !

Es Tequendama un misterioso salto

Y el Niágara un descenso blando y muelle

Cual de globo aerostático.--Prefiero

(Aunque nunca lo he visto, y ni en lo alto,

Ni en menudo primor quizá descuelle)

Ese otro de que Dios te hizo heredero,

A ti, ó al Paraguay, ó al Brasilero :

El Guaira, el resbalón más tremebundo

Que dió el agua en el mundo ;

Archiprensa titánica de roca

De un mar corriente, de cincuenta cuabras.

De anchura, en menos de una cuadra emboca,

Y en plancha vertical transfigurado

Rueda con el furor de un condenado

Mordiéndolo la prisión que lo sofoca,

Y con largos rugidos ensordece,

Y traga y quema cuánto audaz le toca !

Si es Niágara un sultán voluptuoso

Que aun moribundo se deleita y ama,

Simulando en el vértigo el reposo,—

Parece el Tequendama

Suicidio melancólico de un *zipa* :

Y un demonio en suplicio el Guaira expresa ;

Y esto al hijo de Adán más le interesa,

Por lo que de demonio participa.

.....

De Washington el Niágara semeja

La suave majestad, la calma fuerte ;

El Tequendama absorta el alma deja
En el misterio, présago de muerte,
Que estalló en Chacabuco. El Guaira, en tanto
Es Bolivar vencido, que imponía,
Aun más que vencedor, azar y espanto!

Ese cambio de frente
De una tendida mar que de repente
Yérguese á plomo en cristalino muro;

Esa lámina hirviente
De tu Plata natal, juego bravío
De su niñez de gaucho; (a) ese rayado
Cañón de agua; hipogrifo violento
Que si corrió parejas con el viento
Lo dejó muy atrás esa honda sierva
Líquida, pero atroz, que me figuro
Se saldrá con partir en dos la tierra
Federando hasta el Globo ¡vade retro!—
Ahí tienes tú, cantor y amigo mío,

Que eso sí me provoca
Ir á ver, y medirlo metro á metro;
Porque bien sabes tú que si perpetro
Tal cual desaguisado en poesía,
Mi fuerte solo es la ingeniería,
Mi trípode los piés del teodolito,
Uno partido cero mi infinito,
Y aquel el metro en que cantar me toca!

(a) Nota geográfica:

Guaira ó *Canendiyí* es catarata
Del río Paraná, que abajo es Plata;
Y aunque sea el Brasil su propietario
Al Gaucho se la adscribo
No sólo por derecho hereditario,
Sino por ley de efecto retroactivo.
Ainda mais, que entre iberos no hay linderos
En mi derecho natural é histórico:
Y, sobre todo, así lo siento y quiero,
Que es el punto final más categórico!

(Y en prueba de ello, mira que, ignorante,
Repito á poco trecho el consonante;
Rima natural, resabio de arquitecto,
Unico ramo en que nací perfecto;
Y no perdono cifra de aritmética
Porque es Newton un Horacio en la poética.)
.....

Tengo antojo, además, desde muchacho,
De conocer la tierra propietaria
 Del ombú y el pampero,
Nombres que hacen poesías por sí solos:
Dónde hay, seguro estoy, cientos de Apolos
(Fuera de los de *frac*) de lazo armados,
Que su guitarra ó cítara puntean
Y en indómitos potros pastorean
De indígenas Admetos los ganados!
Tierra sabrosa, antípoda del hombre,
Que á todo el universo pordiosero
Pudiera racionar con carne fiambre
Y uniformarlo de caliente cuero,
Tierra en que hasta mendigos sueñan Cresos,
Opulentos con pesos de á cien pesos.
Y allá de San Martín la augusta sombra,
Callada como el héroe, que invisible,
 Caía irresistible;
Y la de Rivadavia, que al nombrarlo,
La cívica virtud con él se nombra,
Y allí Belgrano, Suárez, Necochea,—
Nombres que centellean como lanzas;
Y luego tantos héroes de otros temas,
Y tipos de grandeza en su diablura,
Pues supo tu país brotar poemas
Aun del horror de tormenta oscura,
Suicidio inmenso de altas esperanzas!
Y allí Quiroga y su pintor valiente,
 Y los ecos del tierno *Peregrino*
Cuyo furor libérrimo á ser vino

Palpitación viril de un continente.
Y allí... otros cien, y mil, entre los cuales
Quizá una voz vibrara en mis oídos
Que ellos reconocieran con encanto,
Y despertaran días ya dormidos,
Coros de amor social, grupos geniales,
Al grato arrullo de olvidado canto.
.....

Nacimos muy temprano, amigo mío,
En esta época vil de humo y de fierro,
Que arrasa el bosque y despachurra el cerro
Y no le deja dar ni un salto al río.
Nivelador progreso, atroz artista,
Enemigo del alma y de la vista,
Cuyo genio es el gas, vapor su alma,
Y de *greenbacks* las hojas de su palma
Y que á la par que adora al Dios Materia
Sus joyas de más prez destroza ó feria !
Mas te invito á cien años de esta fecha,
A viajar por los aires como flecha
De pico en pico, de isla en isla, ufanos
Burlándonos de tigres, de caimanes,
Boas, jején, pantanos, indios bravos,
Calores, terremotos y volcanes ;
 No ya torpes esclavos
 De la Venus Natura
Sino sus pagadísimos galanes !
De hoy en un siglo : entonces á la tierra,
Para volar mejor, le harán arrugas
Riendo del tiempo en que le daban sierra ;
Y-adios, entonces, para siempre, aduanas,
 Tradiciones paganas
De pueblos y gobiernos de tortugas !
¿ Veremos tal tú y yo ?—Sí, lo veremos,
Espiritados ya, pero vivientes,
 Pues tú sin duda sientes,
Cual siento yo, que en lo que adentro anidas,

Hay carga de vapor para otras vidas.
.....
Pronto sucederá... mas no tan pronto
Que con ojos de carne lo miremos;
Y yo deploro este destino tonto
Que me encarnó en mitad de la jornada
Y no en alguno de sus dos extremos:
En los de San Colón días supremos
De sembrar medio mundo á cruz y espada
O cuando aquí la humanidad descansa
 Y se quite y se amansa
En su magnífica última posada.
En fin, resignación. Dios no lo quiso;
Pero una vez con Dios, denos permiso
Para tornar á ver, caro García,
El cristiano y holgado Paraíso
Que de aquí á Magallán bullirá un día.

Al despedirme de Bogotá, Rafael Pombo tuvo el cuidado de escribir en mi álbum unas *Órdenes para España*, de estilo vigoroso y corte clásico. En ellas me recomendaba:

Un padre nuestro al pié del San Antonio
Dos veces milagroso, de Sevilla;
Y á Colón y hospederos de la Rábida,
Y á Isabel, nuestra madre, una visita.
Pelayo, el Cid y Palafox, y el héroe
De Bailén y otros mil, de ti reciban
Por mí, por ambos, por la España inmensa
De aquende el mar su eterna siempreviva...
.....
Dile á Madrid que se haga siete plazas—
Romana, goda, libica, morisca,
Barroca, renaissance y americana,—
Muestra central de su opulencia artística,

Que, con los genios y héroes de la época
De Aníbal y Trajano hasta Padilla,
Del Cid é Ignacio á Calderón y Ayala,
Canten muda epopeya en pétreo rima...
.....
Ciego en aquella fe que hallaba mundos
Y pintaba Purísimas y Limpias,
Ceba tu alma en el aura con que mofan
De nuestras dudas de hoy sacras ruinas ;
Suelta tu corazón en esos campos
De alta visión, de sobrehumana vida,
Y canta, y del Pirene al Tequendama
Aplaudirán tu voz manos amigas!...

La lectura de estos versos, admirablemente cincelados, produjo no pocas bromas y paráfrasis en el bando juvenil que admiraba á Pombo como poeta, pero del que estaba separado por el abismo de sus doctrinas y predilecciones. Llenaría muchas páginas con las *Órdenes*, más ó menos chispeantes, que se me dieron en aquellos días. Las más espirituales, sin duda alguna, fueron las de Sáenz Echeverría, actual representante de su patria en Chile, á quién pido públicas disculpas por exhumar de mis papeles antiguos estas notas ligeras de la juventud:

Si un ilustrado académico
Sabias *órdenes* te dió,
También quiero darlas yo,
Pues como él estoy anémico.
El tiene por mal endémico

Vicio por la arquitectura
(A pesar de su figura
Y ser fuerte en poesía).
A mi vez tengo manía
Yo, por la literatura.

 Mi sentimiento es profundo,
Pues, en orden imperfecto,
Se ha engañado el arquitecto
Que ha fabricado este mundo.
Hizo sastres sin segundo
Que son hoy... ¡agricultores!
Políticos... ¡labradores!
Estadistas... ¡carpinteros!
Y músicos... ¡maromeros!
Y médicos... ¡trovadores!...
.....

Si ves á Escrich... ¡no lo leas!
Si á Campoamor... ¡un abrazo!...
Y evita el serio Parnaso
Como se evitan las feas;
Porque de rancias ideas
En el alma, nada queda:
Ve á la tumba de Espronceda;
No te olvides de Zorrilla;
Y en cuanto á Ortega Munilla
Que escriba cuanto más pueda.
.....

Si estás triste, toma vino,
Que en el suelo afortunado
Del Jerez amontillado
Tal es del hombre el destino.
El es aquí un peregrino
A quién le ha faltado alcohol,
Y aun produce más que el sol
De inspiración viva lumbre
El tomarse medio azumbre
Del dulce vino español.

El autor de estos versos era el más espiritual y fácil de los poetas del grupo juvenil. La estrofa brotaba sin esfuerzo de sus labios, y cuando dejaba correr la pluma sobre el papel, lo hacía sin una vacilación ni una enmienda. Nada más admirable en este sentido que sus cartas de aquella época lejana, escritas en verso y prosa. Las tengo todas por delante, y deploro vivamente que su índole y sus confidencias, en que están envueltos amigos comunes, me impidan dar á luz esas verdaderas joyas del buen humor. Después de una temporada que pasamos juntos en un pueblecito indígena, célebre por su clima seco y saludable y por lo pintoresco y hermoso de sus baños, me escribía á Bogotá:

A fines de mes, salvo fuerza mayor ó caso fortuito, estaré allá y podremos recordar juntos los alegres incidentes de nuestro viaje

Hago la vida de siempre :
Hamaca, baño en el río ;
Total ausencia de frío
Y aburrimiento mortal.
Don Luciano por la noche
Nos presta acogida franca ;
Cerveza ; Gallo ; La Tranca
Y gran crisis de metal.
• Los miércoles al correo :

—¿Hay cartas?—No le han escrito!
—Adiós; lo siento infinito.
—Que lo pase bien, doctor.
¡Si habrá muerto Mallarino!
¡Si Martín se habrá enfermado!
¡Si el médico Coronado
Tendrá en la mano un tumor!

Y así continúa, por algunas páginas, en renglones seguidos como los de la prosa, sin un desfallecimiento ni un esfuerzo visible. Otra de sus cartas empieza en esta forma:

Leyendo tu grata epístola
Que está bastante romántica,
Pensé ver una anacreóntica
En forma asaz pastoril;
Y ya que pulsas la cítara
Y que está alegre el espíritu
Voy á ponerte un seudónimo
Digno de Arcadia: Mirtil!

Fué por la misma época de estos versos que, en una hora de alegría, dimos á luz la famosa tragedia... para titeres, denominada *Un crimen tras otro crimen* ó *La justicia burlada*. Van ya corridos doce años, y ese lapso de tiempo disculpa el placer con que traigo á la memoria estas inocentes diversiones de un tiempo feliz. Un amigo inolvidable, caballero perfecto y espíritu fino y cultivado como pocos, Bendix

Koppel, que hoy reside en Londres, donde es conocido y apreciado por toda la colonia sudamericana, había preparado en su agradable mansión un famoso árbol de Navidad, que, con otras fiestas destinadas á los niños, debía preceder á un espléndido baile de Noche Buena. Uno de sus hijos, hermoso y despierto niño de siete años, había recibido como regalo un gran teatro de titeres, que no tenía más defecto que el reducido número de personajes, limitado á un *Viejo*, una *Vieja*, un *Muchacho*, un *Soldado* y... una *Horca*. Naturalmente, el teatro sugirió la idea de una representación, y fuimos encargados por unanimidad de votos de redactar el *libretto*. A decir verdad, mi parte en la tarea fué mínima. Sáenz se bastaba y sobraba para llevarla á cabo. Y hé aquí el resultado de su labor:

La escena representa un salón lujosamente adornado con gran acopio de muebles de Nuremberg, de que nos proveyó la generosidad del propietario del teatro. Aparece *Doña Cirila*, una vieja vestida de mamarracho, con peluca rubia enmarañada y mejillas cargadas de colorete, é impone al público de su situación:

Caballeros y señoras: soy la mujer más feliz del universo. Voy á contarles en mucha reserva cuál es la causa de mi alegría. Me llamo Cirila Pérez, con cincuenta años, una casa en la calle de los Mortiños y dos acciones en el Banco Popular. De muchachita era muy fea y me he ido componiendo de tal manera, que hoy soy la niña más buena moza del barrio de Santa Bárbara. Tengo dos enamorados, dos palomitos, dos pichones que están echando la baba por mí. El uno, Periquito, mi Perico encantador, tiene diez y nueve abriles, está estudiando en el Colegio del Espíritu Santo, y si no fuera aficionado á la bebida y temiera que cuando me case coma mi casa y mis acciones, ya me habría dejado caer en manos del pérfido. El otro es don Trifón Regocijos, entradito en años, pero muy conservado, juicioso, con mucha religión y dueño de la hacienda del Avispero.

Entre tan bellos galanes,
Si bien prefiero á Perico,
Mejor partido y más rico
Es sin duda don Trifón.
Por eso á ambos entretengo
Como de costumbre se hace,
Y al que más pronto se case
Le entrego mi corazón.

Ya es hora de que lleguen: tengo el alma como la cabeza de un alfiler.

Y, en efecto, el primero que aparece es don Trifón, fantástica silueta de notario retirado, con levita de anchos faldones que le llega hasta los piés; cayendo en pliegues sobre un pantalón á grandes cuadros multicolores. El grotesco idilio empieza al instante, con una declaración ridícula del viejo enamorado, especie de Orgonte

agrandado y puesto de relieve para hacerlo de más fácil comprensión á la mirada infantil. Pero doña Cirila no se decide. Tiene la obsesión de su Periquito, y espera tener con él una entrevista decisiva. La angustia de don Trifón es conmovedora:

TRIFÓN

¡ Oh, dulce encanto de mejillas primaverales, es necesario decidirse!

¡ Por qué tal vacilación!
¡ Por Dios! no soy ningún mico!
Me llamo Trifón, soy rico,
Y te doy mi corazón!
No merezco ni un reproche
Y puedo, fiel caballero,
Ir en coche á Chapinero,
Porque tengo casa y coche!...
No me quites la alegría,
¡ Oh Cirila idolatrada!...
Bañame con tu mirada
Y decídete, alma mía!...

CIRILA

¡ Decidirme! yo lo hiciera,
Lo hiciera de mil amores!
Si no fuera, si no fuera...
Por esos vagos temores
De toda niña soltera...

Pero vuelva usted dentro de dos horas, y hablaremos.

Su salida casi coincide con la aparición de Perico. Nada más curioso que el hocico de

Yocrisse de este muñeco abigarrado, cuyo traje era una obra maestra de charrería. Entrando traspiés, exhibiendo con orgullo su roja nariz alcoholizada, de ventanas extraordinariamente abiertas y perfil de podenco, y entonces se desarrolla la siguiente escena:

PERICO

El sereno, no hay duda, que me ha trastornado un poco la cabeza. Veo dos Cirilas en vez de una; saludemos en medio, y á la que le caiga el guante... ¡Dulce Cirila, buenos días! (*Tambaleándose*).

CIRILA

¡Periquito de mi alma! Te hacía en la clase de Derecho; vienes colorado como un pimiento; tus piernas vacilan, y temo mucho que te hayas detenido en la taberna de la esquina, por tu maldita afición á la bebida...

PERICO

Cirila del alma mía,
Dulce Cirila del alma,
Si me encuentro trastornado,
Si la lengua se me traba,
Si mis dos pobres cachetes
Están como una escarlata,
Si vacilo, si me caigo,
Si me muero... es que me matas
Con tus ojos, con tu boca,
Con tu voz, con tu mirada...
Yo te adoro como adora
El blanco ganso á la gansa,
Como la mirla á su mirlo,
Como el patito á la pata,

Como adora... (no me ocurren
Otras bonitas palabras,
Y si esta vieja supiera
Que lo que quiero es su plata!...)
Como adora el tenedor
Y el cuchillo á la cuchara,
Las musas á los poetas
Y al pescuezo la corbata!...
¡O me quieres ó me mato!
Aquí traigo una navaja.
Dame el sí, dulce Cirila,
O muerto caeré á tus plantas...
(*Saca la navaja*).

CIRILA

(*Al público*) ¡Oh, venturosa mujer! ¡Qué pasiones tan terribles las que inspiro! ¡Qué lástima que no haya gente que pueda persuadirse, viéndome rodeada de adoradores, de que yo soy la más peligrosa de las Circes! Si estuviera ante un auditorio más numeroso le dijera que *tal vez, que lo pensaría*, pero su elocuencia me arrebató...

(*A Perico*) Pero veamos, con qué cuentas
Para sostener tu casa;
No he de vivir en la plaza;
Dime, ¿cuáles son tus rentas?

PERICO

Sé distinguir un sustantivo de un verbo; por ejemplo: en la frase *ó te casas ó te asesino*, el verbo es *ó* y el adjetivo *te*. Sé que París es la capital de Holanda y que los ingleses hablan en francés; sé que te adoro y que tú eres la más hermosa de las sílfides de este mundo...

CIRILA

¡Pero, y en plata cuánto!

PERICO

¡No tengo nada! pero te amo tanto,

Tengo un tesoro para tí de amor!
¡Muévate al fin lo acerbo de mi llanto,
Muévate mi afligido corazón!...

(*Llora*).

CIRILA

Aunque le dí ya esperanza,
A Trifón, muy bien pensado
Será que un *bobo guardado*
Escoja de entre los dos;
Si Trifón se me arrepiente...
Me casaré con Perico.
Si este mozo fuera rico!
Pero no lo quiso Dios.

PERICO

Aguardo mi sentencia,

CIRILA

Dentro de una hora
Le diré si me caso.

PERICO

Adiós, señora.

CIRILA

Confianza en Cristo.
Dentro de poco tiempo
Tendré marido...

Las cavilaciones de Cirila son profundamente cómicas. Se encuentra entre dos abismos y hace un gasto profuso de consonantes. Su corazón se inclina hacia el discípulo de Baco. Su interés la arroja en brazos de aquel Harpagon enamorado. El público infantil sigue todas las

peripecias del drama, que se complica con estupenda seriedad unas veces, y otras con una turbulencia indomable. Todas las rubias y morenas cabecitas se inclinan y se estiran para no perder un solo detalle de lo que pasa en el escenario. Se diría que, en vez de unos rústicos marionettes movidos por los dedos estropajosos de un titiritero de feria, tienen por delante á Rossi ó á Salvini, á la Ristori ó á Sara Bernhardt en los más tremendos conflictos de la tragedia moderna... Y, entre tanto, cada uno por su lado, silbando un aire de opereta y dejando flotar el uno sus inconmensurables falzones, sintiendo todavía el otro los efectos del «sereno,» hé aquí que los rivales penetran por diferentes puertas al mismo local y se encuentran frente á frente. Un ruidoso palmoteo sacude las manos de la concurrencia; pero la calma se restablece pronto y todos esperan el resultado de la catástrofe:

TRIFÓN

¡Buenas noches, señor don Perico!

PERICO

¡Buenas noches, señor don Trifón!

(No me gusta ese viejo aunque es rico)

¡Ojalá que le dé indigestión!)
¿Cómo van los papeles
En que especula?

TRIFÓN

¿Cómo va su querida
Literatura?

PERICO

¿En los amores
Sigue siempre el dinero
Segando flores?

TRIFÓN

Una niña hechicera
De alma inocente,
Entre versos y flores,
Plata prefiero.

PERICO

Pues mucho siento
Que entre una flor y un asno
Tome el jumento.

TRIFÓN

Pero, en fin, señor don Perico, ¿á qué buena suerte debo yo encontrarlo aquí?

PERICO

Y á usted, señor don Trifón, ¿qué buenos vientos lo han empujado á esta casa?

TRIFÓN

Es que he resuelto casarme, y Cirila ha cautivado mi corazón. Hoy es el día, no sé si feliz ó desgraciado, en quo recibiré de su boca, ó el *si* que me hará feliz, ó un *no* más triste que el que pronuncia un deudor cuando se le exige el saldo de su cuentecita.

PERICO

¡Don Trifón, don Trifón! Dos soles no pueden lucir en el cielo; dos lunas no pueden alumbrar la noche; dos corazones no pueden palpar en un pecho; dos...

TRIFÓN

¡Dos y dos no pueden ser cinco!... pero ¿qué quiere usted decir con esto?

PERICO

Que también amo á Cirila; que creo que ella me corresponde, y que una mujer no puede tener dos maridos. O usted ó yo estamos de sobra. ¿Viene usted armado?

TRIFÓN

Aquí hay palos de leña.

PERICO

¡Al campo, don Nuño, voy!...

(Se enredan á palos).

TRIFÓN

¡Me saltó un ojo!...

PERICO

¡Me molió un brazo!...

TRIFÓN

¡Toma!...

PERICO

¡Recibe!...

TRIFÓN

¡Ay, qué golpazo!...

PERICO

¡Qué hombre tan fuerte!

TRIFÓN

¡Ya estoy sangrando!

PERICO

¡Muere, maldito!

UN POLICÍA

(*Llega corriendo*):

¡Se están matando!...

El estallido jubiloso del público es imponente. Gritos, carcajadas, aplausos, hasta un débil silbidito lanzado entusiastamente por unos labios de cinco años, todo se mezcla en aquella algarabía formidable. Entre tanto, en el escenario, el *Policía* trata de conducir presos á los encarnizados contrincantes. Pero la sangre de éstos está exaltada. Unen sus esfuerzos, y volviendo sus armas contundentes contra el infeliz agente de la autoridad, acaban por dejarlo muerto á garrotazos. La lógica del crimen los llevará á cometer otros excesos. Por lo pronto, al volver á su sano juicio, se encuentran delante de un cadáver y se plantean el problema de hacerlo desaparecer. Están en esto, cuando se escucha un rumor y aparece en la penumbra la figura de doña Cirila, con la trágica apostura y el paso felino de Lady

Macbeth. Ambos quedan aterrados y quietos, mientras la heroína avanza, pronunciando versos que parodian las exageraciones de Eche-
garay y la escuela de la hipérbole *à outrance*:

CIRILA

¡Santo cielo!... ¿qué miro?... aquí un cadáver
Rígido!... ¡Tieso!... ¡Pálido!... ¡Apaleado!...
Con un chichón encima de las cejas,
Y un ojo reventado!...
¿Quién fué su matador?... ¡Callan! ¡Silencio!...
¡Palidecen!... ¿Quién fué?... ¡Dios de mi vida!
¡Un crimen en mi casa!... ¡Yo me privo!...
¡Gran Dios!... ¡Estoy perdida!...
¡Y yo que los amaba!... que he venido
A dar mi corazón, y hallo ¡una muerte!...
¿Fuiste tú?... ¿Fuiste tú? ¡Responde al punto!...
¡Decídase la suerte!...

La conclusión se adivina. Los malhechores sorprendidos tratan de engañar á aquel testigo inoportuno. Pero viendo que la empresa es imposible, se deciden á quitarla de en medio, y por un súbito cambio de frente del corazón, quieren vengar en la vieja grotesca la humillación íntima que experimentan por haberle jurado amor, mientras sólo buscaban su dote. En un abrir y cerrar los ojos el nuevo crimen es concebido y ejecutado. La Horca hace su

primera y última aparición en la escena, y en ella se balancea pronto el cuerpo de Cirila, que muere cantando:

*Gran Dio, morir si giovine
Io qui ha penato tanto.*

El público se siente invadido de un verdadero delirio, y cae el telón en medio de una ovación estruendosa.

XII

No he tenido sino pocas oportunidades de tratar personalmente al Dr. Rafael Nuñez, Presidente de la República de Colombia, lo que no ha sido obstáculo para que conserve con él las mejores relaciones literarias y reciba continuas pruebas de su amistad y benevolencia. Hay en su espíritu dos fases, que parecen antagónicas, y que perturban frecuentemente la clara visión del que quiere penetrar en las intimidades de su organización intelectual. El hombre político posee una sólida inteligencia

militante, nutrida en el estudio severo de la ciencia social, fecundizada por influencias sajonas, obligada á desplegar todos sus recursos en el terreno ardiente de la acción. El poeta se detiene delante de los misterios de la vida, conoce todos los torcedores de la pasión y todas las angustias de la duda, siente el hondo hastio de la lucha sin tregua, y después de haber querido arrancar el secreto de la esfinge, termina por preguntarse, como Montaigne: «Que sais-je?» Las inteligencias mediocres no comprenden esta contradicción que se nota entre las tendencias del Dr. Nuñez como jefe de partido, como *leader* del grupo conservador, apoderado del Gobierno de Colombia, y los pensamientos del poeta que compara la tristeza de su alma, con las aguas espesas y oscuras del *Mar Muerto*, diciendo:

Ni al bien ni al mal doy en mi sér sustento,
Y ni aún el vendabal de las pasiones
Turba este inexorable abatimiento !...

Sus prosélitos se empeñan en demostrar que la poesía del Dr. Nuñez no es sino el corolario de su prédica de hombre de estado; aunque

creo que están lejos de conseguirlo. Uno de sus cantos más populares y notables, que sintetiza este estado moral del escritor, (*Que sais-je?*) llama la atención del fino crítico Don Juan Valera, sobretodo al «considerar que el autor es un hombre político, Presidente de la República nada menos.» A su vez, el Sr. Daniel J. Reyes, autor del *Prólogo* que encabeza la edición de las *Poesías* del Dr. Nuñez, en el cual ha tenido la bondad de transcribir un juicio mio sobre tres de las composiciones contenidas en el volumen, (1) se apresura á defender al poeta del reproche de escepticismo, sacando á relucir sus ideas religiosas y las gracias y altas distinciones que ha merecido del Supremo Jefe del Catolicismo. El mismo Dr. Nuñez, en un artículo sobre Mateo Arnold, añade que «las estrofas del *Que*

(1) Dice el Sr. Reyes en ese *Prólogo*: «Entre unos pocos escritos llegados ocasionalmente á nuestras manos, tenemos uno muy importante de Don Martín García Mérou, poeta y diplomático argentino, actual Ministro de su país en el Paraguay, que estuvo en Bogotá como Secretario de Legación, y dejó allí gratos recuerdos. Es un juicio publicado en el diario *Sud América*, de Buenos Aires, sobre las composiciones tituladas *Psíquica*, *Sursum* é *Ideales*, el cual acojemos gustosamente aquí é insertamos en seguida, bien que con alguna salvedad por lo que hace á la manera de apreciar, en términos absolutos, el criterio filosófico que cree el autor rige siempre la musa del Sr. Nuñez.»—Añadiré, á mi vez, que he hablado antes del Dr. Nuñez en mi libro de *Impresiones*.

sais-je? que el lector conoce, han sido alabadas y censuradas como aguda manifestación de esceptismo irreligioso, sin embargo de que en ella palpita el sentimiento que animó el *Libro del Eclesiastés* atribuido á Salomón, y aún algunos fragmentos de los *Salmos*, y la *Imitación de Cristo*... En efecto, y esto es precisamente lo que hace que el canto del Dr. Nuñez sea una de las notas más profundas y filosóficas de la lira americana, un verdadero grito del alma trémula ante las sombras que envuelven nuestro destino, una anhelante interrogación que sintetiza todos los problemas de la filosofía y todas las aspiraciones de una vaga idealidad que pugna por volar hasta las fuentes del ser, y se detiene vencida por la magnitud de la empresa. Oigamos al poeta:

.....

El dolor que en el alma halla cabida
Pierde al cabo su espíritu homicida
Y cesa de ofender como dolor;
Y no hay de goce bulliciosa fuente
Que no agote ó desvíe indiferente
El tiempo volador.

.....

En balde el hombre la intención concibe
De mejorar su suerte, piensa, escribe,

Descuaja montes, profundiza el mar ;
Porque siempre la ley de la armonía
Hace que toda causa de alegría
Lo sea de pesar !

El aloé es amargo y oloroso ;
El ópio que á los miembros da reposo
También lleva el delirio al corazón ;
El hierro que extermina también crea ;
Aurora, á veces, es la infanda tea
Que enciende la ambición.

.....

En la noche que forman las pasiones,
No alcanzo de mis propias emociones
A saber la verdad.

.....

No sé si de la vida en el abismo,
Son en definitiva un jugo mismo,
El néctar y la hiel !...

Es inútil continuar copiando una obra tan generalmente conocida. Lo transcrito basta para aconsejar al Sr. Reyes y al mismo Dr. Nuñez que no intenten de nuevo el comentario y la defensa de una composición que se sostiene por si sola. Pretender explicar ó desvirtuar sus bases filosóficas por opiniones ó evoluciones posteriores, es disminuir y aminorar su prestigio, que nace del hondo desencanto que destilan sus versos, de la viril y amarga desilusión que los inspira y los impregna de amargura. He

aquí la razón de la belleza y la resonancia de ese canto. «Las almas ligeras, superficiales, fácilmente satisfechas,—ha dicho un filósofo hablando de la concepción en el arte—no reproducen jamás sinó las cosas que caben en ellas. Es necesario por la pasión tomar conciencia de los instintos reflexivos y poderosos que mueven el mundo, abarcar en si mismo el bien y el mal, los principios contrarios en su lucha fecunda. De todos los sentimientos, el más instructivo y el más necesario, el que más que otro cualquiera suscita el espíritu y revela el mundo, es el dolor»... Y más adelante: «La intensidad de los sentimientos depende menos de sus causas que de la fuerza del alma que los experimenta. Es solamente penetrando en ese medio de los sentimientos humanos, que las imágenes toman un sentido, un valor estético. El universo deja de ser una máquina para convertirse en la poesía de una conciencia; la historia no es ya una série de sucesos y de fechas; la vida no es ya un espectáculo superficial; á todas esas imágenes móviles se mezclan los sentimientos eternos, el dolor, la alegría, el amor; encima de ellos se cierne el *destino*, el *gran problema*

que resuelve en sentidos diversos el abatimiento y la esperanza!»...

El Dr. Nuñez es, sobre todo, un pensador. Todas sus poesías responden á un pensamiento propio, á una concepción original, á una meditación íntima. Su lectura exige un cierto desarrollo intelectual, y un grado de meditación que está generalmente fuera del alcance de los espíritus mediocres ó perezosos. Esa amarga lucha que empeña el Dr. Nuñez por encerrar en la forma métrica pensamientos é imágenes abstractas, da cierta dureza acerada á su expresión, y quita á gran número de sus estrofas, los atractivos armoniosos de la frase rítmica que arrulla el oído con el suave sonsonete de las palabras musicales. Esto no excluye, sin embargo, la alta inspiración, el sábio sometimiento de la forma, dotada de una especie de elegancia viril, propia para ser saboreada por los iniciados, como la prosa de Stendhal, la música de Wagner ó la pintura ingénua de los maestros primitivos. Tales son los caractéres distintivos de esos cantos que se llaman *Lo Invisible*, *Lo Inescrutable*, *Sursum*, *Ultra*, *Darwin*, *Leyendo el Quijote*, *Moisés*, etc. He hablado de ellos en

otras ocasiones, y considero inútil reproducir mi juicio anterior á su respecto. Al releerlos hoy, mi pensamiento ha evocado la pálida figura de uno de los maestros de la filosofía contemporánea, prematuramente perdido para la poesía y la ciencia. Si, solamente en los *Vers d'un philosophe* de Guyau, se encuentra una sensación semejante á la que produce la lectura de las *Poesías* del Dr. Nuñez. Guyau creía que en poesías de inspiración filosófica, la forma, para adaptarse á los más ténues matices del pensamiento conmovido y vibrante, para expresarlo por completo sin traicionarlo jamás,—debe conservar la mayor flexibilidad, la armonía más variada y libre. En uno de sus libros él escribió estas palabras hermosas: «El sentido más profundo pertenece, á menudo, en poesía á la palabra más sencilla; pero esta sencillez del lenguaje conmovido no impide de ningun modo la riqueza y complejidad infinita del pensamiento que se condensa en él: lo sencillo es la fina gota de agua que cae de la nube, y que ha necesitado para formarse de todas las profundidades del cielo y del mar.» Es esta gota cristalina la que titila en las estrofas del Doctor

Nuñez, en forma de sentencias, imágenes y reflexiones brillantes. Incurriríamos en error, sin embargo, si creyéramos que es solo en el terreno de la filosofía donde cosecha sus mejores frutos la musa del Dr. Nuñez. A veces, el poeta, no teme dar salida franca á sus hondas pasiones, y entonces hace vibrar todas las almas con los acentos íntimos y dolorosos que brotan de las estrofas del *Todavía*:

.....

¿Y te amo aún? Yo no lo sé. Mi vida,
De la tuya hace tiempo desprendida,
Me parece rebelde á la pasión ;
Pero hay horas, hay horas en que al verte,
No pudiendo ya unir á tí mi suerte,
Prefiriera vivir sin corazón !

¡ Quién pudiera traerte una vez sola
Aquí, á mi pecho, á encadenar la ola
De este que encierra turbulento mar !
¡ Quién pudiera borrar lo que ha pasado !...
Tu hado funesto y mi funesto hado,
¡ Quién pudiera un instante revocar !

.....

Mas ; ay ! cuando la miro yo te miro ;
Yo escucho tu suspiro en su suspiro ,
De tu acento la música en su voz ;
El paso de sus plantas es tu paso ;
Su labio el mismo perfumado vaso
Que tu amor un instante me ofreció.

Y sin embargo ; ay ! tú no eres ella,
Lo recuerdo muy bien. La tibia estrella
Jamás abrasa como abrasa el sol ;
En tí hallo el mar que proceloso brama ;
En ella el lago que apacible clama ;
Tú eres el huracán ; ella el rumor...

.....

Estos acentos de pasión viril y vibrante, están bien lejos de las vacilaciones del *Que sais-je* y de las dudas amargas de *Dulce Ignorancia*, en que el poeta confiesa que «es más feliz el alma cuando no vé nada de lo secreto.» Se diría que en el espíritu de este eminente hombre de estado, que es al mismo tiempo, un artista y un contemplativo, se reproduce la lucha interna pintada por Elisabeth Browning en *Aurora Leigh*, y analizada por uno de sus criticos en los siguientes términos, que se refieren à organizaciones intelectuales de la indole de la del Dr. Nuñez: «Poetas, envidiarán la gloria del hombre de acción ; amantes, delirarán por cantar su amor ; poderosos y militantes, se preguntarán con inquietud si un poco de ensueño no vale, en definitiva, más que toda esa fiebre ; eternamente descontentos de no haber realizado todo el ideal que llevan en si mismos

y que los ahoga; espíritus raros para quienes la vida es verdaderamente,—según la frase de un contemporáneo — *un alumbramiento del alma*, y que quieren conocerla, agotarla toda ó morir.»

La vida política del Dr. Nuñez no cabe en el marco reducido de estas páginas. Ella es, no obstante, digna del estudio más detenido, pues refleja las vicisitudes y alternativas de toda una época de la historia de su patria, cuyas instituciones ha transformado con mano enérgica y audaz. Hoy vive alejado del poder á que lo llamó el voto de sus conciudadanos, en una residencia campestre próxima á Cartajena, rodeado de flores y de libros, entre el amor de los suyos y la consideración de los extraños, á la orilla del mar inmenso que mece sus pensamientos y le habla con voz profunda de la grandeza de Dios, y la pequeñez del hombre delante de los grandes espectáculos de la naturaleza!...

XIII

Al volver, después de muchos años de silencio, á reanudar el diálogo interrumpido de mi juventud, saludando á la distancia á los viejos compañeros de letras, han afluído en mi busca, de todos los puntos del horizonte, dulces mensajes de afecto y simpatía. Tengo sobre mi mesa el que acaba de enviarme Rafael M. Merchan, y leo conmovido sus palabras cariñosas: «El corazón me anunciaba que V. y yo volveríamos de nuevo á ponernos al habla, como buques que navegan en conserva y que la tempestad aparta por pocos días!» Secretario del Dr. Nuñez, á mi llegada á Bogotá, Rafael Merchan pertenecía á aquella batalladora legión que arrojó al destierro la última Revolución Cubana. Era un espíritu distinguido, un escritor elegante y castizo, de memoria privilegiada y vastos conocimientos históricos y literarios. Pero su fama no había adquirido aún la resonancia que le dió la publicación de sus *Estudios Críticos*.

Sin haber escrito muchos versos, Merchan tiene alma de poeta. Lo revela ámpliamente su canto á la distinguida niña que es hoy su esposa y que reúne á la belleza del alma, las seducciones de una hermosura juvenil y deslumbrante. A esa composición, destinada á circular en manos de corto número de amigos, pertenecen los siguientes fragmentos:

..... Mi vida,
Imágen del abismo tormentoso,
Rodó también perdida
Recorriendo al azar costas oscuras,
Cuando sonó la voz de las alturas,
De las alturas santas,
Ordenando á la ola de mis días
Detenerse y morir junto á tus plantas
 ¡ Oh, mil veces bendito
El genio tutelar de mi carrera
Que á tan segura playa me condujo !
Tierno césped, tapiz de la pradera,
De balsámicas flores salpicado,
Resplandeciente con la luz de aurora
De tus brillantes ojos,
Era el límite oculto
Para mi errante andar predestinado !
Tú mi verde ribera,
Descanso de mi antigua pesadumbre !
Tu alma el éco sonoro que recoge,
Cuando la tarde á declinar empieza;
Los últimos suspiros
De una vida de estudio y de tristeza !

Tú las nubes opacas arrebatas
En mi Oriente sombrío;
Devuelves á las pálidas corolas
De mi agostado estío
La frescura y matiz primaverales;
Y á tu luz bendecida
Vuelve á marcar las horas matinales
La sombra del cuadrante de mi vida.
Con tu amor reverdece
La hermosa estación muerta
De inocencia y candor, cuando mi alma,
A la ilusión del porvenir abierta,
Soñaba con un ángel de otros mundos
Que me diese la mano
Para andar los profundos
Precipicios sin ruta de los tiempos.
Ensueño juvenil, que los pesares
Disiparon ayer, y que hoy revive
Coronado de rosas
Y blancos azahares,
Regando en mi existencia
Aromas de una nueva adolescencia.

.....

Su ofrenda *A Lamartine* en el día del centenario del ilustre poeta, es una nueva prueba de lo que hubiera alcanzado Merchan, dedicándose á este género literario. Sobriedad en la frase, elegancia en el verso, imájenes apropiadas, corrección aliada del buen gusto,—hé aquí las principales cualidades que hacen grata la belleza de sus estrofas:

Tu voz no ha muerto, Lamartine ! La siento
En la paz de los bosques y los mares,
En los ecos del valle y de la noche,
En las ondas sin ruido de los aires ;

En donde quiera que una mano enjuga
Las lágrimas del hombre ó del infante ;
En todas las angustias que sonrén
A la esperanza muerta que renace.

Las cáfilas inquietas de Mercurio
Ahogarán en su grito tus cantares,
Mas ¿qué ofende á la luz, que el miope vea
Sólo la sombra que á sus piés se abate?

¿Tiene acaso qué dar por tu corona
El rico Aliborón de las ciudades?
Hoy que has subido á más excelsa cumbre,
De más arriba tu desdén le cae.

Gladiador de la fiesta de las Musas,
Tuya fué la diadema en cien combates ;
Moisés de un pueblo en sedición, centella
Fué tu voz, que hizo humo su estandarte.

¡Ninguno como tú ! Si por la lira,
Nó por el corazón tienes rivales ;
Ni la avaricia descontó tu sueño ;
Ni el limo subió en hostia á tus altares.

Nunca en tu amargo pan fermentó el odio ;
Muchos te hirieron, nunca te vengaste ;
¡Tu error fué el heroísmo en la quimera !
¡Te embriagaste de gloria, no de sangre !

.....

Pero no es esta la faz culminante de su ta-

lento, y es inútil detenerse en ella largo tiempo. Merchan es literato en la amplia acepción de esta palabra, de que tanto se abusa en nuestras tierras. Crítico elegante y erudito, discípulo de Sainte-Beuve, con quien tiene algunos puntos de contacto, sus estudios jugosos y nutridos, se leen con el mayor interés, y constituyen una de las obras más fecundas y hermosas que han aparecido en el campo intelectual sud-americano. Posee la gracia del estilo, la limpieza de la expresión, la intensidad de la observación directa. No se pierde en los laberintos psicológicos de Bourget, ni arrolla al adversario con las virulencias de Gustavo Planche en el pasado y de Zola en el presente. Mesurado y tranquilo, escribe con pluma de oro y mano enguantada, con cierta elevación caballeresca que le impide descender á la réplica callejera. Una atracción irresistible, tanto como una necesidad de erudito, lo hace girar al rededor de los temas que elige, buscando aproximaciones y concordancias, trazando vistosos arabescos en las márgenes del libro que examina, exhumando frecuentemente sus notas y abriendo los volúmenes de su biblioteca, en el deseo de encontrar simili-

tudes y reminiscencias. Su vasta memoria lo ayuda poderosamente en esta tarea, que hace extremadamente amenos y variados sus artículos, pero que, á mi juicio, lo obliga á caer en un prurito de suspicacia exajerada ó alambicamiento excesivo. Su vista tan clara y perspicaz, que abarca tan ampliamente el conjunto, se clava con demasiada insistencia en detalles que no siempre pueden escapar al reproche de nimiedad. En su estudio sobre *Juan Clemente Zenea*, que es, sin disputa, uno de los más hermosos que hayan salido de su pluma sabia y bien cortada, se detiene en señalar repeticiones insignificantes del poeta, tales como «mirra de santos consuelos» y «óleo de santo consuelo.» Antes, encuentra que los versos de Zenea, *En días de esclavitud*, parafrasean el principio de una oda de Tirtes, sin que para nosotros haya entre ambos sino una semejanza remotísima, que no vale la pena de señalar, dado lo comun de la forma empleada en esas estrofas. Y no contento con esto, también quiere encontrar semejanza de estructura—de una vaguedad más lejana aún—entre aquel canto y la *Silva á la Agricultura de la zona*

tórrida de Andrés Bello. Esta minuciosidad se reproduce en muchas páginas del precioso libro de *Estudios Críticos*, en alguna de las cuales el autor abusa también un tanto de sus referencias á autoridades científicas ó literarias. Sin embargo, eliminando estos pequeñísimos lunares, insignificantes en un escritor del gusto excelente de Merchan; cuántas bellezas encierran los análisis de esa obra, qué seguridad de criterio, qué superior y aristocrática cultura intelectual! Casi todas sus opiniones están fundadas en sólidos cimientos y constituyen verdaderas lecciones, que es útil meditar y recordar. Sus críticas á Tamayo y á Conto, su paralelo entre Becquer y Heine, su exámen erudito sobre *La lira helenica*, están llenos de observaciones sagaces, de puntos de vista originales, de consejos y advertencias que muestran todo el caudal de sus lecturas y meditaciones estéticas. Hablando de la traducción, en el último de estos artículos, dice algo que deben meditar los que, en su ignorancia, hablan despreciativamente de la forma en los escritos literarios:

Literatos de cuenta nos han sostenido que una traducción poética consiste en ocuparse del pensamiento original y versificarlo en otra lengua. Lo hemos negado resueltamente. En literatura el pensamiento no es todo: á la forma compete la mitad, lo que la hace ser ella misma y no otra, lo que la constituye eminente, mediana ó nula. Si el pensamiento fuese el fuste de la obra artística, las letras italianas no se enorgullecerían con el nombre de Maquiavelo; el más grande orador sagrado de Francia, Massillon, estaría al nivel del más desaliñado cura de aldea, porque el Evangelio que predicán es uno mismo, una misma la moral. Y traducir pensamientos, aunque sea con elegancia, no es empresa que valga cosa; lo que sí equivale á pasar por las picas de Flandes es conservar la enerjía ó la dulzura, la concisión ó la amplitud, la idiosincracia del estilo, el esplendor de las palabras, sin servilismo mecánico, el atrevimiento de la expresión, la iluminación de las imágenes, la delicadeza de perfiles, y con el temperamento del poeta, el genio de su idioma hasta donde esto sea posible. Las dificultades son muchas, pero solo venciéndolas se merece el nombre de traductor leal.

No son menos dignos de mención sus retratos de personalidades eminentes, sus bocetos arrojados al pasar con cuatro rasgos concisos y brillantes. La pintura que hace del españolismo del Señor Caro, comparándolo con Menendez y Pelayo, me ha traído á la imaginación el nombre de un distinguido compatriota, hermano gemelo intelectual del traductor de Virgilio.

•Si hay paridad—escribe—entre los gustos del Señor Caro y los del Señor Menendez Pelayo, menos en la filosofía to-

mística que el primero recomienda y el segundo no sigue, hay también diferencias de procedimiento: en filosofía, el autor de la *Ciencia Española* es el oficial que ronda, persigue, descubre y ataca al enemigo; fuego al positivismo, fuego al krausismo, fuego á todo sublevado germánico; el guerrero colombiano es el centinela que con el arma al brazo, vela día y noche en la garita; no ataca sino defiende; pero ¡con qué bríos! En Historia es y le tocaba ser principalmente americano: revisa hoja por hoja la voluminosa correspondencia del General O'Leary para descubrir las intimidades de Olmedo y Bolívar; pone en movimiento á sus amigos de Tunja para que le copien, ora el testamento de Juan Castellanos, ora la relación de unas fiestas y las poesías de un certámen literario celebrado en aquella ciudad en 1662. No conocemos su estudio sobre Arboleda, ni íntegramente el que dedicó á Bello; pero, según informes, ha reconstruido en totalidad la biografía del poeta granadino, levantada anteriormente por el Señor Torres Caicedo sobre cimientos inseguros... *Pero si americano por los asuntos, es ibero por el espíritu.* El españolismo es lo que domina en él, sobre su estética, sobre su filosofía, hasta sobre su religión, diríamos, si no temiésemos lastimarlo con la hipérbole y *si católico y español* no hubiesen sido sinónimos en pasada época, y si no lo fuesen todavía en el sentido en que es español el Señor Caro. No hay en la península quien ame á España como la ama él. Ya vimos como se sacudió con el Homero de nuestro Aquiles; en las disputas entre Las-Casas y Oviedo, la toma con Las Casas, cuyas quejas han servido de pábulo á los censores de la Conquista; en el liberalismo exaltado de los próceres de la América Latina, no vé espontaneidad, ni influencia de Francia ó de los Estados Unidos, sino procedencia directa de España; Bolívar no tiene más virtudes que las españolas; la prosa cervantina se eleva ante sus ojos á una distancia cuya medida es lo infinito, sobre la prosa modelada en los poemas de Fénelon y Chateaubriand; en política —nos lo aseguran pero no nos consta—sostuvo las aspiraciones de Don Carlos contra la dinastía de Saboya y contra la República. Para él parecen escritos sus versos á Calderón:

*Siempre español! No hay distancias
Que esa fibra debiliten,
Ni eco patrio á que perenne
Correspondencia no vibre!*

Las dos páginas, de indole diversa, que he transcrito, bastan para caracterizar á un crítico de tradición y de raza. Ellas colocan á su autor, á mi modo de ver, en la primera fila de los que cultivan este género literario en nuestro idioma. Más brillante é imaginativo que Valera, menos personal y agresivo que Leopoldo Alas,— está muy por encima de todos los gacetilleros que llenan de insulsos abortos, las prensas españolas y americanas. Modesto y estudioso, Merchán tiene, como pocos, desarrollado el sentido de lo que podría llamarse «honradez intelectual.» Nunca degrada ni traiciona su pensamiento por halagar pasiones ó preocupaciones mezquinas. Su nombre luce con razón como uno de los privilegiados del lejítimo Parnaso, despertando ecos de simpatía en todas partes. Sus connacionales empiezan á hacerle plena justicia, aplaudiendo vigorosamente su obra y el carácter de su talento. Quiero, antes de concluir, dejar constancia de estos sentimientos, de que se han

hecho intérpretes Enrique José Varona y Manuel de la Cruz, dos de las eminencias literarias de Cuba, el primero como filósofo y sociólogo de firme criterio, conocimientos profundos y luminosa inteligencia, el segundo como artista consumado de la palabra escrita, maestro colorista del estilo, poseedor de todos los secretos, refinamientos y deliquescencias de la expresión. «El Señor Merchan—dice Varona—ha dedicado un capítulo de su estudio *La Habana intelectual vista desde los Andes* á los cubanos fuera de Cuba; en él recuerda á casi todos los que ilustran el nombre de nuestra patria en el extranjero por sus trabajos artísticos, literarios y científicos. Entre los nombres distinguidos y hasta gloriosos que lo llenan, falta uno que el autor no habia de poner, pero que el lector coloca allí espontáneamente y con plena satisfacción: el de Rafael M. Merchan. Cuando dejó á Cuba—hace ya largos años—muchos lo conocian y estimaban como escritor pulcro y abundante, y auguraban brillante carrera á su talento, favorecido por su natural propensión á estudiar con madurez las materias á que se dedicaba. El libro que ahora nos envia, ha con-

firmado totalmente estas predicciones. Nada hay en él escrito de prisa. Se vé que los datos han sido acopiados con antelación y de propósito; y que el autor nos da juicios tranquilamente elaborados y no impresiones más ó menos fugaces. Es obra, pues, de un verdadero crítico, á que da particular realce, que el crítico sea á la par un erudito y un artista de gusto acendrado.»—Manuel de la Cruz añade: «Leyendo los *Estudios Críticos* se cree ver tras las nutridas y sustanciosas páginas, musculoso brazo de púgil que acaba en blanca y delicada mano de virgen, ó ponderosa trompa de elefante que así desarraiga el árbol centenario como suspende un pétalo de lirio. Hay en Merchan una mezcla de delicadeza y fuerza, de pesadez y agilidad, de erudición abrumadora, toda ella materia prima, sistemáticamente organizada, de buen gusto depurado, de exquisito sentido artístico y riguroso y severo raciocinio, todo lo cual exterioriza con tan correcta cortesía y peculiar unción, que hace pensar en el maestro de esgrima que maneja con igual destreza la caballeresca espada y la salvaje macana, el épico machete y el pérfido estileto, y que á

la hora del combate, cubre la planoplia formidable con un velo, para no ser más que un patriarca de la crítica, austero, imparcial, persuasivo, didáctico, un sacerdote del buen juicio, un rabino de la Justicia.»

XIV

Durante mi permanencia en Bogotá, tuve oportunidad de tratar, con alguna frecuencia, al Dr. Manuel Ancizar, uno de los prohombres del partido liberal. El General Sarmiento había sido su amigo en Chile, en la época de la emigración argentina, y transcribe una de sus cartas en su obra *Conflictos y Armonías de las Razas en América*. Era una de las personalidades prominentes de Colombia y gozaba de inmensa reputación por sus condiciones morales y la altura de su carácter. Uno de sus libros, la *Peregrinación de Alpha*, es clásico en su país y, á pesar de que puede considerarse como una obra juvenil, marca los quilates de un talento tan vasto como original. En la diplomacia, en

la política, en el profesorado, donde quiera que lo llevó la actividad de una vida fecunda, el Dr. Ancizar dejó huellas brillantes de su paso, y fué notable por la austeridad de sus principios, el brillo de sus talentos y la exagerada probidad de su carácter. Su presencia revelaba desde el primer momento al caballero perfecto. Cortés, suave y benévolo, vivía rodeado de una atmósfera de respeto que imponía al recién llegado, hasta penetrar en su intimidad y descubrir los tesoros de su bondad inagotable. Era un sabio tranquilo y un filósofo amable; uno de esos hombres de corte antiguo, de conciencia recta y corazón justo, que nada turba ni doblega, y que pasan al través de la vida, para emplear la expresión del poeta, como ciertas aves pasan á través del pantano, «sin manchar la blancura de su plumaje immaculado»...

En el campo conservador, hacia *pendant* á D. Manuel Ancizar, el anciano patriarca de los poetas de Colombia, Don José Joaquín Ortiz, cuya muerte reciente ha entristecido mi corazón. Poco antes de salir de Bogotá me envió los siguientes versos, cuyo autógrafo conservo con agradecimiento:

Firme, en alto peñón, la águila altiva
Que antes fuera tenaz batalladora,
Falta ya de la fuerza primitiva,
Postrada por la edad se encuentra ahora !

Su último sol se oculta en Occidente,
Sol que joven amó y al morir ama ;
Y por llanos, por bosques y torrentes
Larga mirada de dolor derrama ;

Y escucha, en la quietud del gran Desierto
Ave extranjera de apartada zona,
Que hace vibrar su voz á cielo abierto
Y al Amor y la Patria himnos entona !

Y se siente vivir como en el día
De su edad bella y vigorosa, cuando
Era el mundo un Edén de poesía,
Y era dulce al amor vivir amando !..

Cesa el canto ; suspéndese un momento
La amarga queja que su pecho exhala,
Innúndase sus ojos de contento,
Y, como quien aplaude, bate el ala !..

Tales son los acentos amistosos con que me despidió el Quintana colombiano, y si he creído oportuno reproducirlos—es porque nada muestra mejor la dulzura de su corazón y la elevación de sus sentimientos. Por lo demás, este género de poesía forma una excepción en la obra del viejo poeta. Siempre cantando la patria, siempre empuñando la trompa épica y el clarín

estridente, no ha tenido tiempo para consagrarlo á la poesía suave, íntima, de horizontes limitados y vuelo familiar. Sus temas son *La Bandera Colombiana*, la *Goajira*, *Los Colonos*, *Balboa*, la batalla de *Boyacá*, *La Monja desterrada*,—todo lo que exalta el patriotismo y la religión. Tiene también escasos versos del hogar, mezclados á los cuales, se hunde en reflexiones elocuentes y filosóficas sobre la *Libertad*, *La Gloria*, etc. Esto basta para diseñar el carácter de su escuela y de su musa. El espíritu académico, en su más pura expresión, palpita en todas sus estrofas. Le parece que es degradar la poesía, emplearla en la expresión de los sentimientos del alma. Ha puesto notas á algunos de sus cantos y ellas son dignas de leerse por su franca y hermosa ingenuidad. Al explicar el tema de *Los Colonos*, dice: «Consagramos este canto á los que trajeron á nuestra patria los animales útiles, las plantas, cereales, las flores; como tributo de alabanza á los que fundaron la primera iglesia, el primer hospital, la primera escuela, la primera imprenta. Vale más esto, sin duda, que cantar á los que hicieron la primera guerra.»

Y aqui tienen ustedes al elocuente poeta, ensalzando al introductor de los caballos y los bueyes, con igual entusiasmo al de Don Andrés Bello en el poema de la *Vacuna*. Cumple con tanto ardor su tarea, que hasta se reprocha su ingratitud por la omisión «del más fiel compañero del hombre,» exclamando: «El perro, modelo de amigos, debió venirse solo detrás de alguno de los conquistadores, pues no hemos encontrado en los libros que tratan de estas cosas quien lo trajera»... Es lástima, pues eso nos ha privado de algunas perifrasis conmovedoras, sobre tan interesante animal. Todo lo que sobre él poseemos por ahora, es lo siguiente:

Y de prez no menor, dignos se hicieron
Para ilustrar su nombre
Aquellos españoles que trajeron
Los animales útiles al hombre !...
Junto al hogar medio apagado yace
Adormido el lebrél de noble raza ;
Mas oiga el eco quejumbroso apenas
De la armoniosa trompa de la caza
Y veráislo partir...

—«Y échele V. un galgo!» diría un aficionado á las becasinas, perdices ó martinetas,

ofendido, en nombre de los *podencos*, *sabuesos*, *King Charles* y otros perros no menos simpáticos, de la marcada preferencia del poeta por los lebreles.

Sin insistir más de lo conveniente en estas nimiedades, inherentes al género y tendencias terarias del Sr. Ortiz, es lo cierto que hay en sus obras más de un momento inspirado y que su nombre merece gozar de la notoriedad de que está rodeado en la tierra de su nacimiento. Los defectos del Sr. Ortiz son los defectos de su escuela. Insistir sobre ellos en otro tono que no sea el humorístico que he empleado por excepción y sin malicia, — sería injusto é inoportuno. Reprochar al Sr. Ortiz sus ternuras con los españoles que trajeron «los animales útiles al hombre» y con «el lebrél de noble raza,» sería como maltratar la memoria de Delille porque no escribió como Alfredo de Musset! El Sr. Ortiz, es el jefe de esa escuela castiza, española, académica y clásica, que tantas victimas hace en Colombia, donde ha encontrado su último baluarte, pues no conozco en España nadie que escriba como Ortiz, Rafael Tamayo y Diego Rafael de Guzman, por ejem-

plo. Y, en medio de este grupo, que lo reconoce por maestro, justo es decir que el Sr. Ortiz descuella por la vibración del verso, la elocuencia y ardor de la expresión y la sinceridad de los sentimientos que animan sus estrofas. He aquí como una muestra de su estilo pindárico, el comienzo de su oda *La Bandera Colombiana*:

¿No oís? Es cual la voz de *gran torrente*
Con las lluvias de Dios acrecentado,
Que baja de los Andes despeñado,
Ráudo, tremendo, asordador, rujiente.
No oís más cerca ya? Se une á los ecos
El ruido de música guerrera
Que en alas de los vientos desatado,
Calma el ámbito inmenso de la esfera.
Pero ved más allá como se avanza,
Entre un bosque de aceros refulgente,
Que del sol á los rayos reverbera, —
Del pueblo entre la ola,
Al firmamento azul enhiesta y sola,
De nuestra Patria la inmortal Bandera.
.....

La siguiente estrofa tiene un arranque más hermoso y poético, salvo el horrible verso que he señalado:

¡Oh! la bandera de la Patria es santa,
Flote en las manos que flotare; ora

Volviendo vencedora
Entre lluvia de flores,
Al son del himno que su gloria canta,
O de la adversa lid acaso vuelva...
¡ Oh ! la Bandera de la Patria es santa !...
.....

Me he referido más de una vez á la larga serie de mis autógrafos, y debo hablar de algunos de los de Colombia que tengo entre ellos. He aquí la firma de José Antonio Soffia, distinguido poeta chileno, prematuramente caído, en pleno vigor físico é intelectual. Representaba á su patria en Bogotá y tenía una facilidad de versificación que, á su llegada á aquella Arcadia americana le abrió todas las puertas y lo hizo el centro de un decamerón entusiasta. Vivía en médio de un cenáculo de poetas, más ó menos reñidos con la Musa, y era el ídolo de aquella venerable pagoda lírica. Poseía esa rara fecundidad de los poetas chilenos, de vena inagotable, como D. Guillermo Matta, cuyas composiciones talvez no bajen en número á las que ha publicado Victor Hugo. Era un concienzudo artista, y todos sus versos, pulidos y armoniosos, halagan el oído con su dulce timbre musical. Poco antes de mi partida, mi libro de autógrafos

llegó á sus manos, en medio de la rápida gira que iba haciendo para recoger las firmas de mis hermanos en Apolo. Soffia lo recorrió y fijó su vista sobre el siguiente fragmento de D. José Manuel Marroquin, fundador de la Academia Colombiana:

«Viene este libro á mis manos cuando faltan menos de 24 horas para que su dueño lo acomode en sus baules de viaje. Así, para que yo escribiera en él, alguna cosa en verso, tendría que improvisar; y yo para improvisar, le único que he menester es bastante tiempo... Pero si soy estéril en cuanto á versos, soy fecundo en expedientes, y me ocurre el de apuntar aquí el argumento sobre qué desearía improvisar, rogando al dueño del libro que lo desarrolle en versos de aquellos que él sabe hacer, de buena entonación poética, y á un tiempo dulces y sonoros. Con esto ganará mucho el libro, porque en lugar de contener una poesía prosáica, dura, seca y fria, como todas las que yo me meto á componer sobre asuntos serios, contendrá una suave, jugosa y al mismo tiempo llena de fuego, como obra de quien al ingenio reúne el vigor y el calor de la juventud... He aquí, pues, el argumento: «Los artistas, para representar á los ángeles, á los genios ó á otros seres incorpóreos, han pintado un bello monstruo compuesto solo de cabeza y alas. Los pintores, al hacer esto, han ofrecido, sin pensarlo, un modelo de lo que debe ser el hombre!»...

Al llegar el volúmen á manos del Sr. Soffia, este recorrió las líneas de Marroquin, y con una espontaneidad verdaderamente notable, escribió al pié de ellas la siguiente quintilla:

CABEZA Y ALAS

¡ Con cuán profunda intención
Nuestro amigo Marroquín
Sienta su proposición :
¡ Para ser un serafín
Sobra al hombre... ¡ el corazón !

Don José Manuel Marroquin es una de las más curiosas personalidades literarias de Colombia!... Entregado desde temprano á la pedagogía, son varios y notables los libros didácticos que han salido de su pluma, entre ellos un *Tratado completo de Ortografía Castellana*, un *Diccionario Ortográfico*, y un *Tratado de Ortología*. Fuera de estos trabajos, ha cultivado las bellas letras, y la colección de sus artículos y poesías forma un volumen de testablemente impreso—pero muy difícil de encontrar—publicado en 1875, en Bogotá. El Señor Marroquin tiene preferencias marcadas por el género humorístico, que ha cultivado con éxito en prosa y en verso. Ha satirizado con gracia las costumbres nacionales, ha escrito fábulas espirituales y una colección de *Bagatelas*, entre las cuales resalta *La Perrilla*, obra maestra en su estilo :

.....
Perra de canes decana
Y entre perras protoperra,
Pasaba en toda su tierra
Por perra antediluviana.
Flaco era el animalejo,
El más flaco de los canes,
Era el rastro, eran los manes
De un cuasi-semi-êx-gozquejo;
Sarnosa era... digo mal,
No era una perra sarnosa,
Era una sarna perrosa
Y en figura de animal;
Era, otro-sí, derrengada,
La derribaba un resuello;
Puede decirse que aquello
No era perra ni era nada!...
.....

Sus *Estudios sobre la historia Romana*, no son menos originales, y dan una idea acabada de las peculiaridades del talento de su autor. No ha dado á luz sino dos capítulos de esa fantasía bufona, pero ellos bastan para diseñar una especialidad literaria digna de mención. En el primero, asistimos á la fundación y primeros progresos de Roma:

Dos ó tres años hacía
Que estaba fundada Roma
Y en la naciente ciudad
Iba todo viento en popa.

Ya había alcalde ordinario,
Que lo era Torcuato Cotta;
El ayuntamiento estaba
Establecido, y á la obra,
De la escuela y el cabildo
Le faltaba poca cosa.
Solo una cosa faltaba
En la ciudad, una sola:
Cosa por la que á los hombres
Se les hace agua la boca,
Si falta, y que apenas llegan
A conseguirla, les sobra.
Quiero decir, que no había
Mujeres; y si la Historia
Dicho tan inverosímil
No abonara como abona,
Yo temiera se tomase
Lo que estoy diciendo á broma.
No tenían los Romanos
Quien les guisara la olla
Quien un botón les pegara,
Quien manejara la escoba.
Quien les hiciera un posillo
De chocolate; la ropa
Estaba siempre los Sábados
Sin almidonarse y rota.
Tenían criados varones,
Canalla puerca y ladrona.
Y respondona y soberbia,
Que pierde el tiempo, que roba,
Que se huye y le deja á uno
Solo á la mejor de copas.
Hasta se cuenta que Rómulo
Tuvo una vez entre otras,
Que hacer él mismo su cama
Y que cepillar sus botas!...

Sigue el rapto de las Sabinas, las arengas al pueblo, convocado á un meeting, y la preparación de las fiestas con que aquellos hábiles *sabuesos* piensan atraer á sus incautas victimas hasta el redil que les servirá de prisión. Ninguna de ellas es infiel á la cita. Se trata de fuegos artificiales, corridas de toros y de sortija, fuentes de chicha y parada militar. El programa era seductor y atrajo naturalmente á los incautos sabinos, acompañados de la parte del sexo codiciada por los ardientes Romanos. La entrada de los sabinos es impagable para el que conoce las fiestas populares de Colombia. Es un cuadro rebosante de colores y de gracia que no resisto al placer de reproducir, algo solo comparable á las emociones de *Anastasio el Pollo*, en la representación del *Fausto* de Gounod:

En yeguas aguilillas, valonadas,
Con rico jaquimón, cuyos adornos
En la frente del bruto hacen una équis,
Como se usaban en el año de ocho,—
En su sillón de plata guarnecido,
Todo forrado en terciopelo rojo,
Con su galón de cuatro dedos de ancho
Recamado espaldar y guardapolvo ;
Con su sombrero alón de barboquejo

Y pañolón plegado sobre el rostro,
Hacen su entrada, orondas, las abuelas,
Con aire sosegado y majestuoso.
De corpiño ajustado, de velillo,
Y arrastrando los luengos faldistorios,
Vienen las niñas, y al entrar se llevan
De los Romanos que las ven los ojos.
En caballos herrados, bailarines
Con ruanitas de seda, entran los mozos
Y hacen saltar el caño á los caballos,
Y enarcar el pescuezo, y dar corcovos!
En las mulas, con jáquimas tejidas
De prolija labor, sin tapaojos,
Con zamarras de tigre y retranca ancha
Vienen los viejos á pasito corto.

.....

Imposible describir la alegría de aquellas fiestas que me recuerdan las indescriptibles que pasé en Tocaina y que duraron cinco días, bajo una temperatura de 39 grados. A pesar de las diferencias de lenguaje, no necesito insistir demasiado para los que entre nosotros han estado en pueblos del interior en que se reproducen en circunstancias análogas, estas escenas características. Lo que seguramente no estaba en el programa es lo que extracto á continuación:

.....

En ese punto, al dar con la corneta
El toque de "que saquen otro toro"

Los disfrazados la barrera salvan
E invaden los tablados y los toldos.
.....
Cuando oyen con terror que los romanos
Les dicen, ya sin máscara y en tono
De *aquí nadie nos tose*: «Caballeros,
Las sabinas se quedan con nosotros»
Ninguna pluma humana pintar puede
Cual fué de los sabinos el asombro
Al contemplar aquella tropelía,
Ni cual la confusión, cual el trastorno.
Lucharon, pero en vano. Entre arreboles
De ópalo, y nácar, y topacio y oro,
El esplendente sol su disco hundía
En los abismos del lejano Ponto,—
Y á esa hora, de Sabinia en el camino,
Ver hubiera podido algún curioso,
A la luz del crepúsculo indecisa
Los sabinos pasar, unos tras otros,
Sus mulas arreando, que llevaban
Sillones y galápagos tan solo,
Y haciendo los estribos y los frenos,
Al trotar de las bestias, rumor sordo!...
.....

Basta lo transcrito para dar una idea de la forma humorística de D. José Manuel Marroquín. Sus artículos en prosa no son menos entretenidos y graciosos, pero su carácter y el de los temas escogidos por el distinguido literato impiden extraer fragmentos de ellos, que sin duda deleitarían al lector. Por lo demás, un estudio más detenido de sus obras, saldría del

tono de estas impresiones rápidas y fugaces, en que dejo correr la pluma, siguiendo los giros caprichosos de los recuerdos que me asaltan y acuden á mi memoria, como dulces evocaciones de un pasado de alegría primaveral!...

XV

Me ha tocado en la vida el triste privilegio de tratar intimamente, en los últimos meses de su existencia, á dos de los más grandes representantes del pensamiento argentino: Domingo F. Sarmiento y Nicolás Avellaneda. Muy joven aún, cuando el segundo se encontraba próximo á bajar de la Presidencia de la República, le envié por intermedio de Luis Goyena, que era su secretario privado, mi primer volumen de *Poesías*. No necesito decir cual fué mi orgullo al recibir de su puño y letra esta respuesta: «He leído ya sus bellos versos. Soy su amigo y me preparo para ser pronto su admirador, apenas su inspiración tome el vuelo que ya se presiente.» Hasta entonces no había tenido

oportunidad de cambiar una palabra con el eminente hombre de estado. Durante la revolución de 1880, en el campamento de la Chacarita, encontré la ocasión de hacerlo. Me sirvió de introductor el mismo amigo que había puesto en sus manos mi libro. Se paseaba en el patio del histórico edificio del Colegio, á los rayos de un sol pálido de invierno, inclinado hacia adelante, con actitud meditativa, y restregándose las manos, de cuando en cuando. No era aquella una circunstancia propicia para disquisiciones literarias. Sin embargo, era tan imperiosa la atracción que ejercía el arte sobre su espíritu, que, al oír mi nombre, clavando en mí su mirada intelijente y penetrante, me hizo escuchar por breves momentos la música de su palabra pintoresca. Desgraciadamente, un ayudante que llegaba trayendo despachos de importancia, interrumpió la conferencia. Poco tiempo después, se concluyó la paz, y, envuelto en un grupo numeroso, acudí á felicitar al Dr. Avellaneda. Un apretón de manos, dado entre mil, fué mi cosecha de aquel día. Después, durante mi ausencia de la patria, recibí muchas muestras visibles de su consideración afectuosa.

En varias cartas dirigidas á mi hermano, que tengo autógrafas á la vista, menciona mi nombre con cariño. En una dice: «Cuando escriba á su hermano, envíele este billete, para que vea que soy fiel á su recuerdo y que rindo justicia á su hermoso talento, agregándole que estoy á sus ordenes para servirlo en cuanto pueda.» Para ahondar más esta expresión de simpatía, escribió sin duda estas hermosas palabras en el *Prólogo* de las *Poesías* de Rivarola: «Ahí está, por fin, García Mérou que sigue hoy en París y por la calle de los Molinos, las huellas de Alfredo de Musset, cantando también á la luz de los reverberos y sobre el asfalto del pavimento, las virgenes locas y los amores vagos, y que empieza con afan insano á punzarse el corazón, para llorar pronto sobre sus muertas ilusiones lágrimas de sangre. — ¡Que haya á lo menos una voz amiga que le repita al oído la tardía confesión del maestro: «*Es tentará Dios, amar el dolor!*»...»

Eran estos los antecedentes de mis relaciones con el Dr. Avellaneda cuando en 1885, acompañando á mi distinguido jefe y amigo el Señor José C. Paz, fui á esperarle á la *Gare d'Orléans*,

en el centro de aquella grandiosa capital á donde llegaba enfermo y abatido, presintiendo ya la próxima extinción de su existencia. Al recibir su abrazo me sentí profundamente conmovido. Llevaba sobre el rostro, marcadas las huellas del implacable mal que lo consumía, y en todos sus movimientos se notaba el cansancio de la materia vencida y debilitada. Los Doctores Pellegrini y Del Valle, que encabezaban el grupo de argentinos y americanos que habían acudido á saludar al ilustre publicista, le habían preparado un apartamento en el *Hotel Scribe*, donde yo mismo me alojaba. Tuve, pues, oportunidad de verlo continuamente y de acompañarlo en muchas horas del día y de la noche, horas de insomnio en que su poderosa inteligencia lanzaba fulgores imprevistos, como una de esas hogueras que arrojan sus últimos destellos antes de extinguirse en la oscuridad de los bosques. Los médicos que lo vieron, declararon incurable su enfermedad. Caía de pronto en una especie de sopor profundo, que revelaba cuán grande era ya su postración y abatimiento. Este estado comatoso era seguido por una resurrección fulgurosa de todas sus

facultades que parecían aguzarse y ganar en intensidad, á medida que la materia se espiritualizaba y consumía. Evocaba entonces las horas del pasado, y acudían á su memoria anécdotas interesantes, juicios finos sobre contemporáneos ilustres y muertos de reputación discutible, reminiscencias literarias, versos armoniosos que aleteaban en sus labios y venían á alegrar su espíritu abatido, como una rápida bandada de colibris revolettea á veces sobre los últimos retoños del árbol herido por el hierro del leñador. Conservaba siempre un verdadero culto por el cantor de *Rolla*. Una noche me preguntó si tenía sus obras. Acababa de llegar de un viaje, y aún estaban mis libros encajonados; pero, apasionado lector del gran poeta, precisamente esa tarde, al pasar por el Boulevard, adquirí una antología en que se encontraban algunas de sus obras más reputadas. Se la llevé inmediatamente, y durante varias horas, mientras el ruido de los vehiculos que rodaban sordamente sobre el pavimento de madera, llegaba cada vez más débil é indistinto á nuestros oídos, incorporado sobre algunos almohadones colocados en la cabecera de su

lecho, tradujo con arte maravilloso y expresión emocionada ese canto sublime á *La Malibran*, en que se escucha el sollozo de la musa desesperada, y esos admirables poemas de *Las Noches* que oprimen el corazón con su tristeza desgarradora!...

El Dr. Avellaneda, como la mayor parte de los enfermos graves, ignoraba la seriedad de su estado. Me habló de sus manuscritos que había dejado en Burdeos, en una maleta, para que le fueran remitidos posteriormente. Pensaba publicar sus obras completas en París, siguiendo el plan diseñado en el primer tomo de sus *Escritos*. Me pidió lo ayudara en ese trabajo, empezando á llamarme cariñosamente su *secretario*. Entre sus producciones inéditas mencionó una novela histórica, empezada en su juventud, cuyo protagonista era el Dean Fúnes y que necesitaba corregir y terminar. Le complacía escuchar mis indicaciones á propósito de editores, formatos, número de tomos y demás circunstancias de la proyectada publicación. Desgraciadamente, su malestar crecía por horas. A su lado se encontraba continuamente una de las eminencias de nuestro cuerpo médico, el

Dr. Luis Güemes, que le servía de introductor y acompañante en sus visitas á los grandes especialistas. A fines de Setiembre, abatido por frecuentes desgracias de familia, resolví volver á la patria, después de cinco años de ausencia. El Dr. Avellaneda, al despedirme de él, me indicó la posibilidad de apresurar también su regreso. Mi abrazo de despedida era el último que debía dar en la tierra á mi eminente amigo. Un mes después, casi día por día, se embarcó en el *Congo*, para morir, á semejanza de Luca y de Moreno, en medio de la inmensidad de los mares, velado por el amor de los suyos, y el respeto de los extraños y envuelto en los pliegues gloriosos de la bandera de la Nación cuyos destinos le tocó dirigir en una época crítica de nuestra historia.

Pero en esos tres meses de intimidad y afecto respetuoso, de conversaciones continuas, que tuve la fortuna de pasar á su lado ;cuán grandes se me dibujaron los contornos de su personalidad, cuán puro su corazón y cuán brillante su espíritu! Era un supremo artista de la palabra hablada, y la colección de sus *Discursos* admirables bastaría para darle un puesto de excepción

entre nuestros más gloriosos escritores. Groussac, en el hermoso estudio que consagró á su memoria, ha reproducido una frase característica que compendia su teoría literaria: «*Veamos su artículo; todo se sabe, si se sabe escribir.*» Pocos como él tenían el don de la imagen feliz, la elegancia del estilo, la ciencia de la frase armoniosa, que centelleaba con los fulgores de la poesía y arrebatava en un rasgo, vastos horizontes intelectuales, panoramas esplendorosos, pensamientos profundos, pasando sucesivamente de la elucubración filosófica al recuerdo personal, de la reminiscencia histórica al arranque emocionado ó al grito del alma herida. Todos sus discursos han sido difíciles batallas, ganadas contra la obcecación política, la injusticia de sus adversarios, la prevención del partidismo intransigente. Delante de las masas, agitadas como el mar, se presentaba indefenso, como el domador que se dispone á penetrar en el recinto de los leones. Pronto descubría todos los recursos y seducciones de su oratoria. La frase alada, hacía oír sus vibraciones musicales, el acento brillante, las gradaciones sonoras de la voz, se difundían en el

espacio y cautivaban todas las almas. Y el estadista combatido, era aclamado con entusiasmo por una asamblea conmovida que se humillaba al imperio de su talento y se confesaba vencida ante la grandeza indomable del orador!... Porque, es necesario insistir sobre esto, el Dr. Avellaneda era sobre todo y ante todo un gran orador. Su frase escultural parece siempre escrita después de haber sido pronunciada en alta voz. Hasta en sus trabajos más sencillos, y en sus cartas familiares, se nota el timbre y el arranque de la elocuencia. Sus aficiones intelectuales mismas, indican la atracción irresistible que la oratoria ejercía sobre su temperamento vibrante. Admiraba á Lamartine, á Chateaubriand y á Berryer y ha dejado pájinas luminosas escritas sobre el último. En los otros dos escritores, talvez lo que más lo deleitaba era el estilo entusiasta, la honda emoción de la palabra colorida, el don de la expresión feliz, en suma, la faz oratoria de su talento, el secreto talismán que da fuerza á los héroes de la tribuna. Su retrato de Berryer está trazado con ternura de discipulo. Algunas de sus reflexiones brotan como estallidos de su

propia personalidad. «Pobre gran orador!— dice—; Cuál será el efecto de su palabra, friamente leída, sin el gesto de singular belleza que le daba vida, y sin el poder májico de aquella voz que nadie olvidó después de haberla escuchado, porque fué armonía para su vida y estremecimiento para su corazón!»

La muerte deplorada de Pedro Goyena, ha interrumpido la publicación de las obras del Dr. Avellaneda, que aquel estaba encargado de dirigir. Falta ese monumento en el escaso panteón de nuestra literatura! Cuando él se levante en todo el esplendor de su grandeza, las nuevas generaciones argentinas podrán apreciar y conocer la figura de un maestro dulce y simpático, repartiendo su admiración por partes iguales entre el artista y el pensador. Su lectura les hará oír un eco de aquella deslumbrante retórica del autor de *René*, todas las seducciones de una forma diáfana y armoniosa, envolviendo en sus pliegues elegantes al pensamiento que se hiergue con orgullo debajo de esa clámide imperial! Encontrarán en sus obras la vocación del patriotismo exaltado en los grandes aniversarios de nuestras glorias; la

reivindicación de la tumba de San Martín, cuyas cenizas reposan en nuestro suelo, merced á su iniciativa. Lo oirán buscar este sepulcro perdido en tierras extrañas como un escudo de fortaleza para las horas sombrías:

«Su tumba! El movimiento natural del corazón enternecido y ajitado por grandes y poéticos recuerdos, iría á buscarla en el fondo de esta su América, apartando las yedras gigantescas que aprietan las piedras de los templos derruidos, en aquel misterioso pueblo de Yapeyú, capital de las Misiones, entre las selvas impenetrables y los monumentos legendarios de la dominación jesuítica, que fueron la primera visión de su infancia! Su tumba!! La gratitud y el orgullo querrían encontrarla en la Plaza del Retiro, de donde salieron sus famosos Granaderos que vencieron en San Lorenzo y once años después en Junín, para que su gran Sombra continuara pasando la revista de nuestros soldados, á la vuelta y en la partida. Busquemos más. Donde se durmió el sueño de la victoria, se puede dormir en paz y en gloria el eterno sueño de la muerte ¿Porqué no halláramos la tumba del General San Martín, del otro lado de los Andes, al pié de la cuesta de Chacabuco, entre las ásperas sinuosidades de la roca dura, donde reclinó su frente tras de la batalla, sin orgullo y meditabundo, austero y doblemente vencedor?»

He aquí, con todos sus prestigios, la figura del orador. El rasgo incisivo se reproduce en cada una de sus páginas y resuena en cada párrafo de sus arengas. Posee, además, un sentido crítico fino y perspicaz, una mirada que

penetra á través de los tejidos de la carne y desentraña los movimientos del alma. Don Mariano Moreno, Don Bernardino Rivadavia, el Doctor Dalmacio Velez Sarsfield, para no citar sino algunas de nuestras grandes personalidades del pasado y del presente, le han inspirado análisis tan sùtiles como brillantes. Hay en sus obras toda una galería de retratos trazados con el buril de Sainte-Beuve. La alta imparcialidad de la historia, aparta de sus labios el rencor y la generosidad de su naturaleza tranquila lo lleva á enaltecer sin reticencias el mérito de los demás. En su boceto de Rivadavia, resaltan estas cualidades y lucen juntamente sus dotes de sicólogo y la plasticidad de su estilo magistral:

«Aproximémonos ahora al hombre—y aunque no sea ya sino una sombra, podemos contemplarlo mejor. ¡Desgracia y gloria para los que viven con el pensamiento en lejanas perspectivas, más allá de su época! El rayo de luz que cae sobre sus frentes, deslumbra y no los muestra, porque no es la luz de su sol! Solo pueden ser vistos, cuando se alejan en su siglo ó en el espacio. Sus almas son como el libro de la Sibila, y sus secretos necesitan ser arrancados por la acción del tiempo, hoja por hoja! El rasgo distintivo de Don Bernardino Rivadavia era la grandeza moral. No descendió jamás de su pedestal altísimo ni bajo el filo de la desgracia que exaltó su alma fuerte, ni en medio de los sarcasmos de sus contempo-

ráneos, que Sócrates mismo encontraba tan amargos, como el acíbar del veneno que eligió para morir... Don Bernardino Rivadavia poseía profundamente la conciencia de sí mismo. Se sentía portador de un destino para su pueblo y su germinación trabajaba hasta sus entrañas. Tenía el pensamiento casi siempre oscuro ó confuso, como el de un iniciador de ideas que solo serán esclarecidas ó completadas por el tiempo, y la expresión de su palabra, ajitada é incoherente, no sigue á veces el desenvolvimiento gradual de una demostración, sino que parece marcar los contornos vagos de una visión perseguida con un supremo esfuerzo*...

Ese arte de los matices, del claro oscuro y las medias tintas, que caracteriza al escritor de raza, resalta á cada paso en las producciones del Dr. Avellaneda. Pero su talento se espacia con mayor empuje y amplitud en las grandes oraciones que ha pronunciado en nuestro Parlamento y durante los seis fecundos años de su Presidencia. Ellos, segun su propia expresión, «constituyen el género literario que haya cultivado más.» La memoria del publicista será siempre recordada con respeto. A pesar de las diferencias de épocas, se leerán sus *Estudios sobre tierras Públicas*, de tan palpitante novedad en el momento de su aparición. Su precioso ensayo sobre *Berryer*, sobre el *Maestro Antonio Gomez*—sobre el *Pavor de Don Juan Sala*, sus eruditos estudios jurídicos, desperta-

rán siempre el interés de los que aman apasionadamente las letras, deplorando que su labor en estas materias sea relativamente tan escasa. Pero lo que subsistirá cada día con mayor brillo será la imagen del orador; lo que pasará de mano en mano á través de largas generaciones, será la colección de sus *Discursos*. Y á nadie con mayor justicia que á él podrán aplicarse sus propias palabras ante la tumba de Velez Sarsfield: «Así los que oyeron, jóvenes ó niños, al primero de los Chattam, en su último discurso sobre el bill de América, entregaban su recuerdo, cincuenta ó sesenta años después, á las nuevas generaciones que nos lo han transmitido á su vez,—enternecimientos ó deslumbramientos póstumos de la memoria, que se suceden como una vibración armoniosa, repitiendo y perpetuando los efectos mágicos de la palabra hablada!»

XVI

En los comienzos del invierno de 1887, circuló en el Paraguay la noticia de la próxima llegada del General Sarmiento. Su salud quebrantada le obligaba á huir de Buenos Aires durante los crudos meses del frío, para buscar climas plácidos y benignos. Estuvo primeramente en Tucumán y su permanencia le fué en extremo favorable. Me encontraba yo en la Asunción, honrado con la representación de mi patria, cuando mi distinguido amigo el Doctor Sierra Carranza, me trasmitió aquel grato rumor y me instó á que aconsejara al General Sarmiento su traslación rápida á aquella tierra privilegiada en que florece el naranjo como en la cuna de Mignon. Abrigaba el propósito en esos dias de realizar un pequeño viaje á Buenos Aires, y el Dr. Sierra Carranza me dió una carta para el General Sarmiento, uno de cuyos párrafos decía textualmente: «Había antes de ahora hablado á V. (en carta que temo se haya extraviado) de las disposiciones del Sr. García

Mérou con motivo del anuncio del viaje del *Great old man* argentino á estas rejiones. Y el principal objeto de esta presentación es el de que V. oiga de su boca la indicación del general interés con que aquí se espera el anunciado acontecimiento. Espero que si la elocuencia del Sr. Garcia Mérou no está destinada á los mayores fracasos, su conversación pondrá término á las vacilaciones que todavía tienen á Usted privado de los beneficios paradisiacos del Para... guay!» No sé si mis reflexiones tuvieron alguna influencia en el ánimo del General Sarmiento. En todo caso ellas estaban apoyadas por el consejo de los médicos, y eso fué, sin duda, lo que lo indujo á elejir como residencia de invierno la rústica Niza mediterránea, donde debía morir, un año más tarde, el 11 de Setiembre de 1888.

Nunca olvidaré su segundo viaje á la Asunción, su desembarco en el muelle, donde lo esperaba yo con mi familia, abatido aun por un luto doloroso. Viajaba acompañado por su hija la Señora Faustina Sarmiento de Belin y su nieta María Luisa que lo rodeaban con todas las dulzuras y halagos del más puro amor filial.

Le ofreci alojamiento en mi casa, donde habia preparado un apartamento para recibirlo. Lo rehusó á pesar de nuestra insistencia, por temor de originar molestias, y se trasladó con los suyos, á un hotel campestre, situado en una altura pintoresca, á dos kilómetros del centro de la ciudad, la «Cancha Sociedad,» vetusto edificio de la época del primero de los Lopez, habitación un tiempo de Madame Lynch y convertido después en circo de carreras, y en restaurant, anexo al cual se levantaba una construcción de cuartos de madera que sirvieron de residencia al eminente estadista y su familia. El General Sarmiento fué siempre un gastrónomo distinguido, y desde el primer momento empezó á sufrir mucho por la fantástica cocina del hotel. Comprendiendo ese martirio y poniendo de nuestra parte la mejor buena voluntad, á la que contribuía en primera linea nuestra *cordón bleu* paraguaya, desde entonces hasta su fallecimiento, le enviábamos unos caldos artisticos, fabricados con todas las reglas del caso y,—modestia á un lado,—capaces de hacer chuparse los dedos á Brillat-Savarin ó á Alejandro Dumas en persona.

El General Sarmiento ignoraba la pereza y no comprendía la inactividad física ni intelectual. Admirablemente repuesto de la bronquitis que lo alejó de Buenos Aires, empezó desde luego una série de trabajos que bastan para revelar cuán grande era la fortaleza de su organización. Poseía cerca de la «Cancha Sociedad,» un pequeño terreno, que le habían regalado, por suscripción pública, sus amigos de la Asunción. Encargó una casa de hierro, de las llamadas insotérmicas, ó sea de paredes dobles, y se consagró con ardor á la tarea de hacerla armar para habitarla. Al mismo tiempo se ocupaba en cercar el terreno con una combinación de pilares de palma y enrejado de bambú ó caña tacuara, cuya invención lo enorgullecía. Se le hallaba desde temprano, con su sombrero de paja, de plantador indiano, dirigiendo los peones, ordenando los plantios, organizando los almácigos, haciendo levantar las hojas secas de lo que llamaba «el bosque,» pequeño retazo de floresta enmarañada, contiguo á su propiedad, y ocupado por él, con autorización de su lejítimo dueño. En ese «bosque» lo visitábamos todas las tardes, llevando siempre

algún lunch en un pequeño *garde-manger* que conservo como una reliquia pues era uno de los encantos del inolvidable maestro. Nos sentábamos á la sombra de un árbol frondoso, extendíamos las servilletas sobre la grama fresca, en un grupo invariablemente formado por el General Sarmiento, su nieta, y mi compañera, y mientras hacíamos los honores á la ligera colación improvisada, oíamos con encanto la palabra pintoresca del Gladstone argentino. A la caída de la tarde lo acompañábamos hasta su habitación, donde nos deteníamos algún tiempo, sentados en el exterior, contemplando á la distancia las embarcaciones ligeras que resbalaban sobre las aguas mansas del Paraguay, admirando los celajes de la puesta del sol, invadidos lentamente por la suave poesía del crepúsculo que iba ennegreciendo el verde claro de los árboles lejanos, y traía, en la frescura de sus brisas, las emanaciones balsámicas de los naranjos en flor!...

Impedido de salir de noche, el General Sarmiento empleaba sus horas despachando su larga correspondencia ó escribiendo una serie de artículos que publicaba en la prensa de la

Asunción bajo el título de *El Paraguay Industrial*. Trabajaba con una actividad febril, como si estuviera aún en el pleno vigor de la juventud. Permaneció tres días encorbado sobre la humilde mesa que le servía de escritorio para enviar á San Juan la reseña de un programa de fiestas que debían celebrarse allí el nueve de Julio. Antes de terminar el largo manuscrito, me lo hizo leer en voz alta, y lo escuchó complacido. Al día siguiente (18 de Junio) me envió la obra completa con la siguiente carta :

«Mi estimado amigo:—En vista del telegrama adjunto, recibido hoy en la Cancha á las 3.40 p. m. sirvase hacer notar que ayer, á las 7 de la noche, le leí los pliegos que llevaba escritos con el programa motivado por esas mismas fiestas de que habla el telegrama.

Remito á V. la carta voluminosa que lo contiene, á fin de que, valiéndose de los seguros conductos oficiales de la diplomacia, se sirva hacerlo entregar á D. Julio Belín Sarmiento, de la contaduría nacional, ó remitir al Dr. D. Angel Rojas, Ministro de gobierno en San Juan, para que lo ponga en manos de la Sra. de Navarro, D^a Victorina Lenoir, á quien va dirigida.

Como V. lo vé, el espíritu sanjuanino se entiende aún á lo lejos en espacio y tiempo.

Acompaño igualmente telegrama á San Juan, que recomiendo á su solicitud.

Si tiene deseo, lea la carta y corrija repeticiones y errores que no tengo tiempo de rever.»

El último párrafo de la carta anterior, basta

para ver cual era la bondad del General Sarmiento cuando entregaba su afecto, sin mezquindades ni reticencias. Aprovechando esa autorización, me limité á pequenísimas correcciones de detalle que aún deben verse en la carta original, sin duda conservada por la persona á quien iba dirigida. Los artículos sobre *El Paraguay Industrial*, están llenos de consejos prácticos, de observaciones útiles que, por desgracia, como sucede con tantas otras cosas, han caído en el vacío. Se ve que habla un hombre de ciencia y experiencia, el estadista que no se enorgullece tanto de haber escrito las páginas del *Facundo* y los *Recuerdos de Provincia*, como de haber introducido el mimbre en nuestras playas, dando pábulo á una industria hoy próspera y floreciente.

«Al despedirme del Paraguay—escribía al Dr. Adolfo Saldañas en 1887, por intermedio de un diario de la localidad—he hecho llegar á la Asunción y mandar á Concepción y Villa Rica por el correo muchas varillas de mimbre que no trajeron los conquistadores, y vengo yo distribuyendo desde la Quinta Normal de Santiago de Chile, por Mendoza, San Juan y Buenos Aires, donde ha florecido en la graciosa fabricación de canastas que Vd. conoce y me valió en sus rudimentos medalla de oro en la exposicion de Córdoba como introductor del mimbre. Esto no quita que algún patriota asegure no haber

conocido otra cosa que mimbre en Buenos Aires desde que tuvo uso de razón. Verdad es que, aún teniendo canas, alguno quizo conciliar la aserción con la historia, preguntándole: ¿A qué edad empezó V. á usar de su razón, hasta hoy tan escasa?... He construido una banca rústica para escuelas rurales, que será el asombro de los que las usen dentro de diez años sin haberlas roto los que les precedieron. Yo que introduje las de hierro de los Estados Unidos en Buenos Aires, restauro las de pié enterrado en el suelo, que fueron las que me sirvieron en mi niñez. La banca clavada en tierra para las escuelas pobres, y el mimbre que es como la banca, la cuna de la industria y de la cultura, irán multiplicándose al infinito, porque nada cuestan, y dirán que con un buen deseo, en cambio de una acogida amigable, dejé dos monumentos eternos, la escuela y la industria del pueblo, de manera que la posteridad diga: «El espíritu de Robinson y el de Franklin rizaron las quietas aguas del Paraguay en 1887.»

Los trabajos horticolas y literarios, eran interrumpidos, de cuando en cuando, por amenas excursiones. Teníamos una larga serie de ellas en proyecto, pero solo pudimos realizar algunas, tanto por los fuertes calores como por el temor de producir un desequilibrio perjudicial en la salud del General Sarmiento. Cierro los ojos y me parece contemplarlo, presidiendo una larga mesa, tendida debajo de un naranjal frondoso, en el «dulce Lambaré,» á pocos metros de la ribera del río, y enfrente de la embocadura del Pilcomayo, en una de cuyas orillas alcanzábamos á descubrir los pliegues de nuestra

bandera. Estaba como nunca alegre y decididor, si bien manifestaba al marchar una ligera fatiga. Después del almuerzo, montamos al vapor que nos había conducido y nos internamos en el Pilcomayo, rozando casi las orillas con las ruedas de la embarcación, haciendo nutrido fuego á los caimanes tendidos en las playas cenagosas, absortos ante las magnificencias de la selva virgen cuyos árboles dejaban caer sus ramas sobre nuestras frentes, como un régio pabellón. Y era de ver el encanto del grande hombre delante de aquel espectáculo, que le traía innumerables reminiscencias de sus largas peregrinaciones, á través de América y Europa. Fué tal la impresión que le produjo aquel paseo, que un mes antes de morir se disponía á hacer otro conmigo y me escribía lo siguiente (Agosto 15):

Mi estimado amigo:

Ayer vino á verme Von Gülich, y decirme que estaba á mis órdenes para ir á la colonia alemana.

El calor arrecia y la gente femenil se me arredraría más tarde, y quisiera aprovechar de un momento de *relache* en mis trabajos para darme este solaz.

Podemos, pues, escoger uno de estos cuatro días siguientes para ir, pues hay que dormir hallá esa noche, y combinar de antemano los medios *varios* de locomoción.

Gulich es hermano de un antiguo ministro prusiano, y es en recuerdo de esa amistad que me ofrece sus servicios. Otro amigo alemán pasó para Corumbá, me telegrafió, pero nada me dice de su vuelta. Estábamos convenidos en visitar juntos la colonia; pero el calor apura.

Deme su día ó sus órdenes y quedará á su servicio su afectísimo amigo

SARMIENTO.

El viaje proyectado nunca se realizó. Me vi obligado á disuadirlo de él, en vista de las dificultades que ofrecía el camino para una persona de la edad del General. Volvió con nuevo ardor á su casa, ocupándose, entre tanto, de la organización del *pic-nic* á que se refiere este billete íntimo, escrito con un buen humor admirable y que muestra á Sarmiento de cuerpo entero, en todo el ardor de su naturaleza siempre exuberante y juvenil:

Mi estimado amigo: ¿Cómo está de salud?

Yo estoy en campaña para el *pic-nick* á fin de hacerlo digno del ministro argentino.

Todos los cónsules y ministros me han visitado; pero no parece propio que yo los invite. Podría V. hacerlo, como colega, previniéndoles que nada tiene de oficial sino que se trata simplemente de dar la bienvenida al infrascripto.

Estoy disponiéndolo todo lo mejor posible. Cada uno llevará su almuerzo; conviniendo ya con algunos de llevar un plato especial. La Sra. de Andreussi llevará *ravioli*. Faustina, una mayonesa. El Chileno, un cordero asándose allí y una *cazuela*.

No sigo adelante porque no se le haga agua la boca. Como no es posible que cada grupo haga té, café, etc., Andreussi pondrá un *bodegón* donde se servirá (vendido) cerveza, tazas de té, café, etc. Esto pone á todos de muy buen humor.

Pero el ministro que convida proveerá de champagne, el cual estará desde temprano, es decir, las botellas, flanqueadas de vasos de champagne, que proporcionará Andreussi y el de la Recoleta, que es bueno convidar.

Salvo mejor parecer, quedo su afectísimo.

D. F. SARMIENTO

Un inesperado aguacero tropical, de esos que convierten los caminos en torrentes, destruyó tan maníficos preparativos. «Creo indispensable suspender el *pic-nic*—me escribió con ese motivo el General. Habrá demasiada humedad bajo la sombra para señoras; y la feliz lluvia reclama todas las fuerzas para el trasplante de las flores de Coulaud y Mrs. Stewart, que solo aguardaban esta lluvia. No debo pasar la ocasión; y como las perdices, faisanes, corderos, becasinas, etc., etc., no están muertas; ni los asados en la parrilla, poco será lo perdido. Sírvase hacer poner en los diarios, que á causa de una indigestión de la Patti, se suspende la función hasta su pronto restablecimiento. No debemos vacilar.» Fué una verdadera contrariedad pues los preparativos eran grandes, y las

sorpresas que nos reservaba el General Sarmiento debían ser originales, si he de atenerme á este otro *petit-mot* que acabo de encontrar entre mis papeles y que me envió antes del huracán que destruyó nuestros planes: «*Está ya funcionando la maquinilla de hacer fiestas espléndidas, pero necesito los brazos ofrecidos para mandar esquelas á los cooperadores y ejecutar detalles. Después de eso, necesitaría una conferencia para acordar las invitaciones.*»

A pesar de todo, no abandonaba la idea de los viajes de exploración al interior del país y naturalmente todos halagábamos sus felices ilusiones. Al fin, un día vió casi terminada su obra: la casa estaba techada; un pozo surjente que había mandado ahondar al lado de ella, estaba dando magníficos resultados; las diamelas y jazmines trasplantados, arraigaban poderosamente en aquella tierra virginal; el General paseaba una mirada complacida sobre el terreno labrado y cubierto de flores, y se regocijaba de su propia creación. Me mandó pedir entonces una colección de pabellones de varias naciones, para adornar la quinta, el día de la inaugura-

ción. Antes me envió esta característica carta, que es una de las últimas que pudo escribir :

Mi estimado amigo :—La casa está concluida, salvo el piso ; y el pintor principiará hoy ó mañana. Hágame el gusto de estimular á su mucamo á principiar cuanto antes el empapelado. Me inspira él más confianza que cualquier italiano ; y lo he preferido para esta changuita.

Nuestra temporada de excursiones va á principiar luego, con la llegada de Aurelia Velez y su hermano que salieron anteayer en el «Olimpo» y V. necesita asaz su ayuda de cámara.

Estoy ocupado con la escalera, la reja, el depósito, el hojalatero—plantíos de alfalfa y filetes y repulgos, y no tengo tiempo de rascarme. He recibido mi paraguas chinesco, y estaré *visible* para los amigos, á toda hora, á su sombra.

Expresiones á la chica, que ha venido á ensanchar la esfera de mis trabajos, preparando eras para flores. Su afectísimo amigo—SARMIENTO.

Se diría que esta superabundancia de vida, era el anuncio de una catástrofe inminente. El General se multiplicaba para dar los últimos toques á su mansión campestre. Le envié mis sirvientes y bajo su dirección levantaron una preciosa glorieta cubierta de enredaderas. La visita de una persona de mi familia, procedente de Buenos Aires, hizo que dejara de verlo durante tres días. Llegó el mes de Setiembre y con él los primeros ásperos calores que anunciaban el tórrido verano paraguayo. El 5 estalló

una tormenta terrible, y, en medio de la lluvia, uno de mis mejores amigos de la Asunción, que lo era á su vez del General Sarmiento, Don Sinforiano Alcorta, se presentó en mi casa á anunciarme que aquel se encontraba indispuerto, según acababa de manifestárselo Julio Belin Sarmiento que habia llegado poco tiempo antes con el objeto de visitar y acompañar á su ilustre abuelo. A pesar de la fuerte lluvia, nos dirijimos á la Cancha. No pude ver al General. Se me refirió que el día anterior—que fué bellísimo—se encontraba muy animado, proyectando trasladarse á su casita isotérmica en vías de terminación. Ese día fué señalado por un gran acontecimiento en la vida del estadista convertido en *gentleman farmer*: brotó, por fin, el agua en el pozo que hacia cavar en la quinta, á unas 30 varas de profundidad. Su espíritu estaba alegre y luminoso. Para festejar el hallazgo, enarboló dos banderas, una argentina y otra francesa—*por su semejanza con la paraguaya*,—dijo. Probablemente la excitación nerviosa, complicada con el ejercicio excesivo, lo predispuso, para la fatiga que sufrió por la noche y el malestar general que señaló el co-

mienzo de la enfermedad. Por la mañana, padeció un síncope que alarmó á su hija Faustina y á sus nietos Julio y Luisa. El Dr. Andreussi, llamado para asistirlo, pidió una consulta y lo examinó en compañía del Doctor Hassler. El diagnóstico de ambos, que coincidía, era de suma gravedad. Según ellos el corazón funcionaba con trabajo; la circulación se hacía con suma dificultad y era de temer que, de un momento á otro, sobreviniera una parálisis necesariamente fatal.

El General reposaba en el cuarto de madera que le servía de dormitorio, sin admitir visitas. Se me dijo que estaba muy mal. La tarde era nebulosa, lluviosa y triste. El espléndido paisaje que se extiende alrededor de la Cancha, se encontraba velado por una bruma de lágrimas. Pasé todo el día con su nieto Julio Belín, y no pude volver de noche por impedírmelo el mal tiempo. Al día siguiente temprano me apresuré á visitarlo. Se me introdujo en la pieza que le sirve de salita y cuyo escenario debe ser conocido. Al frente, una especie de canapé cubierto por una manta de viaje; á uno de sus lados, una mesita de hierro con algunas flores, colo-

cadras sobre un plato; en frente, otra mesa igual cargada de libros, papeles, y una lámpara de cristal. En las paredes, cuadros, retratos y otros objetos. En un rincón, un mate labrado sobre un tripode de caña oscura. Las pinturas, firmadas por Eugenia Belin: una paleta con el busto de una japonesa sosteniendo una sombrilla en la mano; una cabeza copiada de Chaplin; un espejo de marco pintado con flores; dos fotografías que representaban un hermoso paisaje y algunos retratos de marcos formados con ramas secas de árboles vetustos.

A través de la puerta de la salita, tapizada con una cortina de reps verde, que estaba recogida en uno de los extremos, se descubría al General sentado en su sillón de lectura, con la cabeza apoyada en el respaldo, y los ojos entornados á medias, respirando con dificultad. A un lado la señora de Alcorta, le hacía aire con una pantalla chinesca; su nieta Maria Luisa, arrodillada, le descosía la camiseta de color café que le molestaba. Se me dijo que tenía el vientre hinchado; pero que su estado era mejor que el día anterior. Poco después manifestó el deseo de pasar á la salita y me retiré para dejarlo en

libertad. Trasladado allí en la silla, se me introdujo para verlo. Estaba sentado como siempre al lado de la puerta de entrada y la ventana contigua. Me extendió la mano izquierda, que oprimi entre las mías. Estaba fría. No pronuncié una palabra. «He tenido un fuerte ataque que va pasando ya»—me dijo entonces con voz apagada. Un poco después, con el mismo acento, añadió:—«He impedido á los médicos que tomaran una mala via: la del pulmón.» Su mirada inerte, sus orejas descarnadas, lívidas y transparentes, la aspiración honda y dura de su respiración fatigosa, todo demostraba que su situación era crítica en sumo grado. Tenía la barba blanca relativamente crecida, pues en el último tiempo de su permanencia en el Paraguay, había dejado de afeitarse. Había una pantallita pequeña sobre la mesa, con la cual me puse á darle aire. Al cabo de un instante me dijo:

—No se moleste V.; el médico me lo prohíbe.

Le dieron una medicina que tomó con repugnancia, y dijo:

En fin, el mal trago ha pasado. Luego añadió: «Es admirable el mecanismo de esta silla,

fijese V.; salva los riñones que tanto padecen en la cama.» Después, un largo silencio, una respiración anhelante, los párpados pesados cayendo sobre la pupila vidriosa. Su hija Faustina se aproxima, introduce la mano debajo de las cobijas que lo abrigan y palpándole las piernas, le dice:

—Ya tienes las piernas un poco más calientes.

—Me alegro por tí, que tanto lo deseabas, le contesta el General. «Y por tí también debes alegrarte,» le replica su hija.

—Por mí no,—contesta el General, sonriendo,—mientras más fresquitas, mejor.

Otro largo silencio. Para apoyar la cabeza le ponen dos sábanas dobladas. Las palpa y exclama:

—Están bien.

Un momento después, añade:

—Ya hace menos calor.

—Si, le contesto yo; viene el buen tiempo, el tiempo que va á mejorarlo; es necesario tener ánimo.

Entra Alcorta y se sienta al lado de su señora.—«Bravo, le dice con sorna el General

esbozando una sonrisa dolorosa, — se coloca V. muy bien, con el pretexto de cuidar enfermos.»

La señora se queda y nosotros partimos para regresar después de la comida. Por no molestarlo, no me despido; pero al llegar al umbral de la puerta y darme vuelta para hacer una cortesía general, veo su mirada vaga, que se fija en mí, y su mano enflaquecida que diseña un adiós amistoso y cae de nuevo sobre el brazo del sillón donde reposa.

Desde entonces la enfermedad siguió avanzando con pequeñas alternativas de mejoría pasajera. Todos los médicos de la Asunción lo visitaban y estaban de acuerdo sobre el carácter del mal. Se trataba de una afección antigua que podía tener inesperadamente un resultado fatal. La hija del General y sus nietos no se separaban un instante de su lado. El 8 de Setiembre la temperatura subió de una manera extraordinaria y el calor pareció reanimarlo y devolverle las fuerzas. La mañana fué buena, y á medio día penetré en su habitación. Reposaba como siempre en su sillón de estudio. La palidez del rostro se había acentuado. Parecía

más débil que nunca y su rostro estaba profundamente demacrado. Había tenido el capricho de hacerse recortar la barba y los cabellos. Una distinguida señora argentina que lo vió poco después de efectuada su toilette, le dijo:—«¡Qué buen mozo está, General!—«Si, le replicó éste con sonrisa afectuosa—los dos estamos muy buenos mozos.» Al penetrar en su cuarto, me mira fijamente y sin darme tiempo para saludarlo, me extiende la mano y me dice con voz débil:—«Ya estoy mejor; gracias!»—Acababa de recibir de Buenos Aires numerosos telegramas oficiales y particulares, preguntándome por la salud del General. Cuando su nieto se lo dijo se mostró satisfecho, aunque algo sorprendido, y exclamó:—«Entonces ya saben allí que estoy enfermo!»... Desde el principio del ataque he enviado á mis sirvientes, antiguos y fieles servidores de uno de los cuales me ha separado la muerte, para hacer más esmerada su asistencia. El General prefiere sobre todo á Juan, el más joven de ellos, un fuerte y solícito muchacho de catorce años, de raza vascuence que me había confiado su familia y que lo atendió con un esmero sorprendente hasta el último instante

de su vida. Me encontraba aún en su pieza cuando entró Juan, trayendo una taza de caldo, que, con un poco de leche, era el único alimento que soportaba. El General hace un esfuerzo para incorporarse, y dirigiéndose á mí, me dice textualmente:—«Ya ve V. que sus atenciones me van ayudando á vivir»... Aquel cuadro me llena de tristeza. Veo apagarse lentamente la vida del grande hombre, y me desespera la inutilidad de los esfuerzos con que la ciencia trata en vano de reanimar aquel organismo minado por el trabajo y el sufrimiento.

Dos dias después, el 10 de Setiembre, el estado del General Sarmiento, parecia desesperado. Sus deudos no comprendian aún todo lo terrible de su situación, pero los Doctores Andreussi y Hassler, con quienes hablé detenidamente, me quitaron las últimas esperanzas, que abrigaba de una próxima mejoría. Extrañaban que hubiera resistido tanto. El Dr. Hassler me manifestó que, siguiendo mis indicaciones y de acuerdo con conversaciones anteriores, él y los médicos de cabecera del General, se ocupaban en describir, sintoma por sintoma, la marcha de la enfermedad, para dejar de ella una histo-

ria científica que satisficiera á la posteridad y á los médicos argentinos. Aprobé esta conducta y le aconsejé perseverar en este útil é interesante trabajo, que ignoro si logró una completa realización. Al penetrar en la habitación del General Sarmiento, me sorprendió dolorosamente su mirada empañada y su excesiva demacración. Apoyaba una de sus manos en el brazo del sillón, y la otra en el atril adherido al mismo y que tantas veces le ha servido de escritorio. Me miró sin pronunciar una palabra y creo no me reconoció. Sin embargo, un momento después trató de levantar la mano izquierda, haciéndome un signo amistoso. Comprendí su intención y fui yo á estrecharle la mano que encontré flácida y helada. Permanecí á su lado de pié, en silencio, contemplando aquel cuadro desgarrador. Sarmiento, con voz apagada, dirijiéndose á su nieta le dice: «La hora!» Miró el reloj y le contestó: «Las once.» La respuesta parece no satisfacerlo y repite: «La hora.» Se refiere á la hora de tomar un remedio. El Dr. Andreussi que escribe una receta, le contesta que no ha llegado aún. El General cierra los ojos y cae en su atonía y

otra vez el ruido de su respiración anhelante interrumpe el silencio de la habitación.

Al salir de la pieza, comprendo que no hay un instante que perder y exijo que con la mayor brevedad se constituya una junta con todos los médicos de la ciudad. La reunión tuvo lugar después de medio día y sus resultados están consignados en un Boletín Sanitario que conservo autógrafo, y que dice textualmente lo siguiente: «*Boletín Sanitario relativo al General Sarmiento. Junta médica celebrada el día 10 de Setiembre, á las 3 p. m. en la Asunción del Paraguay. — Diagnóstico: LESIÓN ORGÁNICA DEL CORAZÓN. — Pronóstico: GRAVÍSIMO! — Juan Borrás; A. Candelón; David Lofruscio; S. Andreussi; Guillermo Hoskins; J. Vallory; Dr. E. Hassler; Francisco Morra.*»

Desde entonces, puede decirse, que empezó la larga agonía del ilustre enfermo. Por la noche, pareció experimentar una pequeña reacción, y á las diez se encontraba más tranquilo. Antes de las doce me retiré de su lado. Habíamos arreglado un servicio nocturno especial, para velarlo y acompañarlo. Correspondía el turno al Dr. Andreussi, y, apesar de mis instan-

cias, el estado delicado de mi salud, hizo que éste no me permitiera acompañarlo. Acababa á penas de conciliar el sueño, después de dos horas de insomnio en que la imagen del eminente estadista no se apartaba de mis ojos, cuando fui despertado y recibí por teléfono la noticia de que el General se agravaba por instantes. Un tramway expreso, previsoriamente preparado por el Sr. Masías, compatriota que administraba la Empresa, me esperaba en la puerta, y en él me trasladé rápidamente al hotel de la «Cancha,» acompañado por aquel señor y por mi viejo amigo D. Sinforiano Alcorta... La noche tropical era tranquila, húmeda, poblada de rumores extraños, en que se confundía el lamento de la brisa entre los árboles, el canto lejano de alguna ave solitaria y el ruido sordo del río que precipitaba sus ondas á la distancia. Eran las dos de la mañana y el cielo cubierto de estrellas empezaba á palidecer, como esperando la invasión de las primeras claridades del alba... Al llegar á la «Cancha» nos precipitamos en la habitación del enfermo, y una escena imponente se presentó á nuestros ojos. Sarmiento acababa de expirar. Su ca-

daver reposa sobre un catrecito de hierro, encima de varios almohadones. Tiene el rostro dado vuelta hacia la pared, y una de sus manos extendida sobre su cuerpo. Sosteniendo esa mano helada, de rodillas junto al lecho, con la palidez del dolor en las mejillas y el pecho convulsionado por los sollozos profundos, su nieta María Luisa. Al pié de la cama, la hija del General Sarmiento desfallece entre los brazos de dos nobles señoras, que tratan en vano de encontrar palabras de consuelo para aquel inmenso infortunio; Julio Belin, de pié, con los brazos cruzados sobre el pecho, deja correr sus lágrimas en silencio. Me aproximo al General, con el corazón conmovido. Su expresión es serena y majestuosa. Parece dormido después de tantas luchas y fatigas. La almohada en que reposa un lado de su cara, está manchada con algunas gotas de sangre arrojadas en el extertor de la agonía.

Aquella muerte desolada, aquel grupo desesperado, visto á la luz de las bujias que una mano piadosa había colocado sobre el velador, oprimió mi corazón con un anillo de hierro. Me pareció que con el último suspiro de aquella

alma gloriosa algo se habia desprendido de mi propio corazón. Mi mirada se fijaba, atraída por todo el horror de la inmensa pérdida, en su rostro de líneas marcadas y profundas, que iban esfumándose y afinándose poco á poco, modeladas por la mano de esa horrible Artista que dulcifica y espiritualiza la última expresión de los que parten. Allí estaba, frio, rijido, tranquilo, el luchador de tantos años, aquella naturaleza tempestuosa y equilibrada, que habia desafiado sin un desfallecimiento, el golpe del infortunio. Y mientras la luz de las bujías arrojaba tintes marmóreos sobre su rostro dormido, por la puerta de la habitación, que daba á la verde campiña, penetraban los violentos rayos de la aurora, toda una poesía dulce del despertar de la vida, todos los esplendores de un paisaje que renace del sopor nocturno, iluminaban con sorpresa el recinto de aquel cuarto estrecho en que nos agrupábamos sollozantes prosternados ante el solemne cadaver!... Herido profundamente por la inmensa desgracia, me sentía desfallecer, cuando la nieta del General se aproxima á mí y tomándome de la mano, en presencia del reducido grupo que la acompaña,

me dá las gracias delante del cadaver «de su segundo padre,» por todo el afecto que mi familia y yo le hemos demostrado. Aquel arranque de un corazón generoso, hace desbordar el sentimiento contenido. Y una vez más, me encuentro frente al enigma insondable, una vez más me hiela el frío de la tumba, y mido la vanidad y la fragilidad de las grandezas humanas. Aún conservo en mi oído el eco acompasado de la respiración del enfermo. Quedo solo un instante y me parece escuchar sus fatigosas aspiraciones. Un sacerdote francés entra á la habitación, y todos escuchamos de rodillas las oraciones cristianas.

Algunas horas más tarde, esa misma niña deposita en mis manos, como un recuerdo sagrado, la pluma usada por el General Sarmiento durante su permanencia en la Asunción. Entre tanto, la noticia de su fallecimiento se propaga y el Hotel se ve invadido por una muchedumbre respetuosa que se renueva sin cesar con elocuentes expresiones de condolencia. El calor es sofocante, y á las tres de la tarde, se resuelve empezar el embalsamamiento del cadaver. Se me invita á presenciarlo, pero rehusó contem-

plar ese cruel espectáculo. Por una de las ventanas de la sala en que se ejecuta la operación, veo á los médicos, en mangas de camisa, con los brazos desnudos, y algunas manchas de sangre en los delantales blancos, que se afanan por terminar su lúgubre tarea. A la noche, se espera mi presencia, para trasladar el cadáver al féretro colocado sobre una mesa tapizada de paño negro. Se coloca en el fondo mirra y áloe, y encima de esta capa se extiende el cuerpo del General Sarmiento. La traslación provoca una lijera hemorragia de la nariz que el Dr. Hassler contiene con algodón. Entonces contemplo el rostro de mi eminente amigo, y desde el fondo del alma le doy el último adios sobre la tierra!

XVII

Es tiempo ya de interrumpir estas intimas confidencias. La acción de todos los días llama al pensamiento al estudio de los problemas de actualidad que ajitan al mundo. Es necesario apartarnos del círculo encantado, para tomar

el escudo y penetrar en la arena con frente erguida y corazón bien puesto! ¡Adiós!, exclama Othello, al despedirse como de un sueño dorado de sus ilusiones— ¡adiós para siempre el reposo del alma!...

O now, for ever,
Farewell the tranquil mind! farewell content!
Farewell the plumied troops, and the big wars,
That make ambition virtue... O, farewell!...

¡Qué pronto se pierden y se borran las horas felices del pasado! ¡En cuántos rumbos diversos ha quedado marcada la huella de nuestros pasos! Cuántas voces que no responden al llamado de la amistad de otros días! «Bajo los sauces antiguos qué de cipreses nuevos!» ¡Cuántos asientos vacíos en el banquete lejano de la alegre juventud!

¿Para qué continuar evocando los pálidos perfiles, las sombras desvanecidas de tantos peregrinos que han seguido su marcha fatigada, y han caído en playas remotas, envueltos en el silencio y en la oscuridad de su destino? Sí! es necesario sustraernos al deseo de reflejar todos los recuerdos de la vida literaria, todas

las impresiones que han dejado en nuestro espíritu el trato y la lectura de las obras de aquellos espíritus superiores con quienes el azar de la vida nos ha puesto en comunicación. Al cerrar estas páginas, sentimos más que nunca las dulces satisfacciones que proporciona al alma el trabajo intelectual, y decimos, como Prevost Paradol, con íntimo reconocimiento: «¡Salud, pues, Letras amadas, dulces y poderosas consoladoras! Desde el día en que nuestra raza ha empezado á balbucear lo que siente y lo que piensa, habéis colmado al mundo con vuestros beneficios; pero el mayor de todos ellos, es la paz que podéis derramar en nuestras almas! Sois como esas fuentes limpidas, ocultas al borde del camino, bajo frescos ramajes; el que ignora vuestra existencia continúa marchando con paso fatigado ó cae sin fuerzas sobre la ruta. El que os conoce, ninfas bienhechoras, acude á vosotras, refresca su frente ardorosa, lava sus manos marchitas y rejuvenece en vuestra corriente su corazón! Sois eternamente bellas, eternamente puras, clementes á quien vuelve á vosotras, fieles á quien os ama. Nos dáis el reposo, y si alguien os adora con alma

reconocida y espíritu inteligente, añadís á su nombre un poco de gloria. ¡Que se levante de entre los muertos y os acuse, aquel á quien hayáis engañado!»...

Lima, Febrero-Diciembre 1892.

FIN

ÍNDICE

	Páginas
I.— Una mirada retrospectiva — El progreso y el culto de la patria. — Encanto íntimo de las confidencias literarias. — Los amigos desaparecidos. — Santiago Estrada. — Fragmentos de una de sus últimas cartas. Carácter de su talento y de su obra.	5
II.— Necesidad de la crítica literaria. — La herencia de D. Juan María Gutiérrez y Pedro Goyena. — Omisiones de los <i>Recuerdos Literarios</i> . — Estanislao S. Zeballos. Su redacción de <i>La Prensa</i> . — Rasgos del periodista. — Diferentes matices y aptitudes del talento de Zeballos. — El político y el bibliógrafo. — Sus publicaciones. — El viajero y novelista. — La raza de los escritores argentinos. — Una cita del Dr. Gutierrez. — Fragmentos de una carta de Zeballos.	14

- III.— Mi primer encuentro con Ricardo Gutierrez. — Su fisonomía. — El poeta íntimo. — Opinión de Goyena sobre Gutierrez. — Lo que dice Macaulay. — El poeta-médico. — Gutierrez en el “Hospital de Niños.” — *La Hermana de la Caridad.* — *Caín.* — *El Misionero.* — Juicio sintético sobre los poemas *Lázaro* y *La Fibra Salvaje.* — La embriaguez de la tristeza..... 25
- IV.— Un rincón curioso del Buenos Aires antiguo: La “Librería del Colegio.” — Cenáculo literario. — La edición de las *Hojas al Viento* y las *Ráfagas* de Guido Spano. — Como conocí al poeta. — Su estilo, su patriotismo y su arte consumado. — Apoteosis del talento..... 41
- V.— Un paréntesis fúnebre. — La muerte de Pedro Goyena. — El maestro. — El orador académico y parlamentario. — El profesor de Filosofía. — Severidad del moralista y enerjía del creyente. — El hombre familiar. — El poeta. — Sus artículos críticos. — *Las Cartas á Wilde sobre la Poesía.* — Sainte-Beuve y Goyena. — Un párrafo de corte clá-

sico. — Fragmento de uno de sus Discursos académicos	48
VI.— Mi partida de Buenos Aires en 1881. — El Dr. Cané y su libro <i>En Viaje</i> . — El <i>Ville de Brest</i> . — François Mons. — Sus obras escénicas. — Nuestras conversaciones. — Permanencia en Caracas. — Jenny de Tallenay. — La “La Fotografía Artística,” centro literario. — El pintor Herrera. — Eduardo Blanco, Francisco G. Pardo, Eloy Escobar, Diego Jugo Ramirez. — Rápido boceto de estos escritores. — Citas de Pardo. — Escobar y Martí. .	61
VII.— Bogotá, capital literaria. — Los temas del día. — La política y la literatura. — Miguel Antonio Caro. — Mi libro de <i>Impresiones</i> . — Críticas acerbas. — Mi alto aprecio por el Señor Caro. — Una lágrima de felicidad. — Querellas antiguas....	74
VIII.— Imposibilidad de satisfacer todos los gustos. — Opinión de Santiago Perez Triana. — La <i>Academia Colombiana</i> . — Las instituciones de Colombia. — Artículos de la nueva Constitución. — Un párrafo de <i>La Reforma</i>	

<i>Política</i> del Dr. Nuñez.—Trascripción de un fragmento de D. Carlos Martínez Silva.....	81
IX.— Otra vez al campo de las letras.— Espiritus antagónicos en Colombia.— Escritores liberales y escritores conservadores.— Carácter de unos y otros.— Adriano Paez.— <i>La Patria</i> .— Detalles biográficos.— Sus artículos.— La enfermedad de Paez.— Lamentos del literato.— Sus cartas.— El doctor Vargas y su curación.— La visita de Paez.— Su casamiento.— Sus versos.	89
X.— Una curiosa fisonomía intelectual: Candelario Obeso.— Sus obras.— Su suicidio.— Obeso y Restrepo.— Tendencias filosóficas de sus Poesías.— El soneto <i>A Epicuro</i> .— Restrepo y Mad. Ackermann.— El triunfo de la ciencia.— <i>Un canto</i> .— <i>El Dios Pan</i> .— Admirables cualidades de Restrepo.— Su <i>Despedida</i>	99
XI.— La generación de Restrepo.— Esterilidad general de los talentos colombianos.— Derroche lírico.— El delirio de la rima.— La Musa juguetona.— Un chiste de Caro.— Reco-	

- mendaciones de Manuel Pombo.—*Los Autógrafos*, según Carrasquilla.—Improvisaciones.—Una tarjeta postal en verso.—Luis Alfonso y el escote de Doña Emilia.—Rafael Pombo; boceto de un escéntrico.—Cartas íntimas.—*Las Tres Cataratas*.—*Ordenes para España*.—Movimiento que provocaron.—Las *Ordenes* de Saenz Echeverría.—Facilidad y brillo de su talento.—Sus epístolas en verso.—Una tragedia para títeres.—El argumento y la representación..... 112
- XII.—Don Rafael Nuñez.—Fases aparentemente antagónicas de su espíritu.—El político y el vate.—*Que sais-je?*—Las poesías del Dr. Nuñez y el *Prólogo* del Sr. Daniel J. Reyes.—Atractivos del talento del Sr. Nuñez—Un poco de psicología.—El Dr. Nuñez y *Les Vers d'un philosophe* de Guyau—*Todavía*.—Un recuerdo de Elisabeth Browning y de *Aurora Leigh*..... 148
- XIII.—Mensajes amistosos.—Rafael M. Merchan.—Los *Estudios Críticos*.—El poeta; canto *A Lucía*, y *A Lamartine*.—Faz culminante de su talento—Su juicio sobre Juan Clemente Ze-

- nea. — Otros notables artículos. — La traducción en verso, según Merchan — Perfil de Don Miguel A. Caro. — Merchan juzgado por Enríque José Varona y Manuel de la Cruz. 159
- XIV. — Don Manuel Ancizar. — Recuerdo de Sarmiento. — Don José Joaquín Ortiz. — Estrofas que me dedicó. — Vicios de su escuela. — Protesta contra los lebreles. — *La Bandera Colombiana*. — Otros autógrafos. — Don José N. Sóffia. — Una página de Marroquín y *La Perrilla*. — *La Historia Romana*, interpretada de una manera original. — *El rapto de las Sabinas* 171
- XV. — Los últimos días de Avellaneda y Sarmiento. — Mi amistad con el primero. — Primera entrevista. — Sus recuerdos amistosos. — Un párrafo del *Prólogo* á las *Poesías* de Rivarola, — Su llegada á París. — Meses de vida íntima. — Su embarque y su muerte. — El orador — La tumba de San Martín — El poder de la palabra. 186
- XVI. — Viaje del General Sarmiento al Paraguay. — Una carta del Dr. Sienra Carranza. — Llegada de Sarmiento

<p>en 1888. — Su traslación á la Cancha Sociedad. — La cocina artística. — Actividad del General Sarmiento. — Su casa insotérmica. — Faenas rurales. — Labores intelectuales. — La fiesta del 9 de Julio en San Juan. — Carta del General. — <i>El Paraguay Industrial</i>. — Repartición de mimbres. — El espíritu de Robinsón y el de Franklin. — Excursiones proyectadas. — Un picnic aguado. — “Maquinilla de hacer fiestas.” — Una de las últimas cartas del General. — Su primer ataque. — Avances del mal. — Consulta médica. — Su agonía y su muerte. — Cuadro desgarrador. — La pluma del General Sarmiento. — El embalsamamiento. — Despedida eterna.....</p>	<p>200</p>
<p>XVII.— Necesidad de interrumpir estas confidencias. — “Farewell the tranquil mind.” — Desaparición del pasado. — Un himno á las <i>Letras</i> de Prevost Paradol.</p>	<p>227</p>

